

se

El secreto del galeón



Ana Alcolea

Lectulandia

Principios del siglo XIX: Marina viaja junto a su familia a España desde las colonias americanas. Ella no se parece en nada a sus hermanas: no piensa en casarse ni en bordar su ajuar, solo desea vivir en el mar, convertirse en marinero; algo del todo imposible. De sus pensamientos y anhelos sabe mucho su esclava Ramira, una mujer a la que le han arrebatado todo lo que alguna vez ha amado y que oculta un gran poder heredado de sus antepasados africanos.

En la actualidad, la madre de Carlos estudia los restos de un galeón español hundido en el Atlántico. Hay algo en esos objetos que la inquieta, que hace que no trabaje a gusto, y esta sensación aumentará con la llegada al museo de su exmarido para colaborar en la restauración. Mientras, Carlos intentará acercarse de todas las formas posibles a Elena, una compañera de clase. Lo que no sabe es que, gracias al estudio de sus padres, podrá estrechar lazos con ella.

Lectulandia

Ana Alcolea

El secreto del galeón

ePub r1.0

Titivillus 11.07.16

Título original: *El secreto del galeón*

Ana Alcolea, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A todos mis lectores,
por haber hecho posible este camino.
A mis dos hombres,
que siguen creyendo que todo esto es posible.*

Marina miraba las estrellas cada noche. Le gustaba su brillo intermitente. No sabía que algunos de aquellos puntos de luz habían dejado de existir hacía millones de años. Marina ni siquiera sabía que se podía contar en millones. Ella sabía contar hasta mil, y con esfuerzo hasta diez mil, pero no mucho más. A Marina no le interesaba el número de estrellas que había allí arriba, tan lejos. Tampoco le interesaba conocer el número de años que se necesitarían para llegar hasta ellas. Marina no quería llegar hasta ninguna estrella. Le bastaba con contemplarlas desde la cubierta del barco en el que se encontraba.

—Marina, vas a coger frío. Ponte este chal sobre los hombros —le dijo su madre mientras se acercaba a la barandilla.

—Gracias, madre.

Marina se puso el chal y se lo estrechó lo más que pudo. Le gustaba mirar las estrellas, porque su brillo le hacía olvidar el hecho de que ya nunca volvería a la casa y a la ciudad que la vieron crecer.

Aunque, en realidad, Marina no había crecido tanto: tenía catorce años recién cumplidos y era menuda como su madre.

—Marina, entra ya en el camarote, que te vas a enfriar.

—Sí, madre. Enseguida entro.

Pero Marina se quedó todavía unos minutos bajo la vela del palo mayor, hasta que el cielo se cubrió de nubes que escondieron todas las estrellas.

Carlos tenía pocos deberes aquella tarde. Su madre había estado trabajando toda la mañana en el museo, y ambos habían decidido salir a dar un paseo por el parque. Era abril y hacía un sol espléndido. Se pusieron unas camisetas de tirantes, los cascos y cogieron las bicicletas. Al cabo de media hora de pedalear, se pararon junto a un banco. Marga sacó unos zumos de la mochila, los abrió y se sentaron. Carlos lanzó un profundo suspiro después de beber un largo trago de color naranja.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio?

—Bien, en Lengua hemos estado escribiendo una redacción, y en Ciencias el profesor nos ha estado explicando cosas sobre las estrellas.

—¿Sobre las estrellas? ¿Qué cosas? —preguntó su madre.

—Que algunas de las estrellas que vemos ya no existen. Yo no me lo he creído. ¿Cómo vamos a ver una cosa que no existe?

Todavía había muchas cosas que a Carlos le llamaban la atención.

Carlos nunca se había creído todo lo que le contaban. Pero nunca se había planteado que algunas cosas que vemos no existen.

—Bueno, eso tiene que ver con la velocidad de la luz. Está

comprobado científicamente –explicó Marga.

–Nadie ha ido nunca a las estrellas, así que no puede estar comprobado científicamente. La ciencia se basa en las pruebas, ¿no?

–Lo han estudiado a base de cálculos matemáticos –insistió su madre.

–Yo no entiendo las matemáticas, mamá. Sumar, restar, multiplicar, dividir, esto está bien, sirve para algo, pero lo demás...

–Lo demás también sirve, Carlos. Si no, las casas se hundirían, los puentes se caerían y tú seguirías teniendo los dientes separados.

–Vale, pero eso de las estrellas que vemos pero no están... A mí me da casi miedo pensarlo, mamá.

–A mí también –reconoció–, pero es lo que hay. El universo está lleno de misterios.

–Como tu museo, ¿no? Siempre dices que hay muchos secretos escondidos en cada pieza.

–Cierto.

–¿Y qué estás investigando ahora, si se puede saber? –preguntó Carlos con intención, después de beberse el resto del zumo.

–Unas piezas de un viejo barco que naufragó hace muchos años.

–¿Un barco que naufragó?, ¿como el Titanic?

–Naufragó, pero no como el Titanic. «Mi barco» no chocó con ningún iceberg. A este creemos que lo hundió un cañonazo. O un islote con el que pudo chocar. Pero no un iceberg, porque lo han encontrado en aguas casi tropicales.

–¿Y había gente dentro que se ahogó?

–Pues claro. En los naufragios antiguos siempre moría mucha gente. Pero creo –dijo mirando el reloj– que debemos regresar a casa, empieza a hacer fresco, ponte esta chaqueta para regresar.

La mochila de Marga era como una maleta: siempre llevaba de todo allí dentro, sus «porsiacasos», como ella los llamaba: chaquetas, un botiquín de campaña, agua, zumos, bocadillos, chubasqueros aunque brillara el sol, gorras de visera aunque lloviera a cántaros... Marga era así de previsora.

Marina contemplaba los vestidos que su madre le había metido en el baúl. El suyo era el más pequeño de todos los que había embarcado la familia. La ropa de doña Ofelia llenaba tres baúles enormes, y los de sus hermanas Beatriz e Isabel eran dos veces mayores que el suyo. Marina era la hermana pequeña y por eso su vestuario era menor. Además, aún no tenía edad de casarse y nadie le había hecho su ajuar. Para hacerlo iban a esperar a llegar a España. Allí, las monjas de Santa Mónica bordarían

las sábanas que estrenaría el día de su boda. El único problema era que Marina no quería casarse.

—Yo nunca me casaré —le había dicho a su madre.

—Tú te casarás como está mandado. ¿Qué si no va a hacer una muchacha como tú? Estás destinada a casarte, como lo están tus hermanas, como lo estuve yo, y mi madre, y mi abuela.

—Madre, yo quiero ser capitán de barco. Quiero vivir siempre en el mar, en un galeón como este. Y subir al palo mayor, trepar por esas cuerdas, y ver tierra muy a lo lejos, y gritar que la he visto.

—Para eso no necesitas ser el capitán —le replicó Beatriz—. Con ser el grumete sería suficiente. ¿No te has fijado en él? Es bien guapo.

—No digas tonterías —dijo su hermana Isabel, la mayor—. Ese chico es demasiado pobre para nuestra hermanita. Y además, huele mal, debe de dormir en las bodegas con el pescado rancio que nos dan para cenar.

—Yo nunca me casaré —insistió Marina, solemne—, ni con el grumete ni con ningún otro. Mi destino está en el mar. Siempre viviré en un barco como este.

—Hijas mías, será mejor que dejemos esta conversación que no nos conduce a ningún lugar, y que recemos el rosario.

—Oh, madre —protestó Beatriz—. Es muy aburrido.

—Pues te aguantas si no te gusta —le ordenó Isabel—. Este océano está lleno de peligros y si rezamos estaremos protegidos.

—¿Yo también tengo que rezar, madre? —preguntó Marina.

—Puedes dar un pequeño paseo por la cubierta. Hoy no hace demasiado viento, pero no te olvides del chal.

Marina salió del camarote encantada de no tener que quedarse a rezar. A Marina no le gustaba rezar el rosario. Prefería hablar con Dios a su manera, mientras contemplaba las estrellas. Cada noche le decía cosas diferentes. No le gustaba repetir siempre lo mismo.

Salió a cubierta, solo se escuchaba el frufú de su vestido sobre la madera. Reinaba el silencio, como si todos los marineros estuvieran durmiendo la siesta. El mar era un espejo, callado y quieto. Apenas se oía el rasguido del mascarón de proa cuando cortaba en dos el agua. Marina se asomaba para observar la figura enorme que protegía el barco: la melena ondulada del león de dientes afilados. Su rostro fue tallado para atemorizar a las criaturas marinas que osaran acercarse al barco. Y para alejar los enfados de Neptuno en forma de olas gigantescas: el artista que lo ejecutó sabía que las olas más salvajes se retirarían atemorizadas ante las fauces del león, y de sus patas, que arañaban el mar. A Marina le gustaba el león de madera, pintado de rojo y de marrón, como uno de sus vestidos preferidos. Se sentía protegida por él. Nunca había visto ningún león de verdad, en América no hay. Y tampoco en España, a donde iban. Allí solo los había visto en banderas y estandartes. Pero Marina sabía que los leones son fieros y fuertes. Como el barco.

—Ten cuidado, jovencita. No te vayas a caer al agua. —Era la voz del capitán la que le hizo girarse.

—No me voy a caer, capitán. No soy ninguna niña.

—¿Ah, no? ¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—Claro. Eres toda una mujercita. Seguro que te prometen en cuanto lleguemos a tierra. ¿A que sí?

—No, señor. Yo nunca me voy a casar —afirmó con una mirada convincente.

—Ya. ¿Acaso te vas a meter monja?

—No, señor. Yo quiero ser un marinero, como el que lleva el timón, o como el grumete que está allí arriba.

—Marinero —repitió el capitán Monsalve—. Para ser marinero hay que ser un hombre, y tú..., me parece que no lo eres.

Monsalve contempló el vestido de tela adamascada con el talle encorsetado de Marina.

—No me importa. He leído historias de mujeres que se hicieron pasar por hombres para trabajar en barcos. Me cortaré el pelo, me cambiaré las ropas y me enrollaré. Y ni siquiera vos seréis capaz de reconocerme.

Marina se alejó con una leve reverencia. El capitán Monsalve se quedó tocándose la barbilla y sonriendo ante la ocurrencia disparatada de aquella niña. Qué sabría ella lo que era el mar, vivir en el mar, viajar a través de aquella masa de agua que escondía terribles misterios, batallas y naufragios llenos de cadáveres, de huesos petrificados y cubiertos de algas, de musgos y de lapas. Qué sabría aquella niña enfundada en sedas lo que era la vida en el mar.

Y la muerte en el mar.

Marga llegaba cansada a casa todas las tardes. Carlos llevaba siempre su llave colgada de una cadena, y se calentaba la comida en el microondas. Durante la semana no comía nunca con su madre. Algún día lo hacía en compañía de su abuelo, pero últimamente estaba muy ocupado con una novia que había conocido en un viaje del Imsero, en Benidorm.

—Abuelo, ¿cómo puede gustarte Benidorm? —le había preguntado un día Carlos—. Siempre has dicho que es un lugar horrible, y un ejemplo de cómo nos hemos cargado la costa española.

—Es barato —contestaba el abuelo, don Nicolás—. Y en los tiempos que corren hay que mirar los precios. Además, no está tan mal. Una vez que se conoce, se disfruta.

—Ya, papá —intervenía Marga—. Lo que pasa es que hay señoras estupendas y se liga mucho.

—Y al menos les veo la cara desde el primer momento, y no como hacéis vosotros, con esas páginas de contactos en

Internet.

–Yo no las miro. –Rechazó Marga.

–Mentirosa –replicó Carlos–, que yo te he visto.

Marga le lanzó una mirada furibunda a su hijo, que se quedó callado, se fue a la cocina, sacó un yogur del frigorífico y se lo zampó en dos cucharadas. Don Nicolás dio por zanjada la conversación con una invitación.

–Os puedo presentar a Paquita un día de estos.

–Oh, papá, me la puedo imaginar.

–Deja tus prejuicios a un lado, hijita. Yo nunca me opuse a que te casaras con el botarate de Federico.

–Pues deberías haberlo hecho, papá. En mala hora me casé con él.

–No digas eso. Al menos te dio un hijo estupendo.

Carlos se había quedado en la cocina, y en el momento en que su madre y su abuelo hablaban de su padre estaba fregando la cuchara, así que el sonido del agua escondió los comentarios.

Cuando Marga llegaba del trabajo, Carlos solía estar en sus clases de judo, o en las de alemán, o en el entrenamiento de fútbol o en el taller de maquetas. A Carlos le gustaban los barcos aunque vivía en una ciudad en la que no había mar. Y le encantaba hacer maquetas de barcos. Marga detestaba limpiar el polvo de los cañoncitos, de los mástiles, de las telas que formaban las velas... En cuanto lo hacía, se ponía a estornudar porque era alérgica sin diagnosticar.

Lo mismo le pasaba a veces en su trabajo del museo. Algunas piezas no se podían limpiar hasta que no estaban catalogadas, y tenía que convivir con un polvo secular que se le pegaba en la garganta y le dificultaba la respiración. Era arqueóloga, y lo que de verdad le gustaba era el trabajo de campo, las excavaciones, encontrar objetos enterrados desde hacía siglos, milenios..., pero desde que se quedó embarazada, abandonó el campo y se recluyó en el sótano del museo, húmedo y gélido. Allí vivía rodeada de objetos llenos de historia. Hermosos algunos pocos. Rotos y feos la mayoría. Casi siempre le tocaba recomponer jarrones con las piezas que alguien había encontrado dispersas en algún recóndito lugar. Otras veces lo que recomponía eran esqueletos: colocaba los huesos uno por uno hasta lograr una figura de rayos X. Siempre faltaba alguno que tenían que reconstruir. Aquello le parecía muy divertido al principio. Pero después de doce años haciendo lo mismo, estaba harta de sótanos, fragmentos de cerámicas y de cadáveres que luego irían a parar a una vitrina.

–Hola, mamá. ¿Qué tal? –dijo la voz de Carlos en cuando entró en casa.

–Bien. Un poco cansada. Llevo todo el día de pie. ¿Estaba buena la comida? –Eran las frases con que madre e hijo

iniciaban la conversación cada tarde.

–Sí. Un poco secos los macarrones, pero la salsa te había salido muy buena. ¿Y tú qué has comido, mamá?

–Verduras y pescado.

–¿En el bar de enfrente del museo?

–No, hemos cambiado de sitio. Elvira y yo llevamos dos días yendo a otro en el que el menú del día es un euro más barato y el postre está más rico.

–¿Y qué has comido de postre?

–Un yogur casero con fresas batidas con azúcar. Estaba muy bueno.

–Podemos hacerlo cuando venga Paquita a comer a casa –sugirió Carlos.

–¿Paquita? ¿Quién es Paquita?

–La novia del abuelo.

–Ah, sí, la de Benidorm. –Marga se seguía preguntando cómo a su padre le podía gustar ir a semejante lugar.

–¿Y qué tal tu investigación sobre el barco naufragado?

Marga se quedó mirando fijamente a su hijo. Llevaba todo el día entre ánforas, trozos de madera petrificados, huesos de desconocidos y monedas con viejas efigies reales. No quería traerlos a su casa ni en forma de memoria ni de palabras. Nunca le había pasado, pero había algo inquietante en aquellos objetos que le habían traído unos días antes. Algo que no sabía expresar en su pensamiento. Había trabajado con muchos objetos recuperados en el mar, pero esta vez, al tocarlos, había notado una extraña corriente de energía. Se había lavado las manos con más jabón que nunca antes de salir del trabajo, pero aun así, se sentía impregnada por algo que traspasaba los umbrales de lo tangible.

–Bien, todo bien. Normal –mintió cuando Carlos se sentó a su lado en el sofá. Le revolvió el pelo como solía hacer. Carlos dio un respingo.

–¡Qué haces, mamá!

–¿Ya no te gusta que te toque el pelo? Antes te gustaba. – Marga pensó que su hijo se estaba haciendo mayor.

–No, no es eso. Es que me ha dado un calambre cuando me has tocado.

Marga lo miró con las cejas arqueadas y los labios muy apretados.

–Sí, como cuando al salir del coche, tocas la puerta y te da una corriente. Algo así. Qué raro.

–Será la tormenta –contestó Marga–. Hoy está la atmósfera muy cargada de electricidad.

–Eso será –repuso Carlos, que se acercó a su madre para darle un beso–. ¿Qué quieres cenar?

–Un poco de fruta –respondió su madre–. ¿Y a ti qué tal te ha

ido? ¿Hoy tenías judo o maquetas?

—Hoy tenía clase de alemán, mamá. Los miércoles, alemán, *danke*.

Y Carlos se levantó, dejó su mochila en su habitación, fue a la cocina y al abrir el frigorífico, sintió una corriente eléctrica que se instalaba en sus dedos. De repente, un trueno le hizo volverse hacia la ventana, y la luz de un rayo iluminó la lluvia que caía tras los cristales.

—Vaya —pensó—. Esta noche no podré ver las estrellas.

Marina llamó a su esclava para que la ayudara a quitarse la ropa. Desde que nació había convivido con esclavos que la servían en todo lo que necesitaba, así que le parecía natural que sus deseos fueran órdenes y que estas fueran obedecidas en el momento de ser pronunciadas.

—Tienes el pelo muy hermoso, Marina, pero habrá que cortar un poco. No hay mucha agua en el barco, y el viaje es largo. Cuesta trabajo mantenerlo limpio —le dijo Ramira mientras cepillaba su cabellera con un cepillo de púas de puercoespín.

—Tienes razón, Ramira, debería cortármelo como los hombres. Así parecería un chico y podría convertirme en marinero.

—Pero qué disparate, pequeña Marina. Si tu madre te oyera, le daría un desmayo de esos que le dan de vez en cuando.

—Eso le pasa por llevar estos corsés horribles que no dejan ni respirar. Desde que me obliga a ponérmelo, tengo náuseas cada tarde. Tú no llevas y no te pasa nada —replicó Marina.

—Pero es que yo soy solo una esclava, y tú eres una señorita. Las señoritas llevan corsé, las criadas ayudamos a colocarlos —dijo Ramira mientras levantaba los brazos de Marina para sacarle el vestido por la cabeza.

La melena le caía sobre la espalda. Era dorada y abundante. A Marina le gustaba mirarse en el espejo cuando se quedaba con la camisa blanca, liberada de todo el vestuario que la oprimía. Qué diferentes debían de sentirse los hombres, pensaba, con sus camisas, sus casacas y sus jubones. Ni siquiera hacían ruido cuando caminaban por la cubierta. Y con el calzado que llevaban podían trepar por las cuerdas y llegar hasta aquel púlpito que había en el palo mayor. Porque a ella, el puesto del vigía en el mástil, le parecía el púlpito de una iglesia desde el que no se veía el paraíso, sino la inmensidad del mar, que era lo que Marina se imaginaba cuando pensaba en el más allá. Imaginaba que el jardín del Edén no era un jardín sino un mar, en el que las almas de los elegidos nadaban junto a las sirenas hasta el día del Juicio Final. Había plantas, eso sí, algas gigantescas que apartaban sus ramas para que pasaran los seres del mundo acuático.

—¿No te gustaría subir al palo más alto y sentir el viento en tu cara, Ramira? ¿No sería maravilloso vivir para siempre en un barco?

—¡Pero qué disparates dices, Marina! Si tengo un deseo en esta vida, es llegar a tierra cuanto antes. A mí no me hace falta llevar corsé para que se me revuelvan las tripas. Tengo una náusea permanente desde que dejamos el puerto. Si pienso que estamos aquí dentro de esta especie de barreño en medio del océano, y que no hay tierra por ningún lado, mi corazón empieza a palpar tan fuerte que parece que se me va a salir, me sudan las manos y creo que me voy a morir.

—¡Qué exagerada eres, Ramira! El mar es como el cielo que hay ahí arriba, nos protege —dijo Marina muy convencida.

—Si tú lo dices, pequeña, así será. Y ahora será mejor que digas tus oraciones y te duermas pronto. Parece que esta noche el mar se mueve más de lo normal.

La lámpara del camarote se balanceaba, y el libro que estaba en la mesita de noche de Marina se cayó al suelo.

—Será que las sirenas han salido a pasear —replicó Marina, mientras acercaba su carita al rostro picado de viruela de Ramira, para recibir su beso de buenas noches.

—Si tú lo dices, así será —repitió la esclava, sin creerse las palabras que pronunciaba.

Salió del camarote de Marina y se encaminó hacia el de su señora, para ayudarla. Iba de un lado a otro del pasillo. Se topó con uno de los oficiales que había perdido el equilibrio y estaba a punto de vomitar.

—¿Puedo ayudaros en algo, oficial? —le preguntó solícita, tal y como había sido educada.

—Hay tormenta esta noche, ¿ya se han dormido las señoras?

—No tardarán, teniente.

—Eso espero. Será mejor que no vean cómo está el mar esta noche. La tormenta da miedo. Se ilumina todo de tal manera que parece que el océano sea la boca del infierno y que nos vaya a engullir a todos —le describió el oficial.

—¿Acaso creéis que el infierno tiene boca? —le preguntó Ramira.

El teniente Ascaso miró sorprendido a la esclava, una mujer vieja ya, de pelo cano y sonrisa torva, de esas de las que se decía que tenían tratos con el diablo, o que, al menos, conocían cosas ajenas a la mayoría de los mortales. Al teniente le dio un escalofrío y no pudo soportar la mirada de Ramira. En ese momento, el barco se inclinó hacia babor y el teniente vomitó. El sabor de su vómito le supo amargo y le quemó la garganta.

—Lo limpiaré ahora mismo —le dijo la esclava—. Será mejor que os acostéis, u os parecerá que os sale el mismísimo infierno por la boca.

El teniente se marchó más pálido y tembloroso que unos minutos antes, abrió su camarote, entró, cerró por dentro con llave, y se acostó con la ropa puesta. Cerró los ojos pero no consiguió liberarse de la sensación que había tenido ante la presencia de Ramira: le parecía que su mirada lo conducía irremediabilmente a un abismo oscuro donde ni siquiera cabían las luces de la tormenta.

Los padres de Carlos se habían separado al poco de nacer él. Se habían casado muy enamorados, pero eran tan diferentes que aquello no había funcionado. Federico también era arqueólogo. Marga y él se habían conocido en una excavación. Ambos tenían una beca de la universidad para trabajar en la labor de desenterrar las ruinas de una ciudad perdida en el desierto de Túnez. Las conversaciones nocturnas en las jaimas, el calor del desierto y las estampas de los beduinos sobre los camellos, les hizo creer que siempre serían tan felices como en aquellos días tan distintos a lo que sería luego su vida cotidiana. Poco después de la boda nació Carlos. Marga se quedó a trabajar en el museo, pero Federico no pudo abandonar su vida de viajes y expediciones. La excitación de descubrir una moneda, una figurilla o una cuenta de cristal enterrada hacía miles de años, era mayor que la de cambiar pañales o pasarse noches en vela esperando a que un bebé, aunque fuera suyo, se durmiera. Federico molestaba poco. Venía de vez en cuando a ver a Carlitos. Y cuando Carlitos se fue convirtiendo en Carlos, las visitas empezaron a ser más distantes. De modo que Carlos solo veía a su padre seis o siete veces al año. Y tampoco lo echaba de menos, o al menos eso era lo que quería creerse: se había acostumbrado desde siempre a que su padre era un señor que venía de vez en cuando. Alguien a quien su madre invitaba a cenar, que se quedaba a dormir un par de días en la habitación de invitados y del que recibían postales desde remotos lugares del mundo. Alguien cuya marcha provocaba un suspiro de alivio en Marga.

Cuando a Carlos le preguntaban por su padre en el colegio, siempre contaba la misma historia, que sus padres estaban divorciados desde que él era pequeño, y que Federico era una especie de Indiana Jones, que viajaba mucho buscando tumbas secretas y pasadizos misteriosos en los que encontraba tesoros maravillosos. Estaba siempre muy ocupado salvando al mundo del mal que se escondía en laberintos, o en jeroglíficos ocultos a la sabiduría vulgar de la mayoría de los hombres. Carlos contaba que esa era la razón por la que apenas lo veía. Sus compañeros nunca se lo habían creído. O sí. Tal vez ellos se lo creían, pero sus padres les desmentían la versión. Así sus hijos no creían que había otro padre que hacía cosas diferentes a las suyas. Así sus hijos pensaban que sus padres eran más especiales que los de Carlos. Y así Carlos sufría al pensar que en realidad le importaba un pimiento a Federico, del que su abuelo seguía diciendo que era un botarate.

La tormenta le dio sueño a Carlos, que se acostó pronto. Oyó cómo su madre se quedaba un rato en el salón y ponía música muy bajita. A Marga le gustaba escuchar ópera cuando se quedaba sola después de cenar. Decía que la relajaba y a la vez le

cargaba las pilas. Carlos escuchaba desde su habitación lo que a él le parecían gritos de hombres y de mujeres casi siempre desesperados. No entendía por qué a su madre le gustaban tanto aquellos chillidos que para él no tenían ningún sentido. Cogió el libro que había empezado unas noches antes. Uno que hablaba de barcos, de batallas navales y de uniformes militares. Su madre estaba investigando sobre los restos de un naufragio, y él quería saber más sobre cómo eran aquellos barcos que tardaban semanas e incluso meses en cubrir la ruta de América hasta España. Se mareaba solo de pensar que aquellas gentes se embarcaban en naves no mucho más grandes que su casa, sin motores, sin posibilidad de enderezar el rumbo si el viento no era favorable. Imaginarse dentro de un lugar así le producía un vértigo tan enorme que sentía una piedad infinita por todas aquellas personas que habían muerto en el mar: desde los aristócratas del Titanic, hasta los pescadores del pueblo donde veraneaban, pasando por los remeros de la película *Ben-Hur*, que remaban a ritmo de tambor y de látigo. Se quedó dormido cuando leía sobre los diferentes tipos de velas en los galeones españoles, en los venecianos y en los ingleses. Justo en el momento en el que la tormenta viraba de dirección y retomaba el rumbo oeste, por el que había venido, y por el que solían venir todas las tormentas. Del lugar en el que reposan los muertos, le solía decir su abuelo Nicolás.

Carlos soñó con la novia de su abuelo, a la que le puso la cara de la señora que despachaba en la verdulería. También soñó que navegaba en un barco antiguo durante una noche en la que llovía tanto que la cubierta se había convertido en una piscina en la que flotaban peces muertos. No sabía por qué, pero Carlos se despertó con un amargo sabor de boca.

Ramira había sido vendida a la familia Guzmán cuando ya le habían ocurrido muchas cosas en la vida. Era hija de un criollo cubano y de su esclava negra, que había muerto en el parto. A la niña la habían criado otros esclavos y vivió en casa de su padre, que no le tenía más consideración que a un perro vagabundo. A los cinco años pasó la viruela, una enfermedad mortal, que le fue curada por su abuela, que la ungió con varios ungüentos, con sangre de pollo, con infusiones de plantas secretas, y que le dio un amuleto para que siempre lo conservara cerca del corazón. Cuando tuvo quince años, su padre la vendió a un comerciante que trataba con algodón en Puerto Rico. Allí pasó veinte años, en los que parió a tres hijos, tres hijos blancos que le quitaron nada más nacer: al primero, al segundo, y al tercero, un niño blanco que había sacado los mismos ojos azules del comerciante. El padre y amo de Ramira había muerto poco después de que ella partiera hacia Puerto Rico, de unas extrañas fiebres entremezcladas con terribles dolores de estómago. Y el comerciante

portorriqueño también falleció por la misma causa a los pocos días de que el hijo menor de Ramira le fuera arrebatado. Nadie relacionó ambas muertes porque habían pasado muchos años entre una y otra; y porque nadie de Puerto Rico sabía lo que pasaba en Cuba, ni nadie de La Habana conocía lo que ocurría en San Juan. Así que a nadie le dio por pensar que Ramira hubiera tenido algo que ver con las muertes de los dos hombres. El caso es que la volvieron a vender, esta vez a la familia Guzmán, cuyo cabeza de familia era un almirante de la marina española que se había llevado a su joven esposa con él, y que necesitaba esclavos. Ramira tenía ya por entonces más de treinta y cinco años y peinaba muchas canas, lo que no suponía ningún riesgo para la esposa, que con veinte años recién cumplidos era concienzudamente celosa y no quería mujeres jóvenes cerca de su flamante esposo, el almirante. Doña Ofelia era hermosa, de talle delicado y caderas lo suficientemente anchas para parir sin demasiadas dificultades. Al principio, los ojos tan claros de Ramira la habían inquietado, pues brillaban en su piel oscura como los de un gato negro en la noche. Doña Ofelia enseguida le preguntó por un saquito de piel que llevaba siempre colgado del cuello.

—¿Qué guardas ahí dentro, Ramira?

—Mis dientes de leche, señora. Mi abuela decía que conservarlos nos protege de todos los males.

—Mi madre también guarda los míos, en una cajita de plata en su mesita de noche, junto al oratorio. Mi madre..., qué lejos está ahora, al otro lado del mar. ¿Dónde está la tuya?

—Murió cuando yo nací, señora. Pero me infundió toda su energía y toda su sangre antes de morir. Por eso soy una mujer fuerte. No tendrá ninguna queja de mí. Ninguno de mis amos la ha tenido jamás. —Y Ramira la miró fijamente mientras le hablaba.

—¿Y esos ojos tan claros de color miel? ¿De dónde los has sacado? No parecen ojos de esclavos.

—No lo son, señora. Mi padre era blanco. Nunca lo conocí —mintió Ramira, que no quería dar demasiadas explicaciones sobre su origen a su joven señora.

—Ya. ¿Y nunca has sido bendecida con la dicha de los hijos? —le preguntó Ofelia, mientras se acariciaba el vientre, lleno de una vida que estaba a punto de salir al mundo.

—Tres hijos tuve y los tres se me murieron enseguida. —La cara de Ramira se ensombreció al hablar de sus hijos, al mentir sobre ellos. Y el rostro de Ofelia también se oscureció al pensar en su próximo parto. Hasta ese momento no había pensado en que algo podría ir mal. Ramira le leyó el pensamiento—. Pero usted no se preocupe, señora, su hijo nacerá fuerte y sano. Todo irá bien. Yo estaré a su lado, tengo mucha experiencia en atender a parturientas. Y nunca ha pasado nada malo.

Ramira se atrevió a poner su mano sobre la de su señora, que la retiró enseguida a pesar de llevarla enguantada.

—Tienes razón, todo irá bien. No hay ninguna razón para pensar lo contrario. Mi esposo también me lo repite a cada instante.

—Y ahora, si me lo permite, tengo que preparar la comida.

Tres días después, doña Ofelia dio a luz a un muchacho sano y fuerte, al que llamaron Enrique, como su padre. Las manos de Ramira ayudaron a salir al pequeño y sus ojos transparentes como el agua de los manantiales fueron los primeros que lo miraron.

Como era sábado, Carlos se levantó un poco más tarde. Tenía entrenamiento de judo a las once, y ese rato extra lo ocupaba en remolonear en la cama. Levantaba la persiana diez centímetros y permitía que entrara algún rayo de sol. La habitación se iluminaba y dejaba ver aquellos que habían sido sus juguetes y de los que empezaba a renegar. El castillo normando, el barco pirata, las espadas láser, los rompecabezas... Aquello seguía en las estanterías. Su madre le decía que había que pensar en ir bajando todos sus zarríos al trastero, pero Carlos se resistía. Meter en cajas sus juguetes era introducirlos en un ataúd del que nunca saldrían, era como darlos por muertos para siempre jamás. A ellos y a su infancia, de la que solo tenía una certeza: que nunca volvería. Por la noche, cuando entraba en su habitación para dormir, y mientras Marga se recargaba con los gritos de sus óperas favoritas, Carlos cogía su barco pirata, con los muñequitos que había montado con su abuelo, y les hacía hablar y los cambiaba de sitio. Mataba a alguno, al que tiraba por la borda para que se lo comieran los tiburones, pero, sistemáticamente, a la noche siguiente estaba vivo de nuevo. Era lo bueno que tenían los muertos de juguete, que resucitaban siempre. Cuando murió su abuela era muy pequeño, y también pensó que al día siguiente estaría viva, pero no fue así. Con las personas nunca era así. Eso lo aprendió pronto. Igual que aprendió que Federico tampoco le contaría cuentos cada noche, como hacía el padre de Raúl. Y el de Adrián, y el de Paco, que eran sus mejores amigos.

—Buenos días, Carlos, ¿qué tal has dormido? —La voz de su madre lo sacó de la contemplación de sus cachivaches.

—Bien, mamá. Pero creo que he soñado cosas raras. Algo de un barco con una tormenta... —contestó mientras retiraba las sábanas.

—Pues ahora ha salido el sol, hace calorcito y te he preparado unas tostadas deliciosas. ¿No las hueles desde aquí?

Carlos abrazó a su madre como contestación. Los sábados y los domingos, como ambos tenían más tiempo, desayunaban juntos, Marga exprimía naranjas para hacer zumo natural, tostaba el pan y lo untaba con mermeladas que ella misma elaboraba durante el

verano. No ponían música ni enchufaban la radio para que ninguna voz ajena entrara en la casa durante los momentos sagrados del saludo matinal al día. El resto de la semana iban con prisas, y los comentarios radiofónicos sobre la crisis económica, los atascos y los resultados de la liga de fútbol, ayudaban a que el ritmo de Marga y el de Carlos fuera veloz, y a que ninguno perdiera su autobús: el urbano número 33 y la ruta escolar respectivamente.

—No me has contado casi nada de tu nuevo trabajo —le reprochó Carlos a su madre.

—Ya te conté. Son unas piezas que han encontrado en el mar, restos de un naufragio. Según parece, vienen del mismo galeón que hallaron el año pasado, el de los cañones. —Marga le había enseñado a Carlos unas fotos de pequeños cañones que llenaban babor y estribor—. Esta vez han dado con objetos que estaban unas tres millas alejados del barco, pero que según los submarinistas deben de pertenecer a él. No lo sé. En ello estoy.

—¿Y qué piezas hay? —preguntó el chico, mientras se relamía la mermelada de arándanos que le había manchado la comisura de los labios.

—Varios jarrones rotos, algunas monedas de plata, espadas, trabucos, restos de algo que parece un timón, trozos de madera tan petrificados que no se distingue sus formas. Tengo mucho que limpiar, y con mucho cuidado. Probablemente tengan más de doscientos años.

—¿Y también hay huesos? —inquirió Carlos antes de apurar el vaso de zumo de naranja.

—No estoy segura. Los huesos y la madera se confunden a primera vista. Así que tengo mucho trabajo con ellos.

Marga recordó de pronto la extraña sensación que la había recorrido al tocar aquellos objetos. Le dio un escalofrío al pensarlo.

—Creo que volveré un rato al museo esta mañana. Llevo el coche y te dejo en el polideportivo.

—Mamá, pero hoy es sábado. No tienes que ir. ¿Por qué no vienes a ver mi entrenamiento? No vas nunca —le reprochó Carlos con una sonrisa.

—Ya sabes que no me gustan las artes marciales. Yo hubiera preferido que hubieras hecho otra cosa.

—Pero papá siempre dice que hay que estar fuerte y preparado para la autodefensa —replicó el muchacho.

—Papá dice muchas cosas —dijo en voz muy baja Marga—. Y tal vez tenga razón. Otro día iré a verte, te lo prometo. Pero hoy tengo que ir al museo. Me acabo de acordar de que dejé sin recoger una pieza y no quiero que alguien entre y se pueda romper.

Recogieron los platos y los vasos del desayuno, Carlos se preparó la mochila, Marga se vistió con los vaqueros y una camisa de cuadros blancos y rojos que se acababa de comprar. Se recogió el pelo con un coiletero, cogió el bolso y se puso delante de la puerta.

—Venga, vamos, o llegarás tarde.

—Pero ¿por qué tienes tanta prisa? Voy a llegar demasiado pronto.

—Nunca se llega demasiado pronto. —Fue la respuesta de Marga.

—Mamá, no te reconozco. Si tú siempre llegas tarde a todos los sitios. Será que has soñado con el dios de la puntualidad, si es que existe tal dios.

—Me parece que no.

Marga no se acordaba de lo que había soñado aquella noche. Tal vez si lo hubiera hecho, no habría tenido tanta prisa en llegar al museo.

Ramira dormía en un camastro en el piso superior del camarote de las niñas. Cada vez le costaba más subir los escalones de la escalera que la llevaba cada noche al lugar donde dormía y donde guardaba todas sus pertenencias: un viejo rosario, sus ropas, un libro que un día robó de la biblioteca de su padre y que nunca había leído porque no sabía leer, y su secreto mejor guardado, unas estatuillas negras de madera que guardaban los espíritus de sus antepasados. Se las había dejado su abuela cuando murió. La anciana le había ordenado que no se las enseñara a nadie, que parte de su poder estribaba precisamente en eso, en que nadie más que ella conociera su existencia y en que nadie más que ella las pudiera ver: según las antiguas tradiciones, si un blanco las contemplaba, les podía robar el alma, y por tanto, todo el poder del que ellas, la abuela y Ramira, extraían el suyo.

Un poder que Ramira sentía que la abandonaba, o que al menos, no le daba las fuerzas de las que siempre había disfrutado desde que las heredó de su abuela. Los años pasaban, y Ramira no era ya la joven mulata que entró al servicio de doña Ofelia poco antes del nacimiento de su primogénito, que tenía veinte años, y los esperaba en España, pues había partido dos meses antes que ellos.

Se sentó sobre la cama y sacó las estatuillas de debajo del colchón. Se colocó el rosario a modo de collar, como hacía cada noche, y dijo sus oraciones. Unas plegarias que unían ritos cristianos y ancestrales cultos que los primeros esclavos llevaron consigo desde las costas africanas hasta las exuberantes tierras de América. Las decía para sus adentros, porque sabía que aquellos rituales estaban prohibidos, y que más de una de sus compañeras habían sido acusadas de brujería por la Santa Inquisición.

En ello estaba cuando oyó el frufú del vestido de doña Ofelia que entraba en el camarote de sus hijas. Escondió rápidamente las figuras y se levantó.

—¿Desea algo la señora?

—No, Ramira. Solo venía para dar las buenas noches a mis hijas. Ese mar está muy revuelto y temo que tengan pesadillas.

—Ya he rezado yo, señora, para que no las tengan. Los santos protegen los sueños.

—Nunca he oído semejante disparate, Ramira. Bastante tienen los santos con protegernos de las enfermedades. Solo les faltaría tenerlo que hacer también de los sueños.

—Le aseguro, doña Ofelia, que mis santos también saben proteger los sueños.

—Entonces es que son doblemente poderosos —comentó la todavía hermosa esposa del almirante, con una sonrisa imperceptible a la luz de la lámpara de aceite que llevaba en su mano—. No me acerco a las niñas para no despertarlas.

—Sí, señora. Que duerma bien.

—Lo mismo te deseo, Ramira, vela por mis hijas, especialmente por la pequeña Marina, que es la que más sufre el mal del mar.

—Creo, con el debido respeto, doña Ofelia, que se equivoca. Marina es una niña fuerte y ama el mar como si hubiera nacido en él.

—Marina está un poco perturbada, Ramira, no hace falta que disimules. No sé qué podremos hacer con ella cuando sea mayor. No sé quién querrá casarse con ella, no es como debe ser una chica.

—Señora, hable más quedo, que la va a despertar.

—Tiene el sueño profundo, como todos los niños. Pero baja, Ramira y hablamos más cómodamente.

Ramira maldijo a su señora que la hacía bajar aquella escalera de caracol que le parecía siempre una antesala del infierno. Se acercó a Marina, que respiraba acompasadamente. Doña Ofelia y Ramira se miraron satisfechas, estaban convencidas de que a aquella criatura no la despertarían ni aunque dispararan todos los cañones de estribor. Pero se equivocaban. Marina no había conseguido quedarse dormida. El vaivén del barco no era como la cuna en la que se dormía enseguida cuando era pequeña. La imaginación de Marina le llevaba a los misterios que ocultaba la capa del mar, a los monstruos que sin duda vigilaban la quilla de los buques de la flotilla con ojos descomunales. Se veía a sí misma con una espada más alta que ella, que cortaba uno a uno los tentáculos de un pulpo gigantesco. El movimiento de las olas ni la dormía ni la mareaba. Excitaba aún más su imaginación y su deseo de convertirse en marino. Por eso se sonrió cuando su madre le dijo a Ramira que tal vez ningún hombre querría casarse con ella. Eso era precisamente lo que ella deseaba: que nadie la pretendiera como esposa y así tener la excusa perfecta para enrolarse en un navío. Lo que no le gustaba nada era que su madre creyera que estaba loca.

—Como te decía, Ramira, la niña está un poco chiflada. Dice cosas muy extrañas. A veces muestra deseos de hacer cosas propias de muchachos. Le encanta pasar horas y horas en la cabina con el capitán, al que le pregunta los nombres de todas las

cuerdas, de los palos...; conoce el barco mejor que cualquiera de los marineros que trabajan en él. Mis otras hijas no muestran ninguna curiosidad al respecto. Se dedican a bordar, a leer, a tañer sus instrumentos musicales, recitan poesía...

—Marina también recita poesía. Se sabe de memoria cientos de versos. Me enseñó el otro día unos que terminaban de una manera un tanto misteriosa: «Yo no digo mi cantar, sino a quien conmigo va».

—Poemas que no son los normales en una niña, Ramira, ni hablan de amor ni nada de eso. Esa es una poesía que le enseñó su padre y que también habla de barcos.

—Señora, yo tampoco sé versos de amor y no estoy loca.

—Ramira, tú eres una esclava, no eres una mujer. Buenas noches —se despidió mientras abría la puerta del camarote.

Ramira se quedó callada tras la frase de su señora. Para doña Ofelia, los seres humanos se dividían en tres clases: hombres, mujeres y esclavos. De vez en cuando olvidaba este hecho, y la confianza aparente le hacía creer que ambas pertenecían al mismo mundo, pero se equivocaba. Ella solo era una esclava. Pero una esclava que conocía muchas más cosas que su señora. Ramira sabía mucho más que doña Ofelia: había vivido en más lugares, había experimentado alegrías inmensas y dolores infinitos, no sabía leer en los libros, pero sí en la naturaleza y en las miradas de los demás humanos. Y tenía además la ayuda de los espíritus de sus antepasados. Aquellas dos estatuillas secretas que yacían ahora debajo de su manta, y que eran mudos testigos de la conversación entre ambas mujeres.

Marga llegó al museo más cansada de lo habitual. Era sábado y acumulaba el cansancio de toda la semana. Le costó trabajo ascender la escalinata que culminaba en el portalón de forja que daba acceso a aquellas salas que guardaban objetos milenarios.

—Buenos días, Manolo.

—Buenos días, profesora. ¿Cómo por aquí un día como hoy? —le preguntó el guardia de seguridad, que acababa de abrir.

—Ayer dejé un trabajo sin terminar y tengo todo descolocado. No tuve todo el tiempo que necesitaba, y no me gusta dejar las cosas a medias.

—Usted siempre tan puntillosa. —Le dedicó Manuel una sonrisa condescendiente.

Marga bajó a los sótanos por la escalera de emergencia, para no encontrarse con alguno de los visitantes que ya habían empezado a llegar al museo. A Marga le molestaba que mucha gente visitara solo por turismo lo que ella consideraba rincones sagrados. Porque al estar en una ciudad tenían que coleccionar monumentos, iglesias, museos, como si fueran cromos, para contárselo a sus vecinos, o para hacer unas fotografías que, como mucho y según todas las estadísticas,

iban a visionar dos veces. Ella no trabajaba para las turbas de turistas que entraban y salían por las puertas del museo. Ella trabajaba para recuperar la memoria perdida del pasado. Para ella y para el futuro. Desentrañaba los misterios que la tierra había escondido a lo largo de los siglos. La tierra y el mar. Se sentó a su mesa y contempló todos aquellos objetos sobre los que tenía que trabajar. Las monedas, los restos de madera decorada, fragmentos de cerámica, y un jarrón prácticamente intacto. Lo tomó entre sus manos y notó que sus dedos se calentaban como si estuviera cogiendo una tortera del horno. Pudo controlar su instinto y no lo dejó caer. Lo posó con cuidado sobre la mesa y se miró los dedos que se habían teñido de un casi imperceptible color verde, como el musgo marino que había cubierto el objeto durante siglos. Fue al lavabo, abrió el grifo, dejó correr el agua sobre sus manos un par de minutos, y luego se frotó con jabón, pero el color verde había teñido su piel, que seguía extrañamente caliente.

Volvió a su escritorio, y sacó un par de guantes del cajón derecho. Se los colocó y volvió a tomar la vasija. Seguía emanando un calor que a Marga le pareció más soportable. Le pareció que algo se movía dentro. Se la acercó al oído y la movió. Efectivamente, algo se desplazaba en su interior. «Debe de ser alguna piedra –pensó–, o algún molusco petrificado». En ese momento sonó su teléfono móvil, se quitó los guantes y apretó la tecla de contestar. Era el número de Carlos.

–Hola, Carlos, ¿no estás entrenando?

.....

–¿Carlos? No te oigo, habla más alto. ¿Ocurre algo?

.....

La conexión se cortó y el teléfono se quedó muerto. «Juraría que la batería estaba llena –pensó Marga–. Será mejor que vaya a ver qué pasa. Debería estar en su entrenamiento, y su profesor nunca deja que lleven el móvil en el tatami». Volvió a colocar los guantes en su cajón, cogió el bolso y salió. Cerró con llave la puerta de su despacho, subió la escalera de emergencia y llegó al patio central, que seguía atestado de turistas ataviados con camisetas de tirantes y pantalones cortos.

–Deberían prohibir la entrada a gente vestida así. No muestran ningún respeto por toda la historia que encierran estas vitrinas –le dijo a Manolo, el guardia–. Igual les daría estar en una playa. ¿Por qué no se van debajo de una palmera, al Caribe?

–Y usted también, profesora. Le vendrían muy bien unos días de descanso, fuera de la ciudad, una tumbona bajo el sol, oír las olas bajo los pies. ¿No le parecen las mejores vacaciones del mundo?

—Para mucha gente sí. Para mí no —respondió tajante al guardia, que siempre que tenía ocasión intentaba tirarle los tejos.

—Una pena, profesora. Realmente una pena. Que pase buen fin de semana. Y duerma mucho, que tiene mala cara.

Marga lo saludó con la mano pero no le dedicó ninguna palabra más. Bajó la escalinata con cierta dificultad. Tenía el coche aparcado al otro lado de la calle. Llegó hasta él, se sentó, lo puso en marcha. Volvió a sonar su teléfono.

«Pero ¿no se había quedado muerto?», pensó.

Lo buscó en el bolso y allí estaba. Miró la pantalla, no había ningún nombre, ninguna palabra a pesar de que estaba sonando. Le dio a la tecla y contestó.

—¿Eres tú, Carlos?

.....

—¿Pero qué demonios pasa?

.....

—Ahora voy al polideportivo, Carlos. Enseguida llego. No tardo ni cinco minutos.

«¿Pero a quién le estoy hablando yo?», se preguntó cuando hubo metido el teléfono en su bolso. Se miró de nuevo las manos: ahí seguía el color verde que había impregnado la piel de sus palmas.

Ramira arropó a las niñas para que no cogieran frío. Cuando llegó a la cama de Marina, le apartó el pelo que le tapaba la cara, y la niña abrió los ojos. No la había despertado. Simplemente, no se había dormido todavía. Había escuchado en silencio la conversación entre su madre y su esclava.

—¿Sabes?, a mí me gusta mucho esa poesía, que habla de un extraño barco, cuyas velas son de oro, y las jarcias de plata y...

—Tu madre tiene razón, pequeña niña, deberías leer otra clase de libros, o aprenderte otro tipo de poesías, de esas que tratan de amores.

—No disimules, Ramira, a ti tampoco te gustan esas cosas —dijo Marina al tiempo que se incorporaba.

—Yo solo soy una esclava, nada importa lo que yo piense —comentó Ramira sin ni siquiera una sombra de tristeza en su mirada.

—Mañana te enseñaré esa poesía.

—Pero ahora debes dormir, Marina. Es muy tarde.

Marina se abrazó a Ramira y le dio un beso. Doña Ofelia no era muy proclive a los gestos efusivos. Podría decirse que le costaba mostrar sus sentimientos, pero no sería del todo cierto. A Ofelia le habían enseñado a no generar demasiados

sentimientos. Según su madre, esa era la mejor manera de no sufrir, ni cuando el marido le fuera infiel, ni cuando el almirante estuviera de viaje, y ella se quedara sola durante meses, ni cuando perdiera a alguno de sus hijos, porque seguro que alguno de sus hijos se moría al nacer, o al poco tiempo. En esas ideas había sido educada la joven Ofelia, y se las había creído porque era lo mejor que podía hacer. Por eso no besaba nunca a sus hijos. Consideraba los besos signos de debilidad, y tampoco permitía que Ramira los besara. Así que la esclava solo mostraba ese tipo de gestos en ausencia de su señora. Las niñas mayores se parecían más a su madre en ese sentido, pero no sucedía lo mismo con la pequeña Marina quien, como su padre, era cariñosa, y le gustaba dar y recibir muestras del afecto que sentía por casi todo. Porque, podría decirse, Marina era una entusiasta de todo lo que la rodeaba: el mar, el cielo, los campos de trigo, las plantaciones de algodón, los árboles con sus ramas desnudas, luego floridas, después llenas de hojas y por fin repletas de frutas. Le gustaba observar el cambio de las estaciones en pequeños fragmentos de la naturaleza, y sentir como todo variaba con el tiempo. Lo mismo le ocurría a ella, que empezaba a notar cambios en su cuerpo que nunca había sospechado, pero que la hacían sonreír. Porque a Marina todo, o casi todo, la hacía sonreír. Hasta la expresión del rostro de Ramira cuando salía de su cuarto por las noches y se tocaba aquel extraño amuleto que colgaba de su cuello.

—¿Cuándo me enseñarás lo que tienes dentro del saquito? —le preguntó a punto ya de quedarse dormida.

—Ya sabes que no puedo enseñártelo. Es un amuleto secreto y no puede verlo nadie.

—¿Ni siquiera yo?

—¿Ni siquiera tú, que eres mi ama? —contestó Ramira, mientras se acercaba a la puerta.

—Tú no tienes amos, Ramira. Eres un espíritu libre, como los hombres del mar, como las sirenas que seguro nos acompañan cada noche ahí afuera.

—No existen las sirenas, Marina. Y ahora será mejor que te duermas. Hasta mañana.

Ramira salió al pasillo con su pequeña lámpara en la mano. Apenas quedaba aceite y la llama era minúscula. Pero tuvo tiempo de llegar a la cubierta. Se sentó en un taburete, dejó la lámpara en el suelo, y empezó a rezarles a sus antepasados. En ese momento, una estrella solitaria apareció entre dos nubarrones oscuros. Su rayo era como un hilo de plata que caía sobre el mar. Parecía una senda que bajara desde algún recóndito rincón celeste hasta las profundidades del piélago abismal. Hasta ese lugar donde, según Marina, nadan las sirenas.

Marina se quedó dormida enseguida. Soñó que navegaba en un barco pirata como una rehén secuestrada. Aquella era una de las obsesiones que su padre le había confesado a su madre, y que ella había escuchado más de una noche desde el otro lado de la puerta. En su sueño, era custodiada por un joven marinero vestido con un

extraño traje blanco, sujeto con una cinta de color amarillo. Nunca había visto nada parecido, pero no le extrañó, porque en los sueños siempre le pasaban cosas muy raras.

Marga aparcó junto al gimnasio. Se bajó, cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta. Abrió y allí estaba Pedro Pérez, el portero, como hacia un rato, cuando había dejado a Carlos junto a la pista. A Pedro le extrañó volver a verla antes de que hubiera finalizado el entrenamiento.

—¿Qué le ha pasado a Carlos, Pedro? —preguntó Marga en cuanto cerró la puerta.

—Nada que yo sepa.

—Me ha estado llamando pero ha debido de haber algún problema con la conexión. No he podido hablar con él.

—Yo no sé nada. De aquí no ha salido nadie. ¿Quiere que vaya a ver?

—Yo misma lo haré, gracias.

—Sabe que al entrenador no le gusta que los padres asistan a los entrenamientos.

—Pero Carlos me ha estado llamando. Algo ha debido de pasar.

—Espere un momento. Siéntese. Solo serán unos segundos.

Pedro entró en la zona practicable y allí estaba Carlos, en medio de una llave con su compañero Raúl. El entrenador estaba con otro grupito de chicos cuando vio acercarse al conserje. Le extrañó que le interrumpiera.

—Es la madre de Carlos. Dice que su hijo la ha estado llamando. Ha venido por si se había lesionado o algo así.

—¿Lesionado? No, no. No ha pasado nada. ¿Que la ha llamado? No es posible. Carlos no ha salido de aquí. Que yo sepa. ¡Carlos! —llamó.

El chico se levantó del tatami donde lo había dejado Raúl y se acercó a su entrenador, le hizo la reverencia protocolaria y se quedó callado.

—Carlos, ¿has salido de la pista?, ¿has ido al vestuario en algún momento del entrenamiento?

—No, señor —contestó extrañado. No se había movido de allí. Además, a Juan Antonio le molestaba que interrumpieran el entrenamiento por cualquier motivo, incluidas las visitas al baño; así que los chicos las evitaban en la medida de lo posible—. He estado todo el rato con los compañeros.

—O sea, que no has llamado a tu madre por el móvil.

Carlos frunció el ceño sorprendido. Por supuesto que no lo había hecho. Y aunque lo hubiera hecho en ningún momento lo reconocería delante del entrenador, que tenía absolutamente prohibido el uso de teléfonos durante las sesiones.

—No, señor. No he llamado a nadie. El teléfono está en la taquilla, con mi ropa.

—Puedes seguir haciendo llaves con Raúl —le ordenó—. Pedro, dile a su madre que ni la ha llamado ni se ha lesionado. Tendrá mal su teléfono.

Marga seguía sentada en el vestíbulo del gimnasio. Sus manos continuaban teñidas de verde.

—El chico está bien. No le ha pasado nada. Terminará el entrenamiento dentro de diez minutos. Si quiere esperarlo aquí...

—Entonces, ¿por qué me ha estado llamando?

—Dice que no lo ha hecho.

Marga se quedó mirando a Pedro con una sonrisa escéptica y moviendo levemente su cabeza de un lado a otro.

—¿Puedo ver su taquilla?

—Me temo que tendrá que esperar. Las llaves las guardan los chicos.

—¿Y no tiene usted una llave maestra?

—Sí, pero no estoy autorizado.

—Soy su madre —empezó Marga a levantar la voz—. Ábrame ahora mismo su taquilla.

Se pasaron los diez minutos discutiendo, pero Pedro no dio su brazo a torcer. No estaba dispuesto a perder su trabajo por el capricho de una de aquellas señoras bien. Porque Marga era lo que él llamaba una señora bien, una arqueóloga del museo, una intelectual con pasta, que ganaba mucho más que él por recomponer platos rotos. Pero allí mandaba él y no claudicaría ante ella.

—Hola, mamá, qué pronto has venido. ¿Por qué no me has esperado en el coche? —A Carlos le daba vergüenza que su madre lo viniera a recoger dentro del gimnasio como cuando era pequeño. Ya tenía un cinturón amarillo, y no era plan que su madre lo tratara como a un niño.

—Pensé que te había ocurrido algo. ¿Por qué me has llamado?

—Yo no te he llamado, mamá. ¿Qué vamos a comer hoy?

—Mi teléfono ha sonado dos veces con tu nombre en la pantalla. Había alguna interferencia, pero las llamadas venían de tu móvil. Y no sé qué vamos a comer. He estado trabajando, no he preparado nada.

—¿Por qué no vamos al restaurante japonés? Un poco de *sushi* estaría bien, para variar un poco.

—Odio el pescado crudo, ya lo sabes. Y ¿por qué cambias de tema? —le preguntó su madre mientras se encaminaban hacia el coche.

—No cambio de tema. Yo no te he llamado. Ya te lo he dicho.

—Pues alguien ha llamado desde tu teléfono.

—Estaba en la taquilla y en mi gimnasio no hay ladrones —replicó Carlos, al que empezaba a molestar la insistencia de

Marga.

—Es muy fácil. Déjame tu teléfono para comprobar las últimas llamadas —le pidió su madre.

—Toma. Pero es bastante absurdo. Si alguien hubiera utilizado el móvil clandestinamente, habría borrado el registro de llamadas. Además, ¿quién haría algo tan absurdo, llamarte a ti desde mi móvil?, y ¿para qué? No tiene sentido.

Marga comprobó las llamadas salientes, y efectivamente, no había ninguna durante toda la mañana. Ni durante toda la noche. La última era de dos días antes.

—Vale, no hay nada registrado.

—Pues eso —corroboró Carlos, que no esperaba otra cosa—. ¿Vamos al japonés?

Marga puso en marcha el motor. Esperó a que se apagaran las luces y arrancó.

—Por cierto, mamá, ¿qué te ha pasado en las palmas de las manos? Las tienes verdes.

Marina se levantó temprano. Ramira ya había calentado un poco de agua para que las niñas se lavaran antes de ponerse el corpiño, la falda, las medias de seda, los zapatos de la misma tela que la ropa... Hoy tocaba además lavar el pelo de la pequeña, esa pesadilla que ocurría una vez cada semana, cuando ya le picaba tanto la cabeza que no quedaba otro remedio. Tenía una larga cabellera rizada, que se enredaba estrepitosamente cada vez que Ramira se la lavaba. Le costaba unos lagrimones infinitos y la decisión inapelable de que esa misma noche, cuando todos estuvieran dormidos, cogería unas tijeras y se cortaría el pelo. Además había que secarlo, primero, con telas y, luego, con el viento del mar que se lo llenaba de sal. Pero Marina nunca había osado cortar su melena dorada, era la única hija de la familia que había sacado el cabello claro de su madre, y doña Ofelia estaba orgullosa de él como si fuera algo conseguido con mérito y trabajo. No quería desairarla y por eso no se atrevía. Y por eso seguía sufriendo cada vez que tocaba lavar aquella maraña de rizos que le llegaban hasta la cintura.

—Nunca te he visto el pelo, Ramira. ¿Lo llevas corto o largo debajo de esos pañuelos bajo los que lo escondes?

—No lo escondo. Así no se cae ningún pelo a la comida. Las mujeres como yo debemos llevarlo tapado. Además es más casto así. Solo las niñas lo llevan suelto o con coleta, como tú. Tu madre lo lleva recogido y a veces tapado.

—No me has contestado, ¿lo llevas corto o largo?

—Corto. ¿Para qué y para quién lo iba yo a llevar largo? No tengo que seducir a nadie. Tú, en cambio, tienes una melena maravillosa que hará temblar a tus pretendientes cuando llegemos a España —respondió Ramira.

Marina se la quedó mirando escéptica, como siempre que se aludía a su futuro

matrimonio como algo natural.

—¿Por qué dices que no tienes que seducir a nadie? No tienes marido, pero podrías tenerlo. Yo creo que eres guapa, Ramira —le dijo Marina, mientras le acariciaba la mejilla.

—Ramira es demasiado vieja para pensar en ningún hombre, pequeña. Eso ya se acabó.

—¿Y por qué nunca te has casado?

—La mayoría de las esclavas no se casan. Sirven a sus amos y ya está —contestó mientras le aclaraba el pelo a la niña con agua. Le ponía una mano en los ojos para evitar que los restos de jabón le escocieran, y con la otra le iba derramando el agua sobre los mechones de oro.

—¿Y nunca te has enamorado? —le preguntó Marina, cuando por fin pudo levantar la cabeza de encima del barreño, y mirar cara a cara a la esclava.

—Eso es para los señores, Marina. Los esclavos no nos enamoramos —contestó manteniéndole la mirada.

—Eso no puede ser así. Todo el mundo se enamora.

Ramira no quería que volvieran algunas imágenes que había guardado en el lugar más oscuro de su memoria: sus tratos con aquello que llamaban amor se traducían a temor, a dolor y a muerte. No, ella nunca había disfrutado de los placeres del enamoramiento. Cuando era muy joven, se había fijado en un muchacho de la plantación en la que vivía. Se llamaba Miguel, era alto, musculoso, de ancha sonrisa y mirada franca. Hablaban mucho y un día incluso se habían citado al otro lado del río. Allí él le había dicho lo mucho que le gustaba, y ella había cedido a que la besara en las mejillas, en la frente, en el pelo, en los labios. Oyeron un ruido cerca de ellos, como si las patas de un animal furibundo hubieran quebrado alguna rama en el suelo, y se marcharon de aquel lugar que se convertiría en el primer y único espacio en el que un hombre enamorado la había besado. Al día siguiente, Miguel apareció muerto junto a la orilla, muy cerca de la barca en la que salía a pescar. Alguien le había cortado el cuello con un hacha que no se había molestado siquiera en retirar del lugar. Un hacha que pertenecía al amo. Enterraron a Miguel en el pequeño cementerio de la plantación, en silencio. Todos sabían quién y por qué lo había matado, pero nadie osó nunca decir ni palabra sobre el asunto. Ramira contestó con su silencio cuando el señor le preguntó si había llorado mucho por el joven Miguel. Hizo siempre lo que el amo le pidió, como había hecho antes de que Miguel le hablara. Y no lloró porque nunca había aprendido a llorar.

—No me creo que nunca te hayas enamorado. Seguro que hace años te gustaría algún chico —insistió Marina.

—Me fijaba en los chicos guapos, claro. Pero ya está —mintió Ramira en parte. Después del episodio de Miguel, ya nunca se atrevió a mirar a ningún hombre que no fuera su amo—. ¿Y por qué me lo preguntas? ¿Acaso es a ti a quien le gusta alguien? ¿Te has fijado en alguno de los marineros? Ninguno es para ti, pequeña. A ti te espera

un hombre rico, y no un pobre hombre del mar.

—No, no me gusta ninguno de esos. Huelen mal —reconoció Marina—. Pero esta noche he visto a un chico muy guapo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde lo has visto? —preguntó curiosa Ramira.

—En mis sueños. Estaba en mis sueños —repitió Marina, cuando su esclava empezaba a cepillarle el pelo, después de quitarle la humedad con un paño.

Ramira se quedó quieta unos segundos. ¿Con quién había soñado la pequeña? Los sueños siempre eran señales que enviaban los antepasados.

—Seguro que es alguno de los muchachos que has dejado en casa. ¿Algún esclavo tal vez? ¿O algún amigo de tu hermano? El joven Andrés siempre ha tenido predilección por ti. Seguro que era él —recordó Ramira. Andrés Gómez de Suescun era el mejor amigo de Enrique y siempre buscaba la compañía de su hermana pequeña.

—No, no era Andrés. Andrés es rubio como yo. Este chico que he visto esta noche es moreno, con el pelo rizado, los ojos azules, de un azul extraño. Y no es tan guapo como Andrés. Además, iba vestido de una manera muy rara: llevaba una especie de chaqueta blanca, un jubón también blanco hasta los pies, sin medias, sin chapines. Y con una cinta amarilla atada a la cintura.

—Quizás los espíritus de tus antepasados te han mostrado al hombre del que te enamorarás cuando llegemos a tierra.

—Si te oye mi madre hablando de esas cosas, te venderá en cuanto llegemos a tierra.

—Pero tu madre no me va a oír y tú tampoco se lo vas a contar —le dijo Ramira mientras seguía cepillándole la cabellera.

Marina se quedó callada mirando fijamente a su esclava. La mirada de Ramira ejercía siempre un extraño poder sobre todos los que posaban sus ojos en ella. La niña giró su cabeza para evitarlos.

—No era un chico especialmente guapo —repitió Marina, que quería llevar a Ramira a su terreno.

—Seguramente lo conocerás cuando llegemos a España. Los sueños nos muestran siempre a personas que tenemos cerca en esta vida. O en la otra —musitó la mujer.

—Yo nunca he soñado con los que están en el cielo —replicó Marina—. Nunca he soñado con mis abuelos y están muertos.

—Tampoco los conocías. ¿Cómo puedes saber si son o no son algunas de las personas que pueblan tus sueños cada noche?

—He visto sus retratos —contestó.

—Los retratos roban el alma. Nunca muestran a las personas de verdad. Las personas tienen alma, el alma se muestra en los rostros, y los retratos son pedazos de tela pintada. Cosas de los malos espíritus. Si ves a tus abuelos en tus sueños no serás capaz de reconocerlos.

—Bueno, Ramira —dijo Marina mientras se miraba en el pequeño espejo que le había acercado su esclava—, lo que está claro es que el chico con el que he soñado no era ninguno de mis abuelos.

El color verde de las manos de Marga no desapareció durante todo el fin de semana. Lo intentó con lejía pura sobre el estropajo. Lo único que consiguió fue que las palmas le quedaran peladas e irritadas. Tuvo que buscar una farmacia de guardia y comprar una pomada que la aliviara. Pero el tinte permaneció hasta el lunes. Cuando sonó el despertador, Marga remoloneó en la cama unos minutos. Había algo en su intuición que le advertía que ese día no debía ir a trabajar. Pero ¿qué podía hacer? No iba a llamar a su jefe y decirle que temía regresar al museo. Porque en realidad era eso lo que pasaba: por primera vez en su vida laboral, tenía miedo de sentarse ante su mesa y volver a tocar aquellas piezas que habían salido del mar y que parecían estar hechizadas. Ella nunca había creído en historias de aparecidos, ni de poseídos, ni en nada por el estilo, pero en aquel momento sentía que estaba viviendo algo extraño: las manchas que no se iban de sus manos, el calor que emanaba de la vasija, las llamadas telefónicas de origen desconocido... Se levantó al fin y se dijo que todo aquello no eran sino tonterías, que seguro que todo tenía una explicación lógica, y que si no era muy lógica, seguro que al menos había una explicación. Volvió a sonar el teléfono. Esta vez no era la alarma, ni una llamada misteriosa. El nombre que apareció en la pantalla era el de Federico, el padre de su hijo, con el que tantas cosas había compartido. Con él había construido un castillo de amor tan enorme que les había superado a ambos. Un castillo que se había derrumbado como se derrumban los castillos de naipes. Muchas veces se preguntaba por qué no habían sido capaces de superar lo que otros superaban, por su hijo, por los viejos tiempos... Se sentía culpable por ello. Pero enseguida superaba ese sentimiento, cuando se acordaba de que Federico era un botarate, un buen hombre, pero irresponsable. En el sentido más estricto de la palabra.

—Buenos días, Marga. Espero no haberte despertado —dijo su voz al otro lado del espacio y de las ondas.

—Hola, Federico. Ya estaba despierta. Algunas tenemos un estricto horario laboral.

—Ya salió la supermujer que llega a todo, que todo lo controla, que todo lo hace bien.

—¿Para qué has llamado, si puede saberse? No son estas tus horas habituales de llamar. ¿Te has caído de la cama y pides ayuda, a pesar de lo lejos que debes de estar?

—No estoy tan lejos como piensas. Y por eso mismo te llamo, para que no te caigas tú de tu sillón cuando me veas aparecer por el museo esta mañana.

—¿Por el museo? —Marga se incorporó con una punzada en el estómago. Solo le faltaba la presencia de su exmarido—. ¿Qué se te ha perdido a ti allí?

—No se me ha perdido nada. Al revés. He encontrado un montón de piezas más de ese barco que estás investigando, y me han mandado para trabajar contigo. Vamos a ser compañeros. Como en los viejos tiempos.

Marga se quedó callada unos instantes. Se sentó sobre la cama e introdujo sus pies en las zapatillas. No se atrevió a levantarse. El corazón le latía deprisa, demasiado. Dentro de una hora se iba a encontrar con Federico y con los restos del galeón. Por separado podría soportar ambas circunstancias, pero todo junto le parecía excesivo.

—¿Cómo dices? ¿No hay otro arqueólogo en los alrededores y te han contratado a ti?

—Supongo que hay más, pero no tan buenos como yo. Y como saben que hacemos buen equipo, pues ya está.

—Ya está —repitió Marga, mientras miraba la hora en el reloj. No podía seguir hablando si no quería llegar tarde. Aunque dadas las circunstancias, lo que le pedía el cuerpo era quedarse donde estaba—. ¿Y no estarás pensando quedarte en mi casa?

—No, claro que no. No te preocupes. He alquilado un apartamento con dos habitaciones para que Carlos se pueda venir conmigo algunos días, si te parece bien. No te molestaré.

—Ya. Bueno, ahora tengo que arreglarme y preparar los desayunos. Te veo en el museo, si no hay otro remedio —se despidió Marga.

—Espero que no haya otro remedio.

Marga colgó el teléfono y no le dio opción a seguir hablando. Lo que le faltaba. Justo aquello era lo que le faltaba: tener a Federico merodeando alrededor de ella y de los objetos del galeón. Y encima, le había creído entender que había más hallazgos, que por esa razón lo habían llevado a trabajar con ella.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Carlos cuando llegó a la cocina.

—Con tu padre —contestó Marga y su mirada delató que su llamada no había sido como las habituales.

—¿Qué le pasa?

—Nada. No le pasa nada. Que está por aquí.

—¿En España?

—Sí.

—¿Dónde?

–Aquí.

–¿Aquí?

–Sí.

–¿Y?

–Vamos a trabajar juntos en los restos del galeón.

Carlos no dijo nada. Solo arqueó las cejas lo más que pudo.

–Ha alquilado un apartamento cerca de aquí, para que vayas cuando quieras.

–¿De verdad? –Carlos no sabía si estar emocionado por la noticia, sorprendido o amargado.

–Sí. Y ahora termínate el desayuno, que vas a llegar tarde.

–¿Cuándo voy a ver a papá?

–Yo lo voy a ver en cuanto llegue al museo, me temo. A lo mejor podemos comer los tres juntos. Pero no te prometo nada, tal vez él tenga otros planes.

–O no. A lo mejor quiere verme.

–Seguro que sí.

Lo abrazó su madre, que no estaba segura de lo que afirmaba. Los deseos de Federico eran impredecibles. Era un espíritu libre. Hacía más de seis meses que no había aparecido por la ciudad. Un par de postales desde algún lugar del oeste de África y una desde el centro de América había sido todo lo que habían recibido de él durante ese periodo. Marga no tenía la menor idea de en qué estaba trabajando. En absoluto sospechaba que estuviera inmerso en la misma investigación que ella. El destino los volvía a relacionar. Federico era una de las pocas personas del mundo que no usaba correo electrónico y apenas el teléfono móvil. Odiaba estar localizable. Siempre decía que aquellos objetos le parecían hijos de una especie de gran hermano sin nombre ni apellidos que controla a la humanidad desde un satélite a miles de metros de distancia. Lo más parecido a la idea de un ser demoníaco, omnipotente y omnicontrolador, cuyo infierno no está hecho de fuego sino de ondas que vuelan silenciosas e invisibles por el aire.

El almirante viajaba en la nao capitana de la flotilla: la Santa Catalina. Habían embarcado diez días antes en Puerto Rico y se dirigían al puerto de Palos, en Huelva, al mismo lugar desde el que habían salido las tres carabelas con Cristóbal Colón al frente, más de trescientos años atrás. En el último momento se había decidido que sería él el comandante en jefe, pues debía sustituir al general don Juan del Águila y Sotomayor que había enfermado de unas extrañas fiebres. La nave que capitaneaba no tenía espacio suficiente para que su familia viajara cómodamente, así que su esposa, sus hijas y su esclava navegaban en la Buena Esperanza, la más nueva de las fragatas, la más grande y la más hermosa. Cuando sus deberes le dejaban, se dirigía a

la popa, y allí se quedaba mirando la proa de la Buena Esperanza, a ver si su esposa o alguna de sus hijas deambulaban por la cubierta. Doña Ofelia salía cada tarde, cuando declinaba el sol, justo después de decir sus oraciones con las niñas, se quedaba quieta y observaba la estela que dejaba la Santa Catalina. Sus ojos recorrían la banda blanca que dejaba la nave al partir el mar, y subían hasta encontrarse con el hombre cubierto por el sombrero de almirante, que se quitaba para saludarla a lo lejos. Doña Ofelia sonreía, pero su sonrisa se la quedaba para ella sola. Don Enrique de Guzmán y Mirasierra no podía verla pero la imaginaba, hermosa como la primera vez que la vio, en el palacete de su padre, en Úbeda. Recorría en su memoria cada milímetro de los labios rosados que en aquellos momentos sonreían al otro lado de la estela de su barco. La había amado desde el primer instante. El suyo no había sido un matrimonio concertado, como era habitual en la época, sino que los dos jóvenes se habían amado desde que cruzaron sus miradas bajo uno de los arcos del patio del palacete de la familia Orduña. Pasaron años sin verse antes de prometerse y de casarse. Años para Enrique de estudio en la academia naval, años de viajes a uno y a otro lado del océano, años de cañonazos contra los barcos piratas que amenazaban el cargamento de plata y de azúcar que venía de América. Años de soledad en un barco en el que no había ojos de mujer en los que mirarse. Ni manos que acariciaran un piano que llenara el aire de música. Ni labios que besaran los suyos.

Y ahora, allí estaba ella, sus labios, sus manos, sus ojos, tan cerca, pero con el mar siempre infinito entre ambos. Ella también se quitó el sombrero y lo agitó para que él supiera que estaba cerca y que pensaba en él.

—¿Está ahí nuestro padre? —preguntó Marina, tirando del vestido de su madre.

—Sí, ¿no ves cómo nos saluda? Tu padre nos echa de menos.

—Otras veces hemos estado más tiempo sin él —repuso la niña.

—Cierto, pero esta vez no contábamos con ello. Pensábamos hacer el viaje todos juntos. Ya sabes que el otro almirante enfermó, y por eso tuvo que sustituirlo en la Santa Catalina. —Ofelia acarició el cabello recién limpio de su hija—. ¡Qué bien hueles!

—Ramira me ha lavado el pelo. Pero, madre, ¿por qué no es esta la nao capitana? Es más grande y más bonita.

—Es demasiado nueva para tener esa categoría. Además, precisamente por ser la más grande, protege a las demás.

—¿Quieres decir que es como si nosotros protegiéramos a nuestro padre, y no al revés?

—Bueno, yo no he dicho exactamente eso. Pero sí, es algo parecido. —Volvió doña Ofelia a oler el pelo de Marina.

—¿Y de qué protegemos a los demás barcos? ¿Es que va a haber una batalla? —preguntó curiosa pero no preocupada.

—¿Una batalla? ¡Qué disparate! No estamos en guerra —negó Ofelia.

—Pues es una pena.

Ofelia se giró sorprendida a mirar el rostro de su hija cuando pronunciaba sus palabras. ¿De verdad pensaba lo que estaba diciendo?

—¿Por qué dices eso? —le preguntó su madre.

—Seguro que entonces el capitán me dejaría subir al palo mayor para ver el fuego de los cañones —contestó Marina entusiasmada.

—Pero..., pero, por todos los santos del cielo, ¿qué estás diciendo?, ¿qué ocurrencia es esa? ¡Ramira! —gritó Ofelia—. ¡Ramira, ven aquí inmediatamente!

—Señora —dijo la esclava en cuanto llegó al lado de su ama—. ¿En qué puedo servirlos?

—Baja ahora mismo a Marina a su camarote, y que no salga de allí hasta que yo lo diga.

—Pero, madre, ¿por qué?, ¿qué he hecho? No es justo —protestó.

—¿No es justo? Ve a tu camarote, y piensa en lo que has dicho. Una niña no puede, no debe tener esos pensamientos. ¡Qué disparate! ¡Querer que haya una batalla para ver los cañonazos! Será mejor que te pongas a rezar para que no se cumplan tus deseos —le ordenó su madre, mientras una lágrima se escapaba de sus ojos sin querer. Qué había hecho ella para que su pequeña hija, tan dulce y tan hermosa, hubiera perdido la cabeza.

—Ramira tomó de la mano a Marina, para alejarla de la presencia de su madre.

—¿De verdad has dicho eso? —le preguntó cuando llegaron a pasillo donde estaban los camarotes.

—Sí.

—Creo que tu madre tiene razón. Deberías rezar a tus antepasados para que te quiten esas ideas de tu linda cabecita.

Marina se la quedó mirando en silencio. ¡Qué sabían su madre y su esclava sobre lo que había en su cabeza...!

Carlos bajó del autobús y entró en el colegio pensando que tal vez a su regreso se encontraría a sus padres juntos en su casa. O que a lo mejor iban a buscarlo a la salida. Cuando llegó a la verja, pensó que era preferible no pensar en ello, no hacerse unas ilusiones que podían no quedar satisfechas. Con su padre por el medio, nunca se sabía qué podía pasar...

Entró en la clase cuando el profesor acababa de llegar y de sacar sus libros. Había enchufado ya el ordenador y empezaba a pasar lista.

—Llegas tarde. ¿Te ha pasado algo? —le preguntó.

—No, nada importante. Lo siento —respondió mientras se sentaba.

No pudo concentrarse en las clases durante toda la mañana. La imagen de su padre a punto de abrazarlo ocupaba todo el espacio de sus pensamientos.

A Marga le iba el corazón a toda velocidad mientras iba sentada en el autobús hacia el museo. Se había puesto su vestido más ceñido. Uno que se había comprado dos meses antes y que apenas se había puesto, pero que le quedaba muy bien, según ella, según todas sus amigas, y según el guardia de seguridad que la miraba de arriba abajo cada vez que se lo ponía. Se había maquillado con lápiz oscuro alrededor de los ojos y con máscara de pestañas. Había contemplado el resultado en todos los espejos de la casa y se había dicho cada vez: «Soy imbécil, soy imbécil, soy imbécil, Federico es imbécil, Federico es imbécil, Federico es imbécil», como una especie de doble mantra que le servía para relajarse e intentar creerse lo que estaba diciendo a fuerza de repetirlo.

Cuando bajó del autobús, se alisó el vestido. Sacó el espejito del bolso y se volvió a mirar. Comprobó que sus ojos estaban como debían estar, pero su pelo no había quedado tan liso como le habría gustado. Volvió a repetir lo de «Soy imbécil, Federico es imbécil». Siguió sin creérselo, subió las escaleras con la espalda más recta de lo habitual, y entró.

—Buenos días, profesora. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Ha descansado? —le preguntó Manuel, el guardia, como todos los lunes.

—Corto, este fin de semana ha sido más corto. Acuérdate de que el sábado estuve aquí.

—Ya. ¿Todo bien con su hijo?

—Todo bien, gracias. Por cierto, creo que tenemos un investigador invitado, ¿ha llegado ya?

—Ha llegado el nuevo coordinador, sí. Al menos como tal me lo han presentado. Un hombre alto, apuesto, con la piel muy bronceada.

—Y se llama Federico, ¿a qué sí?

—No recuerdo el nombre. ¿Lo conoce?

—Estuve casada con él diez años. Pero a decir verdad, no sé si lo conozco muy bien. —Marga se quitó las gafas de sol y fijó su mirada en Manuel, que se dio cuenta de que se había maquillado los ojos más que ningún otro día que él recordara.

—Vaya. No tenía ni idea —repuso el guardia, al que le dio un bufido el estómago, un bufido que solo escuchó él.

—Claro, ¿cómo iba a saberlo? —reflexionó ella en voz alta—. Supongo que estará ya abajo.

—Sí, me temo que sí.

—Hasta luego, pues —dijo Marga con un suspiro de esos que vienen a decir algo así como «hala pues, a ver qué pasa».

—Que le vaya bien el reencuentro.

Marga no contestó al comentario, pero apretó los labios y frunció el ceño. Bajó las escaleras. Antes de entrar en su despacho, oyó la voz de Federico, que hablaba con su jefe, la

doctora Ramírez, una eminente arqueóloga de la que ambos habían aprendido en sus años jóvenes. Marga respiró hondo. Se repitió lo de «Soy imbécil, Federico es imbécil», ensayó la mejor de sus sonrisas, se tocó el vestido, se volvió a alisar el pelo, giró el picaporte y abrió la puerta.

–Buenos días –dijo ella.

–Buenos días –dijo él, al mismo tiempo que se giró. En una décima de segundo comprobó que Marga estaba más guapa, más delgada, más estilosa, más glamurosa, más interesante e incluso más joven, que la última vez que la vio—. Estás estupenda.

Marga le estrechó la mano, pero él la abrazó y le dio dos besos en la mejilla. Un segundo que le sirvió para reconocer el perfume de siempre, el mismo que él le había regalado en su primer cumpleaños juntos y que ella no había dejado de utilizar.

–Hueles muy bien.

–Tú también.

–Si no recuerdo mal, se conocen ustedes desde hace tiempo –intervino la doctora Ramírez.

–Recuerda usted bien –dijo Federico—. Marga es mi mujer.

–Su exmujer –apostilló ella.

–Nunca nos hemos divorciado –explicó él.

Marga prefirió guardarse los comentarios para cuando estuvieran a solas. A su jefe no le importaba nada su situación personal.

–Me llamó hace un rato y me contó que lo habían contratado –le dijo a la doctora Ramírez a modo de reproche—. Fue una sorpresa.

–También lo ha sido para mí. Recibí una llamada en medio del fin de semana, desde las altas instancias. Nos mandaban al profesor Márquez como apoyo a nuestra investigación. Y mañana recibiremos más piezas. Su marido me estaba contando que han encontrado piezas realmente fabulosas. Un auténtico tesoro que llevaba hundido en el fondo del mar más de doscientos años.

–Mi exmarido –corrigió Marga.

–Nunca había visto nada parecido. –Contó Federico con el mismo entusiasmo de sus primeras aventuras arqueológicas. Marga se sonrió. Aquella frase ya se la había oído muchas veces antes –. El ministerio quiere organizar una exposición cuanto antes para mostrar la riqueza del hallazgo. Por eso me mandan, para agilizar el trabajo.

–¿Tú en un despacho, en un sótano, con mesas y con sillas? –preguntó Marga, irónica—. No aguantarás ni dos días.

–Por supuesto que aguantaré. Cuando me preguntaron si me interesaba el trabajo y me dijeron con quién iba a estar, dije inmediatamente que sí. A lo mejor me ha llegado la hora de asentarme. ¿No te gustaría? –Se acercó Federico al oído de

Marga.

–Dejen sus cuestiones personales para la salida. Ahora hay que trabajar –interrumpió la doctora Ramírez–. Por cierto, Marga, ¿qué le ha pasado en las manos? ¿Se las ha quemado?

Marga no se había dado cuenta de que aún quedaban restos del incidente en las palmas de sus manos. No quería contarle lo que le había ocurrido delante de Federico, que se lo tomaría a broma.

–Sí. Al sacar una bandeja del horno.

–Así que ahora te gusta más la cocina –dijo Federico con una leve carcajada–. Antes no te gustaba cocinar.

–Si siguen hablando de sus cosas, tendré que tomar alguna determinación desagradable, profesor Márquez.

–Está bien, está bien, disculpe, doctora. No se repetirá –afirmó él.

–Eso espero. Y ahora, Marga, ¿quiere acompañarme un momento al almacén? Tengo unas dudas sobre unas piezas que quiero comentar con usted. Mientras, señor Márquez, puede ir viendo las anotaciones que la profesora ha realizado sobre las piezas recibidas hasta ahora.

La doctora Ramírez se había dado cuenta de la situación un tanto embarazosa por la que estaba pasando su colaboradora.

–Santo Dios, Marga. No sabes cómo lo siento. No tenía ni idea de que era él. Si lo hubiera sabido, habría pedido que no lo mandaran, pero me ha venido impuesto de arriba.

–Es el mejor, Elvira. No hay otro arqueólogo marino mejor que él. Saben bien a quien mandan.

–¿Te será duro trabajar con él? –le preguntó mientras le pasaba la mano por el hombro.

–Me será duro trabajar con él, como me es duro vivir sin él. ¿Te has dado cuenta? Ni siquiera ha preguntado por Carlos. –Los ojos de Marga se llenaron de unas lágrimas que optaron por no salir a estropear su concienzudo maquillaje.

–¿Y lo de las manos? –le preguntó Elvira para cambiar de conversación–. Me ha dado la impresión de que no tenía nada que ver con tu horno.

–Fue el sábado. Ocurrió algo muy extraño con una de las piezas del galeón.

–¿El sábado?

–No te lo he dicho, pero vine a trabajar un rato. Cogí una de las vasijas, la que está casi intacta. Las asas ardían, Elvira, y me tiñeron las manos del color verde del musgo, del moho que la cubre. No he podido quitármelo en todo el fin de semana. Me las he pelado con el estropajo y con lejía, pero sigue ahí. Es como si se me hubieran teñido de la pátina del pasado. –Sonrió inclinando levemente la cabeza–. No he querido contarle delante de Federico. Se habría reído de mí.

En ese momento se abrió la puerta. Era él, que había estado escuchando al otro lado. Se acercó y tomó las manos de Marga con cara de preocupación.

–Por esto me han mandado aquí –confesó.

–¿Por mis manos? ¡Qué tontería! Nadie sabía lo de mis manos.

–Uno de los buceadores que me ayudaba cogió una de las vasijas. Al agarrarla, sus manos empezaron a humear. ¡Salía humo de sus manos dentro del agua! Yo mismo lo vi, nadie me lo ha contado. Subimos inmediatamente a la superficie. Se quitó los guantes de neopreno, y sus manos estaban verdes. Los guantes se quedaron intactos, ni cambiaron de color ni se quemaron. Nada. Pero la piel de sus palmas era verde. Nadie sabe por qué. Pero quieren que yo forme parte de la investigación. Sea lo que sea que lo ha provocado, es algo extraño.

–Y quién mejor que tú para investigar algo extraño, ¿no? –repuso Marga mirándole a los ojos y soltando sus manos de entre las suyas. No soportaba su contacto sin un pinchazo en el estómago.

Federico sabía que su cercanía le provocaba a Marga cierto desasosiego que no quería evitar. Elvira salió del almacén y los dejó solos durante unos minutos. Buscó en Google aquel extraño fenómeno, pero no encontró ningún caso parecido. Lo del color podría achacarse a las diminutas algas que se adhieren a cualquier ser vivo o muerto que pase mucho tiempo bajo la capa del mar. Pero lo del calor emanado por las piezas del galeón..., aquello era realmente raro. Y más raro aún que su superior en el ministerio no lo hubiera mencionado cuando la llamó el día anterior.

Marga se quedó en silencio aguardando una respuesta de Federico. O más bien una pregunta. Pasaron por su memoria algunos momentos estelares que habían vivido: su primer beso, su boda en la ermita de su pueblo una tarde de un calor canicular, el embarazo, entre momias y pirámides en medio de una excavación en el valle de los Reyes, el nacimiento de Carlos en un hospital, en el que ni había anestesia epidural, ni médico, en la ladera de un viejo volcán en el altiplano andino, la sonrisa de su marido cuando lo tomó en brazos por primera vez...

–¿Y cómo está Carlos? –preguntó por fin.

–Te espera para comer.

Marina se retiró al camarote y cerró la puerta tras de sí. Al poco rato, doña Ofelia dio orden de que Marina las acompañara al salón. Ramira fue la encargada de hablar con la niña, pero no le abrió, ni contestó a sus palabras. No quería dar explicaciones

sobre su comentario y sobre su comportamiento. Ramira la dejó sola y se marchó a las cocinas donde era responsable de la comida de la señora y de su familia, que no solían comer con el capitán de la nave ni con los responsables del cargamento. Enseguida alguien llamó a la puerta. Eran Isabel y Beatriz, que echaban de menos a su hermana en el salón de juegos. Pero Marina contestó con un escueto «me duele la tripa», y la dejaron en paz. Por supuesto no le dolía la tripa; pero ellas nunca entenderían lo que le ocurría, así que no merecía la pena perder el tiempo en compartir con ellas sus deseos.

Se miró al espejo. Allí estaba su melena más rubia que nunca por la acción del sol del océano, y del jabón con el que se la acababa de lavar. Le dio una punzada en el estómago y una idea surcó su mente. Una idea que le dolería más a su madre que cualquiera de sus palabras. Y a su padre, al que no distinguía en la lejanía del resto de los tripulantes de la Santa Catalina. Buscó en el costurero, pero no encontró lo que buscaba. Pensó que seguramente Ramira sospechaba de sus intenciones, y habría escondido la tijera entre sus cosas. Marina sabía que su esclava a veces era capaz de leer los pensamientos de los demás. Normalmente, era algo que le gustaba, porque no le concernía, pero ahora era ella la que escondía unas intenciones inesperadas, secretas, que tal vez Ramira había adivinado.

Marina subió la escalera que separaba su cuarto del habitáculo de la esclava. Allí donde estaba su camastro, su pequeño baúl y los objetos extraños y misteriosos que escondía en el jergón. La niña se sentó en un pequeño escabel y contempló las posesiones de la mujer, que eran tan pocas que podrían caber en uno de los toneles de pólvora que había visto en el lugar donde se guardaban las armas, una zona que por alguna razón que se le escapaba, llamaban la «Santa Bárbara» del barco. Alguien volvió a llamar a la puerta. Esta vez era una voz masculina la que la alejó momentáneamente de sus pensamientos.

—Abra la puerta, o la abriremos de un golpe y ya no se podrá cerrar nunca más hasta que arribemos a puerto. Usted elige, pequeña damita caprichosa. —Era el capitán Monsalve el que hablaba.

—No pienso abrir —contestó Marina.

—Está bien —dijo él—. Proceda, cabo González. Coja el hacha y golpee la puerta hasta que podamos entrar.

—¡No, no! —gritó la niña, mientras bajaba de dos en dos los escalones. Llegó hasta la puerta y la abrió. Allí estaba el capitán, solo.

—Buenos días, jovencita.

—Me ha engañado. No había nadie con un hacha —dijo Marina, mirando fijamente a los ojos del capitán.

—Sí, señorita. La he engañado. Le llevo muchos años y no va a poder usted conmigo. Tengo cinco hijas y sé cómo tratar los caprichos de una jovencita como usted. Y ahora, haga el favor de salir. Sus hermanas y su madre la esperan en el salón.

Marina se quedó quieta, no movía ni un músculo. La rabia contenida empujaba

torrentes de agua que querían salir en forma de lágrimas, pero a las que no dejaba ni siquiera asomarse.

—Permítame al menos que coja una de mis muñecas.

—Por supuesto —contestó el capitán—. Pero yo creía que querías ser marinero. Y los marineros no juegan con muñecas. Y tampoco las mujercitas de tu edad.

Marina subió hasta la cama de Ramira, y buscó entre las sábanas. Muchas noches la había oído rezar ante sus figuras prohibidas. Y muchas veces las había visto escondidas. Sabía que eran poderosas y que la esclava les pedía favores que le otorgaban. Seguro que a ella también le obedecían. Al fin y al cabo ella era el ama de Ramira. Cogió una estatuilla negra, nunca la había tenido tan cerca. Le recorrió un escalofrío cuando la miró y cuando la tocó: sus ojos de marfil parecían mirarla y escrutar sus deseos más íntimos. Su boca abierta enseñaba unos dienteillos sucios que no se parecían a los de ningún animal conocido por ella. Del cuello pendía un saquito como el que llevaba siempre Ramira colgado sobre el pecho. Marina tragó saliva, bajó, abrió su baúl, cogió uno de sus chales y cubrió la horrenda figura con él.

—¿Ya has cogido tu muñequita? —le preguntó amable el capitán.

—Sí —respondió lacónica.

—¿Cómo se llama?

—Catalina, se llama Catalina. —En realidad, ese era el nombre de la verdadera muñeca de Marina, que dormía dentro de sus propias sábanas.

—Vaya, le has puesto el nombre de la nave donde va tu padre.

—Ha sido una casualidad —dijo ella.

El capitán cerró la puerta cuando ambos salieron. Le pareció que del chal que cubría la muñeca de Marina emanaba un brillo extraño, pero no dijo nada. Debía de ser uno de los efectos de la larga travesía con el viento del sur.

Carlos ya estaba en casa cuando llegaron sus padres. Marga estaba muy nerviosa, y en el ascensor no dejaba de morderse los labios, que era algo que hacía cuando había algo en el aire que no podía controlar. En este caso, la presencia de Federico tan cerca de ella en el minúsculo habitáculo, y luego en su casa, con Carlos esperando. No estaba segura de la actitud del chico cuando viera a su padre después de tantos meses. En momentos como esos, Marga se preguntaba por qué se había casado con él, por qué todavía no habían firmado los papeles del divorcio, por qué dejaba que aquel hombre impredecible siguiera formando parte de su vida.

—¿Cómo crees que se va a tomar Carlos mi presencia?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Te echa de menos, pero lo disimula lo mejor que puede. Es un chico listo y sabe que eso es lo mejor que puede hacer, disimular ante sí mismo. Acabar creyéndose que en realidad no te echa de menos. Eso es lo que

hace.

–Ya –contestó cabizbajo Federico, consciente de que no pensaba en su hijo tanto como se esperaría de un padre normal y corriente.

Marga sacó la llave del bolso y la introdujo en la cerradura. Antes de que le diese la vuelta, Carlos había abierto desde dentro. Allí estaba, quince centímetros más alto que la última vez que Federico lo vio, más ancho de hombros, con el pelo más largo y con una enorme sonrisa dibujada en su cara. Marga pensó que Carlos sabía disimular certeramente sus decepciones y sus expectativas.

–Hola, papá –dijo e inmediatamente abrazó a su padre. Quería sentir sus brazos poderosos a su alrededor, como cuando era pequeño. Unos brazos en cuyo interior nada podía pasarle. En ese momento, poco importaba que llevara meses sin sentirlos. Ese instante era suyo, y aquellos brazos lo abrazaban a él. Poco importaba lo demás.

–¡Qué mayor te has hecho en estas semanas!

–Más bien meses –intervino Marga.

Se dirigió a la cocina y sacó la comida que tenía preparada en el frigorífico. Carlos había puesto la mesa con el mejor mantel. Marga torció el gesto al ver la mantelería bordada por su madre con aquellas florecillas que le había costado años bordar. Solo la ponían en ocasiones muy especiales. Estaba claro que para Carlos aquel era un momento singular, pero ella no quería que lo fuese. Al fin y al cabo, Federico solo se iba a quedar a comer, y solo iba a permanecer en la ciudad una temporada, el periodo que durara la investigación. Mientras llevaba las bandejas con la comida, observó la complicidad que había entre padre e hijo, y por un momento deseó que fueran una familia normal. Federico bromeaba con Carlos acerca de algo que no acertó a escuchar, pero las miradas de ambos delataban que estaban a gusto el uno con el otro. Federico le preguntó si ya tenía novia, Marga vio que su hijo se ruborizaba y se le encogió el estómago. Por supuesto que no tenía novia. Era demasiado joven. Ella nunca le había preguntado semejante cosa. Entonces, ¿por qué se había puesto rojo ante la pregunta de su padre? ¿Acaso había alguna chica que le gustara? Y si era así, ¿por qué no se lo había dicho? Se le cayó la jarra con el agua fresca y se rompió en pedazos.

–¡Mierda! –musitó–. La jarra de mi abuela.

Los ojos de Marga se llenaron de lágrimas. Había heredado aquella vieja jarra cuando su abuela murió. La tenía en gran estima, y ahora se había convertido en un rompecabezas imposible de resolver. Y todo por culpa del imbécil de Federico, que había invadido su territorio, su aire, su vida..., por enésima vez.

—¿Te has hecho daño, mamá? Dios mío, la jarra de la bisabuela —reconoció Carlos.

—No, no me ha pasado nada. Pero la jarra... —empezó a decir, antes de encerrarse en el cuarto de baño para limpiarse los ojos sin que nadie la viera.

—Es solo una jarra —intervino Federico.

—No es solo una jarra. Era de la abuela de mamá. Para ella era muy especial.

—Las cosas solo son cosas, Carlos. No hay que estar demasiado atado a ellas. No podemos permitir que su pérdida o su rotura nos haga daño —dijo su padre, mientras cogía el cepillo y barría los pedazos.

—Esa es la filosofía de tu padre en general, con las cosas y con las personas —afirmó Marga cuando salió del lavabo—. O al menos, esa es la filosofía que quiere creerse.

Federico no dijo nada. Recogió todo el zafarrancho del suelo, y se sentaron por fin los tres a comer. No quería discutir con Marga sobre lo de siempre, y menos delante de Carlos en su primer encuentro.

—Es curioso como esta jarra se ha roto al primer envite, y en cambio algunas de las piezas que tenemos en el laboratorio han estado más de doscientos años bajo el mar y están intactas —recordó Federico.

—Es como si el agua las hubiera protegido, ¿no, papá?

—Tal vez las haya protegido el silencio, la quietud que se vive ahí abajo. Es extraño —continuó su padre—, hay mucha vida bajo el mar, pero es una vida silenciosa. Hay mucho movimiento, pero es como si dijéramos, un movimiento quieto, como una orquesta tocando una sinfonía: los músicos están sentados en sus sillas, pero producen un movimiento de las ondas del aire y se crea la música. Cada vez que bajo siento que estoy asistiendo a una sinfonía de la naturaleza en estado puro.

—¿Cuándo me llevarás contigo, papá?

—Cuando seas mayor.

—Ya soy mayor. Ya tengo el cinturón amarillo, ¿sabes? Aún me queda mucho camino, pero algo es algo.

—Sí. Me lo dijiste la última vez que hablamos.

—Te acuerdas.

—Claro. —Y Federico pasó su mano entre el pelo de su hijo.

Marga se levantó y metió los platos en el lavavajillas, una tarea que solía hacer su hijo. En el fregadero volvió a mirarse las palmas de sus manos, que seguían ligeramente teñidas de verde. Carlos se levantó para coger el helado del congelador.

—Mamá, pareces una marciana.

—Ve a sentarte con tu padre, ya preparo yo las cosas que faltan.

—Parece que tus manos están más verdes que antes —dijo el

chico.

—Todos los que tocan esa vasija acaban con las manos así —afirmó Federico, asomándose a la puerta de la cocina.

—¿Y por qué? —preguntó Carlos.

—Para eso ha venido tu padre. Para investigar el extraño caso de las manos verdes y de la vasija de la que emana electricidad —comentó irónica Marga—. Es un especialista en casos extraños y por eso lo han mandado a él.

—¡Qué bien! —exclamó el muchacho—. Así te quedarás unos días.

—O más —dijo su padre.

A Marga le dio una punzada en el estómago. Efectivamente, la investigación iba a tardar. Había muchas piezas para catalogar y para estudiar. Federico estaría merodeando varios meses, y muchos días lo tendría a comer en su casa. Incluso tal vez a cenar.

Marina no se separó de lo que ella llamaba su muñeca durante todo el día. Incluso cuando salió a cubierta después de comer. La colocó en un taburete y la estuvo contemplando en silencio. Recordaba mentalmente las palabras mágicas que Ramira le dedicaba cada noche. Era algo así como «suset enda meger salumar». Las repitió una y otra vez en voz muy baja, con las manos muy juntas, y mirando los ojos de marfil de la estatuilla, que apenas se veían bajo el chal. Le pidió con todas sus fuerzas que castigara al capitán por haberla engañado para obligarla a salir del camarote.

—Marina, ¿qué haces ahí? Vas a coger frío. Se acaba de levantar el viento. Será mejor que entres. —La voz melosa de su madre la sacó del ensimismamiento en que estaba sumida.

—Juego con una muñeca —respondió.

—Ya veo que has recapitado sobre lo de esta mañana. Eso es lo que hacen las niñas, jugar con muñecas y pensar en los hijos que vendrán. Y no soñar con subirse al mástil de un barco para observar una batalla naval.

—Madre.

—¿Qué?

—¿Has pensado alguna vez en lo que hay debajo del mar? —le preguntó su hija, como si no hubiera oído su comentario.

—Hay muchos peces y algunos de ellos nos los comemos. Eso es lo que hay.

—¿Tú no crees que hay monstruos que podrían devorarnos sin piedad en cuanto lo desearan?

—Marina, no creo que los peces tengan deseos. Si no tienen alma, y no la tienen, no pueden desear nada. Y tampoco creo que haya monstruos ahí debajo. Dios no ha podido crear seres capaces de devorar un barco. Y menos un barco que lleva el nombre de Buena Esperanza. O de Santa Catalina. Y ahora será mejor que bajemos. Este viento no me gusta nada.

El viento venía del sur y en poco rato se había hecho más fuerte. Las olas, que hasta unas horas antes eran ondas que embellecían el agua como si fuera una enorme cabellera azul, se levantaban con ímpetu. El cielo se había oscurecido repentinamente y el mar parecía un piélago negro. Un pozo infinito. Doña Ofelia cogió de la mano a Marina, que olvidó la muñeca en la cubierta. Entraron en el camarote de las niñas. Allí estaban Beatriz e Isabel, rezando con Ramira.

—Será mejor que Marina se ponga también a rezar. Parece que se ha levantado tormenta.

Doña Ofelia se retiró a su camarote, que tenía una ventana desde la que veía cómo las olas iban creciendo al otro lado de los cristales. Se arrodilló en su reclinatorio, sacó el rosario que siempre la acompañaba, y empezó a rezar a solas, como le gustaba hacer cada tarde. Oía el batir de las olas cada vez más fuerte en la madera de la popa. Le parecía que crujía la quilla, pero no podía ser. Aquella era la nave más segura de toda la flota española, y nada podría ocurrirle.

En cubierta, las cosas no iban mejor. Todos los marineros estaban en sus puestos, y los soldados también. De nada iban a servir las decenas de cañones que jalonaban babor y estribor ante la furia del océano, pero todos estaban dispuestos a enfrentarse con la inmensidad del mar. Se habían arriado las velas para evitar que se rompieran. El teniente Ortega había subido a la torre del vigía para sustituir al joven Marcelo Iniesta, que tenía menos experiencia en tormentas tropicales. Iba amarrado y no temía por su vida pero el viento balanceaba el mástil como si fuera un junco en la orilla de un río. Eduardo Ortega se acordó de su pueblo y del río en el que se bañaba cuando se ponía el sol. Añoró estar tumbado, quieto, en aquel lugar de su niñez. La lluvia había mojado todas sus ropas de oficial y pensó cuánto mejor estaría desnudo para poder moverse con mayor agilidad allí arriba. Apenas veía las otras naves de la flotilla. Las adivinaba lo suficientemente lejos como para que todo fuera bien. Y ninguna de ellas parecía tener más dificultades que ellos. Contaba las olas, cada siete menores, llegaba una mayor, tanto que invadía la proa. Él tenía que avisar con la campana, para que se alejaran de allí todos los marineros que hubiera cerca. De pronto, vio que la octava ola que se acercaba era mayor que todas las anteriores. Era una ola gigante. Hizo sonar la campana inmediatamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó el capitán.

—Una ola gigante, señor. Póngase a cubierto —gritó.

—No será para tanto —dijo para sí Monsalve.

El capitán se encaminó al timón para dar órdenes, pero tropezó con una de las cuerdas y cayó al suelo. Ortega lo estaba viendo desde su posición.

—¡Dios mío!, señor. Levántese. Mistral, ayude al capitán. Viene una ola enorme —gritó.

Pero nadie lo podía escuchar, pues el viento soplaba en su contra. Movié en vano la campana una y otra vez. La ola se acercaba como una boca monstruosa y hambrienta hacia la proa del barco. Ortega cerró los ojos y se puso a rezar sin dejar

de hacer sonar la campana. Cuando los abrió, buscó al capitán Monsalve pero sus ojos no lo encontraron. Escrutó desde la torre cada rincón de la cubierta, pero no había ni rastro del capitán.

Al día siguiente, Carlos estaba más contento de lo habitual en el colegio. Su profesora de Matemáticas, que además era su tutora, se dio cuenta de que algo bueno le había pasado. No le preguntó. Enriqueta era discreta, como a ella misma le gustaba decir, haciendo un pareado con su nombre. Pero supuso que la expresión brillante de los ojos de Carlos tenía algo que ver con su padre. Enriqueta había visto a Federico una vez años atrás, y le había llamado la atención su aspecto de aventurero bohemio.

La cara de Marga también era diferente. Lo notó Manolo, el guardia de seguridad.

–Buenos días, profesora.

–Buenos días, Manolo.

–Ese vestido le sienta muy bien. Hoy está muy guapa.

Marga se volvió con la intención de decirle que se metiera en sus cosas, pero no le dijo nada. Solo sonrió para sus adentros, y se encaminó a su lugar de trabajo. Allí la esperaba ya Federico, con las manos enfundadas en guantes de algodón, y una bata de color gris que no le favorecía en absoluto. Marga no le dijo nada, solo lo miró, él levantó la vista del ordenador en cuanto la oyó entrar y ambos se sonrieron. Por la memoria de Federico pasaron algunos de los buenos momentos que habían compartido, el día en que se conocieron, cuando se dieron el primer beso, el primer descubrimiento juntos de una estatuilla sagrada en algún lugar del desierto... Por la de Marga pasaron otros recuerdos: el primer adiós de Federico cuando Carlos tenía apenas dos meses, el segundo adiós cuando el bebé aún no andaba, el tercero poco antes de que aprendiera a decir «papá»...

–¿Cómo está el chico? ¿Está contento con mi vuelta?

–Sí, claro. Esta mañana estaba resplandeciente. Hasta se ha peinado –sonrió Marga.

–Ya, pero eso no es por mí, sino por esa chica que le gusta –afirmó Federico.

–¡No le gusta ninguna chica! –protestó su madre–. Me lo habría dicho.

Federico sonrió sin decir nada y volvió a mirar la pantalla del ordenador.

–¿Qué estás haciendo?

–Estoy revisando el inventario de las piezas que han mandado estos días. Creo que está todo en orden. Si pudieras imaginarte por un momento lo emocionante que ha sido encontrar esas piezas

en el fondo marino. Cómo el mar las cubre, y la arena del fondo, y cómo algunas están cubiertas de material orgánico petrificado y parecen cosas que no son. Los huesos, por ejemplo. Parecen astillas, ramas, y luego resulta que son fémures y radios.

—Eso precisamente no me parece tan excitante, la verdad — protestó Marga, mientras se ponía su bata blanca.

—¿Y qué me dices de las cajas, y de los cajones de los muebles? Los abres y están llenos de viejos objetos que se han conservado mucho mejor. El broche, por ejemplo.

—¿Qué broche?

—El que tiene el retrato esmaltado de una dama. Es de oro y está rodeado de varios zafiros. Es increíble. ¿No lo has visto?

—No.

—Debió de llegar en la última partida. Ven.

Federico se levantó y abrió la puerta del almacén donde se guardaban los objetos. Marga no había visto aún los que habían llegado durante el fin de semana. Había dos mesas llenas de cosas, y en el suelo un montón de cajas sin abrir guardaban piezas que habían estado escondidas en el mar y en el tiempo. Piezas que podrían contar muchas historias si pudieran hablar. Federico fue hasta la segunda mesa, donde había una caja de madera lacada. La abrió y se accionó un mecanismo por el que sonó una melodía que llenó toda la habitación en la que estaban.

—No puede ser —dijo Marga—. ¡Funciona después de tantos años!

—¿A que es increíble? Cuando la saqué a flote y la abrimos en la cubierta del barco, y empezó a oírse la musiquilla, nos quedamos todos callados y empezamos a llorar en silencio. No lo podíamos creer. Una caja que era capaz de crear música doscientos años después.

—Pero aquí hay algo que no encaja —dijo Marga—. Según todos los indicios, monedas incluidas, el barco naufragó a finales del siglo XVIII o a principios del XIX. En cambio, las cajas de música no se empezaron a fabricar hasta al menos la segunda década del siglo XIX, y esta no parece que sea anterior a la segunda mitad del siglo. Eso quiere decir...

—Eso quiere decir —la interrumpió Federico— que tal vez tenemos dos naufragios diferentes en el mismo lugar. Dos naufragios con una distancia en el tiempo de al menos cincuenta años. Pero no es eso lo más raro. Mira.

Federico sacó un objeto de la caja de música, un broche con el retrato de una mujer. Su peinado no correspondía a la época de la caja de música, sino a la de las piezas que había analizado Marga. Una gran peluca blanca y rizada mostraba que la dama había vivido en algún momento del siglo XVIII, en los mismos años que la hermosa y decapitada María Antonieta, a la

que se parecía extraordinariamente. Marga observó el esmalte, y le dio la vuelta. Alguien había grabado una inscripción: *ARDEMG, 1847.*

—1847. No sería raro si no fuera porque el resto del naufragio pertenece a un periodo anterior. Las monedas son de 1790 y están acuñadas en Perú. Eso quiere decir que el barco venía de América con un cargamento de monedas de plata recién fabricadas, como fue habitual durante mucho tiempo.

—Y eso significa que esta caja de música no viajaba en el mismo barco que las monedas.

—Efectivamente —corroboró Federico.

—¿Entonces?

—Entonces, tenemos mucho que averiguar acerca de este botín.

En ese momento, sonó el teléfono. En la pantalla el nombre de Carlos le recordó a Marga el episodio del sábado por la mañana. Esta vez sí era él. Les pedía si podían ir los tres a comer al restaurante japonés. Federico asintió con la cabeza. Marga sonrió y le dijo que sí a su hijo.

—Ya casi lo había olvidado. El otro día pasó algo raro con el teléfono. Sonó y en la pantalla aparecía el nombre de Carlos pero no era él.

—A veces pasan cosas inexplicables con esos instrumentos del demonio —respondió Federico.

—Fue en el mismo momento en que cogí la vasija y me teñí las manos de verde.

Se las miró y observó con asombro que el color había desaparecido por completo.

—Vaya, esta mañana seguían verdes —dijo extrañada.

—La vida está llena de cosas inexplicables.

Federico le cogió las manos, se las acercó a la boca y le besó las muñecas.

Ramira buscó sus estatuillas como cada noche entre sus sábanas. Faltaba una de ellas. Ambas se las había dejado en herencia una poderosa hechicera a su abuela, que había aprendido cosas de ellas que harían temblar incluso al almirante Guzmán. Buscó en cada rincón de su minúscula estancia, aun sabiendo que no la había dejado en otro lugar. No la halló. Su corazón empezó a latir más deprisa, notó un fuerte dolor de cabeza y su mirada se posó bruscamente en Marina, que rezaba en silencio sentada dentro de su cama.

—Marina, ¿no has visto una de las figuras de madera que guardo? Son un recuerdo de mis abuelos y no me gustaría que se extraviaran. No logro encontrar una de ellas —dijo intentando no aparentar el terror que la embargaba, y confesando por ver primera la existencia de las estatuillas.

Marina empalideció. Había olvidado por completo la muñeca que llevaba consigo

cuando empezó la tormenta. La había apoyado en un taburete para simular ante Monsalve que jugaba, le había pedido que lo castigara, enseguida había llegado su madre, había empezado a llover y ...

—No —mintió—. ¿Qué figuras? Yo nunca he visto ninguna figura. Ni siquiera sabía que tuvieras dos figuras.

—No te he dicho que tuviera dos figuras, pero efectivamente, eran dos y ahora solo hay una. ¿Dónde está la otra, Marina?

Marina se echó a llorar.

—La cogí, la arropé con mi chal. Creo que se quedó en la cubierta cuando bajé.

—¿Por qué la has cogido? ¿Y cómo sabías dónde estaba? —El corazón de Ramira empezó a latir muy deprisa.

—Las he visto todas las noches cuando rezas con ellas.

—Nunca deberías haberla cogido. Es... —titubeó— es muy poderosa. Tiene mucho poder mágico. Nunca debe estar en el exterior, al aire libre. Es muy peligrosa si no está bajo control. Podría suceder alguna desgracia. Dios nos asista.

—¿Alguna desgracia? —preguntó Marina, asustada.

—¿Te parece poca desgracia la tempestad que se ha desencadenado?

—El mar no se mueve porque yo haya sacado tu muñeca a cubierta —contestó la niña.

—No pongas nunca en duda el poder de los espíritus —la amonestó muy seria y preocupada Ramira—. Y no la llares muñeca. No es una muñeca y no se juega con ella. Debería mandarte ahora mismo a buscarla.

—Si me haces salir con la tormenta, mi madre te venderá en cuanto lleguemos. —Volvió a utilizar Marina su amenaza favorita contra la esclava cuando bromeaba con ella. Solo que ahora Marina hablaba muy en serio.

—Y yo te lo agradeceré. Empiezo a estar harta de esta familia, y sobre todo, de tus caprichos de niña mimada. Será mejor que vaya a ver si la encuentro. Si se la traga el mar, no quiero ni pensar en lo que podría suceder.

Ramira salió del camarote. No había nadie en el pasillo, que se balanceaba tanto que la hizo perder el equilibrio varias veces. El mar batía fuerte en la quilla y el barco crujía de una manera aterradora, como si todos sus monstruos lo arañaran a la vez. A duras penas llegó a cubierta. Los marineros iban y venían trajinando con las cuerdas. Gritaban pero de sus voces no llegaban a los oídos sonidos identificables. Sus voces se mezclaban con los quejidos de la madera en un caos sonoro. De repente, la vio, enganchada en uno de los lienzos que formaban las velas. Llegó hasta ella después de que el viento la tirara dos veces y de que un golpe de mar la cubriera de agua. La cogió y se alejó de allí lo más deprisa que pudo, entonando en voz baja una plegaria en una lengua que solo ella entendía. Enseguida, el mar y el viento empezaron a calmarse.

Hacía días que Carlos quería comer en el restaurante japonés. Lo del pescado crudo no le seducía en absoluto, pero una de sus compañeras, Elena, hablaba constantemente de lo sana que era la comida japonesa y de lo delicado, ella utilizaba habitualmente esa palabra, que era comer con palillos en vez de con algo tan agresivo como un cuchillo y un tridente. Elena le gustaba mucho a Carlos, pero apenas tenía temas comunes de conversación con ella, así que quería y necesitaba buscar asuntos sobre los que pudieran hablar. A ella el judo le parecía una barbaridad, lo equiparaba al boxeo y a la lucha libre, cosa que Carlos no podía entender. ¿Acaso no eran evidentes las diferencias? Nada tenían que ver las artes marciales con la fuerza bruta. Allí todo era inteligencia, concentración y había una filosofía detrás que evitaba el primitivismo del golpe. Elena lo miraba por encima del hombro. En realidad, miraba por encima del hombro a casi todos los chicos de su clase, a los que consideraba unos brutos. Y ellos pensaban de ella que era una pija porque practicaba *ballet*. Solo Carlos quería tener contacto con Elena, porque desde el día que llegó al colegio, su vida había cambiado. No se había dado cuenta de que se había fijado en ella, pero esa misma noche soñó que la besaba en una playa de arena muy caliente. Cuando se despertó, le pareció que sus labios sabían a sal, las imágenes de Elena en bikini regresaron a su memoria consciente, y se le cayó el vaso de Cola Cao en la mesa de la cocina.

—¿Qué te pasa? Te has levantado torpe esta mañana —le había dicho su madre.

—Nada especial. No he dormido bien. Creo que he tenido alguna pesadilla —mintió.

Y en eso se quedó la cosa. En clase de plástica la volvió a ver y se fijó en su pelo, en sus ojos, en su sonrisa, y sobre todo en sus pies, que tenían los empeines más altos que había visto en su vida. Cuando estaba sentada, levantaba tanto los talones que los sacaba de las sandalias y se apoyaba exclusivamente sobre los dedos. Carlos nunca había observado nada parecido. Él también andaba a veces de puntillas, pero ella conseguía que sus pies fueran una continuación de sus piernas. Elena se dio cuenta de que aquel chico le miraba los pies, y le sonrió levemente.

—Es que hago *ballet* —le dijo sin que él le preguntara.

—Pues yo hago judo —explicó él sin que ella tampoco le preguntara.

—¡Qué bruto!

Y dejó de mirarlo, para concentrarse en la punta de su lápiz.

Cuando Federico y Marga llegaron al restaurante japonés, Carlos los estaba esperando en la puerta. Los vio llegar y no pudo evitar que su rostro esbozara una sonrisa. Allí estaban

sus padres, juntos. Y además sonrientes. Marga le dio un beso en la mejilla, y Federico pasó su brazo por sus hombros y le acarició el pelo.

–Vaya, llevas gomina, esto es nuevo en ti.

–Lleva ocurriendo un par de semanas –apostilló Marga.

–Supongo que alguna chica guapa es la causante de este cambio de peinado –dijo Federico.

–No –respondió sucintamente Carlos, mientras sus mejillas adquirirían un cierto tono rojizo que notó inmediatamente. Sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz para que nadie lo notara.

Se sentaron y enseguida les sirvieron *sushi* de pescado crudo, almejas en salsa picante, verduras en *tempura*, sopa de aleta de tiburón y un montón de cosas más que a Carlos le parecieron horribles, pero que se comió sin rechistar porque había sido él quien había propuesto comer en ese restaurante. Cuando la camarera les sirvió la sopa, entró una pareja con una adolescente. Carlos se atragantó cuando vio que era Elena la que se acercaba por el pasillo entre las mesas de los demás clientes. Volvió a ruborizarse.

–¿Qué te pasa? ¿No te habrás tragado una espina?

–El tiburón no tiene espinas, Marga. Me temo que ha visto a alguien muy especial. ¿Me equivoco?

–Hola, Carlos. No sabía que te gustaba la comida japonesa –dijo la voz melodiosa de Elena, que se paró junto a su compañero de clase.

–Hola. Sí, me encanta. He venido con mis padres.

La chica saludó con un «hola» y se fue a la mesa que les habían adjudicado. Carlos estaba de espaldas y no podía verla, pero se la estuvo imaginando todo el tiempo. Marga la miraba de soslayo. Su cara le resultaba familiar pero no sabía de qué. Marga y Federico lo observaban y no se atrevían a decir nada sobre la joven. Y Carlos se había quedado callado y se concentraba en atinar a coger el *sushi* con los palillos, y en que Elena, si es que lo estaba mirando, no se diera cuenta de su poca pericia con aquellos instrumentos.

–¿Y qué tal va vuestra investigación? –preguntó cuando por fin hubo terminado las porciones de pescado crudo envuelto en arroz y algas que le correspondían.

–Interesante –contestó su padre mientras buscaba con su zapato la sandalia de Marga por debajo de la mesa–. Hemos encontrado una caja de música de una época posterior al naufragio.

–¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso?

–No lo sabemos. El caso es que todos los objetos parecen de una nave que naufragaría a finales del siglo XVIII, que es la época en que están acuñadas las monedas que hemos encontrado.

Pero en esa época no había cajas de música. Hasta bien entrado el XIX no se fabricaron. Vamos a averiguar de dónde y cuándo se construyó la que ha aparecido. Además, dentro hay un broche con un retrato. Un esmalte que ha aguantado intacto todo este tiempo.

—¿Un retrato? —inquirió Carlos—. ¿De quién?

—Si lo supiéramos, nos darían un premio.

—Seguro que lo averiguáis. Mamá siempre dice que eres muy listo y que consigues todo lo que te propones.

Marga miró a su hijo con la boca torcida. Ni era verdad que decía semejante cosa, ni lo pensaba. En ese momento, se acercó Elena a la mesa de Carlos y les dejó tres papeles.

—Son tres entradas para el *ballet*. Para el domingo por la tarde. Mi padre es el coreógrafo y les gustaría invitarlos. Adiós.

Elena sonrió de una manera que sobresaltó a Marga. Aquella sonrisa le era familiar. Sí. Y ahora recordaba por qué. La acababa de ver en un pequeño retrato esmaltado dentro de una vieja caja de música que había vivido doscientos años en algún lugar del fondo del mar.

Una vez que el mar se hubo calmado, todo pareció volver a la normalidad en la nave del almirante Guzmán. La desaparición del capitán Monsalve no había sido aún notificada a la nave principal, donde valoraban los leves daños que habían sufrido, en nada equiparables a los de la Buena Esperanza, que, a pesar de ser un navío más grande y más moderno, había vivido la pérdida de su capitán. Don Enrique se sentó un rato en su camarote y escribió en su cuaderno de bitácora la noticia sobre la tempestad. Había sido extraño que una tormenta de esas características se hubiera creado tan de repente, cuando instantes antes el cielo estaba claro y el mar en calma. «Pero el trópico es así, pensó, los vientos cambian de pronto y la naturaleza se conmueve de manera inesperada». Cerró el libro, y cerró los ojos. Añoraba el patio y el jardín interior de la casa en la que había nacido y se había criado, en una ciudad en la que el mar era una invitación y no un piélago infinito. Desde sus balcones veía el agua e imaginaba que al otro lado se hallaban tierras maravillosas, llenas de tesoros escondidos que lo esperaban a él y solo a él, en alguna cueva como las que había en su isla en las que entraba el mar como un trago de agua engullido por la madre tierra. Su padre, un viejo comerciante de aceite, había perdido la memoria tiempo atrás, y cuidaba del pequeño huerto en el que había convertido la mitad de su jardín. Allí convivían las berenjenas y los tomates con las buganvillas y las rosas; de manera que salir al jardín era para el joven Enrique como entrar en un paraíso de olores y de colores. Un paraíso cerrado, asfixiante, en el que no corría el aire. Así había pensado durante su juventud, cuando miraba al mar abierto a todos los vientos y a todos los mundos posibles. Todos los mundos que él quería abrir para sí y para la familia que,

estaba seguro, formaría con alguna mujer a la que encontraría al otro lado del azul. Años después encontraría a Ofelia en medio de un mar de olivos, en tierras de Jaén, en un patio más cerrado que el suyo, y con ella decidió crear la familia soñada. Ahora en su despacho de la Santa Catalina, Enrique recordaba con nostalgia los días del pasado en tierra firme. Le sudaban las manos y su corazón latía deprisa. Deseaba arribar a puerto cuanto antes, pero sabía que aún quedaba más de una semana hasta que su nave, la Buena Esperanza, y el resto de su flota llegaran a su destino.

Recordaba cómo se enamoró de Ofelia, en el primer momento en que la vio, sentada en una butaca verde, bajo un arco del patio de piedra. Su piel era tan blanca como su vestido, muy a la moda francesa, con el talle alto que realizaba su pecho. Su pelo claro estaba recogido en un moño que deseó deshacer en aquel mismo instante, para contemplar su cabello libre sobre sus hombros. Luego llegaron meses en los que la visitó tres veces. Cartas que iban de un lado al otro del mar, viajando en barcos como el que ahora capitaneaba, cartas que esperaba con inquietud, ansiando que ninguna de ellas dijera que se había cansado de esperar o que rompía su compromiso. Nunca llegó ninguna misiva en tales términos, y tres años después se casaron en la hermosa iglesia de la ciudad en la que Ofelia había nacido. Pasaron un año en la casa con jardín de él, en la isla del Mediterráneo, y a ella le gustó pasear cerca del mar, y cuidar de las flores y de las hortalizas de su suegro. Hasta que el viejo comerciante murió, y ella se quedó embarazada del primero de sus hijos, que ya nacería en el Nuevo Mundo, con la ayuda de Ramira, como ocurriría con las tres hijas que vendrían después. Marina había sido la última. En el trópico habían sido lo suficientemente felices y se habían hecho lo suficientemente ricos como para decidir que podían regresar a su tierra y ensayar su felicidad también allí. Imágenes del pasado se paseaban por su memoria cuando alguien golpeó su puerta.

—Pase.

—Almirante. Noticias de la Buena Esperanza —dijo el teniente Maqueda en cuanto entró en el gabinete.

—Le escucho.

—Me temo que son malas noticias, excelencia.

Enrique temió lo peor. Un sudor frío le invadió la espalda. ¿Le habría pasado algo irremediable a alguna de sus hijas o a su adorada Ofelia? Se levantó inmediatamente de su sillón y su cabeza sufrió un leve mareo que disimuló ante el oficial.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un accidente durante la tempestad y el capitán Monsalve ha desaparecido en el mar, excelencia.

Guzmán respiró aliviado. No había sido nadie de su familia. Conocía poco al capitán Monsalve y no podía decirse que lo apreciara ni que lo dejara de apreciar.

—Su familia está bien, señor —dijo Maqueda—. Nadie más ha sufrido ningún daño. Algún problema en una de las velas, pero están procediendo a arreglarla. Navegarán un poco más lentos durante la jornada de hoy. Debemos hacer lo mismo,

señor, para no perderlos.

—Por supuesto. Dé las órdenes al timonel para mantener la misma velocidad que la Buena Esperanza. ¿Quién está al mando?

—El comandante Esquivel, excelencia, era el segundo de a bordo. Supongo que estará al mando.

—Bien. Puede irse.

—Una pena lo del capitán Monsalve, excelencia. Rezaremos por él en cubierta un responso a las doce, si da usted su permiso.

—Sí, claro. A las doce. Bien pensado, Maqueda.

—Señor.

Y se despidió del almirante. Enrique de Guzmán se dejó caer en su asiento con el corazón encogido después de la noticia. ¿Y si Ofelia, o Isabel, o Beatriz, o la pequeña Marina hubieran estado en cubierta durante el golpe de mar y hubieran caído por la borda? No lo había pensado hasta ese instante. En ningún momento le pareció que la tempestad fuera tan peligrosa como para poner en peligro la vida de nadie. En cambio, Monsalve..., Monsalve había muerto. Un hombre fuerte, sano, joven, que en un instante fatal desaparecía para siempre. Así era la vida de terrible algunas veces, pensó el almirante. Abrió de nuevo su cuaderno de bitácora y anotó la noticia de la muerte del capitán de la Buena Esperanza. Se levantó, abrió una botella de coñac que le habían regalado unos proveedores en La Habana, y se sirvió en una copa. Contempló el líquido ambarino, calentó el cristal con su mano unos segundos, aspiró su aroma, dijo: «A la memoria del malhadado capitán Monsalve», y se bebió el contenido de un trago.

Por supuesto, Marga no hizo ningún comentario acerca del parecido de Elena con la dama del broche. Federico habría pensado que era una tontería, y Carlos habría empezado a pensar que su madre estaba un poco loca. Y claro, no quería ni una cosa ni la otra, así que no dijo nada. Siguieron comiendo, y cuando Elena y sus padres se marcharon, Federico se quedó callado unos instantes observando a la chica. Había pensado lo mismo que Marga, pero tampoco se atrevió a comentar nada porque su apreciación era un disparate. Se terminaron el helado de té verde y salieron del restaurante. Carlos tenía clase de alemán ese día, y no tenía ninguna gana de ir.

—Mamá, ¿puedo acompañaros al museo?

—Buena idea, Carlos. Así te vas familiarizando con el trabajo —contestó su padre—. De padres arqueólogos, hijos arqueólogos, dice el refrán.

—No hay ningún refrán que diga semejante cosa —intervino Marga—. El refrán dice «de padres listones, hijos tarugos». Y además, de eso nada. Tienes clase de alemán y no te la puedes saltar.

—¿No era al revés, «de padres tarugos, hijos listones»? —preguntó Federico, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Da igual —replicó Marga, con cara de enfado—. Tú a la academia.

—No va a pasar nada por no ir un día —dijo Carlos, mirando a su padre, al que notaba más en su sintonía.

—Si hoy te explican una declinación, no te la van a volver a explicar el próximo día. Y si no la aprendes hoy ya no la aprenderás —afirmó su madre.

—Tal vez tu madre tenga razón. Pero sí que puedes hacer una cosa, ¿por qué no vienes cuando termines la academia? Aún estaremos en el museo. Así puedes ver la caja de música, y las demás cosas que hemos encontrado. El almacén del museo es como la cueva de Alí Babá. Está llena de tesoros.

Quedaron de esa manera y así el muchacho se fue a clase más o menos convencido de lo útil que era estudiar alemán y de que luego tendría como recompensa la observación de objetos que habían pasado siglos bajo el mar. Esta reflexión se entremezcló con las imágenes de Elena en el restaurante. Qué amables habían sido sus padres, al invitarlos a ir al *ballet*. A él no le gustaban nada aquellos movimientos tan artificiales, aquellas posiciones de tortura en que las chicas, y los chicos, tenían que colocar los pies con la espalda rígida. Pero a lo mejor así conseguía abrir más temas de conversación con Elena. Al menos, tendría que decirle lo mucho que le había gustado la coreografía de su padre, y todo lo que vieran. Sí. Además, si lo había invitado, sería por algo. A lo mejor resultaba que no le era del todo indiferente. A lo mejor hasta le gustaba un poco y todo. Igual había soñado con él y así se había dado cuenta de su existencia. Carlos había estudiado que los sueños nos muestran una parte de nosotros que se esconde a la consciencia, pero que está dentro de nuestra cabeza. Además, Elena era bonita. Su pelo oscuro enmarcaba una cara angulosa y llena de pecas, de ojos claros de un color indefinido, entre verde y castaño. Su boca era pequeña, en forma de corazón, y formaba una sonrisa melancólica que se continuaba en la mirada, que parecía ver más adentro de lo que quedaba en la superficie de todas las pieles.

Iba tan concentrado en sus pensamientos, que no vio que el semáforo se había puesto ya de color rojo, y un coche arrancó en el momento en que él pasaba. Lo rozó y Carlos cayó al suelo. Su mochila le sirvió de parapeto y solo se hizo un roto en el pantalón, un vaquero nuevo que su madre había sido reticente a comprar, y un corte en la rodilla, que empezó a sangrar. Carlos lloraba de rabia. Se levantó. No le dolía nada. El conductor había salido de su automóvil asustado.

—¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño? ¿En qué estabas pensando?

¿No has visto que el semáforo estaba rojo? Tienes que tener más cuidado.

Carlos miraba a su alrededor. Un grupo de gente se había arremolinado junto a él y le preguntaban, lo tocaban, le decían.

–Estoy bien. Sí. No pasa nada. Gracias.

–Tienes que ir a urgencias –dijo una voz.

–No es más que un rasguño –comentó otra voz.

–Te tiene que ver un médico por si acaso –afirmó una tercera voz.

Carlos los miró a todos. Volvió a darles las gracias y se fue camino de la academia. Cuando llegó a la fuente del parque, se lavó la sangre que había manchado el pantalón y se miró la herida. No era demasiado profunda, pero sería mejor que alguien le echara un vistazo. Así que entró en la farmacia que había junto a la academia.

–Madre mía, chico, ¿qué te ha pasado? –exclamó la farmacéutica.

–Me he caído.

La mujer le limpió bien la herida, le dio betadine, le preguntó si estaba vacunado, y le puso un apósito. Carlos miró el reloj cuando salió de la farmacia. Todavía llegaba a la clase de alemán, pero con una pinta... Se armó de valor, subió las escaleras, le dolía la herida y se sentó en su sitio sin decir nada de su accidente.

Cuando hubo terminado la clase, miró el teléfono. Tenía una llamada perdida de su madre y un *whatsapp* de Elena. Se puso rojo al ver que ella había pensado en él. Lo leyó: *Me he alegrado de verte. Espero que puedas venir al ballet. Hasta el domingo.* Pensó que no le había dado el número y que Elena lo habría conseguido a través de algún amigo común.

Se fue a casa a cambiarse de ropa, para no alarmar a sus padres, y se encaminó hacia el museo. Cuando llegó ya habían cerrado las puertas al público, así que entró por el acceso del personal, después de llamar al portero automático y de que alguien le abriera. No había nadie en la entrada, ni en los pasillos. Todo estaba oscuro y no sabía hacia donde tenía que dirigir sus pasos. De pronto una puerta se abrió delante de él. No había nadie en el umbral. Entró y la puerta se cerró detrás de él. Se oían voces dentro de la sala en la que se encontraba pero no podía ver nada ni a nadie.

–Mamá, papá –llamó.

Las voces cesaron y empezó a oír pasos que se acercaban. Su corazón estaba acelerado. De pronto, alguien encendió una luz, y vio a Marga con su bata blanca de trabajo delante de él.

–Hola, Carlos. Bienvenido. ¿Qué tal ha ido la clase?

–Bien.

—Estás pálido. ¿Ha pasado algo?

—No, nada. ¿Y papá?

—Está ahí dentro. Te quiere enseñar algo muy especial.

Carlos entró por donde le dirigió su madre. Federico estaba sentado junto a una mesa enorme en la que descansaban decenas de objetos de formas extrañas. Un olor extraño, mezcla de mar y de podredumbre, inundaba toda la sala. El chico hizo un mohín con la nariz.

—Estas cosas siempre huelen así —le dijo su padre, que entendió perfectamente lo que estaba pensando el muchacho—. Ven, mira, esta es la caja de música de la que hemos hablado antes.

Y Federico abrió la cajita, de la que empezó a emanar una música que no le era desconocida.

—Falta la bailarina —dijo—. En todas las cajas de músicas tiene que haber una, ¿no?

—No, no es así. No todas las cajas de música llevan una bailarina que dance al son de la melodía. Si la llevaba quizás se perdió en el mar para siempre. Pero sí que había algo dentro. El broche con el retrato de una dama. Mira.

Federico le alargó a Carlos el broche con el rostro esmaltado. El corazón de Carlos empezó a latir más deprisa que antes. Aquellos ojos, aquella boca en forma de corazón, aquella mirada melancólica... Era Elena.

Cuando Ramira llegó al camarote, Marina estaba durmiendo profundamente. No la oyó llegar. La esclava subió a su compartimento y se sentó en la cama. Se quitó el turbante que se había mojado, se secó el pelo con una toalla, y se despojó de la ropa empapada. La puso cerca del brasero para que se secase durante la noche. Se había calado hasta la camisa con la que dormía. Buscó en su arcón algo que la sustituyera y se desnudó. Tuvo que secar toda su piel, se puso una camisa limpia, y se introdujo en la cama. Contempló sus dos figurillas y habló con ellas en su lengua misteriosa. Luego se acarició tres veces el saquito en forma de collar que rodeaba su cuello, escondió las imágenes, miró hacia Marina que respiraba profundamente, y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, la voz sobresaltada de doña Ofelia las despertó. Estaba más pálida de lo habitual, una bata de raso cubría su camisón, y no se había recogido la trenza en un moño alto, como hacía en cuanto se vestía. Llevaba en la mano un candil encendido, aunque la luz del día entraba ya por las ventanas.

—Ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué ha pasado, madre? —preguntaron al unísono las niñas.

—Señora, no nos asuste —le pidió Ramira.

—El capitán Monsalve desapareció ayer durante la tempestad. Se lo llevó un

golpe de mar. Es horrible, pobre hombre.

Doña Ofelia se dejó caer en una de las butacas. Se mordía los labios con tanta intensidad que le habían empezado a sangrar. Isabel y Beatriz se sentaron a su lado en el suelo, tratando de consolarla. Marina no se movió de la cama. Se había tapado la cara cuando oyó las palabras de su madre. Ramira se vistió rápidamente y bajó donde estaba su señora. No se puso el pañuelo con el que solía cubrir su cabeza, y su pelo caía desordenado sobre sus hombros. Observó a Marina, que seguía dentro de las sábanas. La destapó con cuidado y pudo ver que lloraba en silencio. Tristeza y terror se mezclaban en su semblante. Ramira le acarició el pelo que casi escondía la almohada. Marina pensó que su rostro no era tan amable como casi siempre, que había algo tenebroso en su mirada. Marina estaba segura de que la culpa de la muerte del capitán era suya. Ella había deseado que le pasara algo malo cuando la obligó a salir de la habitación. Ella había cogido la muñeca de Ramira y la había abandonado en cubierta. Y justo después, Monsalve se había ahogado. La esclava sabía lo que la niña estaba pensando, acercó su rostro al suyo y le besó la mejilla. Su cara se mojó con las lágrimas de Marina.

—No ha sido culpa tuya, pequeña —le susurró al oído—. Tú misma lo dijiste anoche. El mar no se mueve por un olvido.

—Pero esa muñeca es muy poderosa. Tú misma lo...

—¿Qué estáis cuchicheado? —preguntó doña Ofelia.

—Nada, señora. La pequeña está impresionada con la muerte del capitán.

—Como todos, Ramira, como todos. El teniente Ortega ha llamado a mi camarote para darme la noticia. Y me ha traído un té para que no me desmayara al oírlo. No parecía que la tormenta fuera tan fuerte. ¡Quién habría pensado que el pobre muchacho...! Tan joven. No paro de pensar en su madre. Y en su esposa. Y en sus hijas, que pensarán que sigue vivo hasta que alguien le dé la noticia dentro de semanas. Es horrible.

—No se desespere, señora. Al menos, toda su familia está bien. Las niñas estaban a salvo. Nadie corrió peligro.

—Tienes razón, Ramira. Lo único que podemos hacer es rezar por el alma del capitán. Hala, a vestir —ordenó, mientras se levantaba—. Ven a mi aposento en cuanto acabes con las niñas. Y no tenemos ningún sacerdote que oficie una misa en memoria de Monsalve. Cuando embarcamos, se lo dije a mi marido: «Necesitamos un sacerdote. Tantos días en alta mar y sin oír misa». Es un sacrilegio, y ahora mira, seguro que Dios se ha enfadado con nosotros y nos manda más tempestades, y plagas y...

Doña Ofelia estaba fuera de sí. Temblaba y sudaba mientras decía aquellas palabras que dejaron asustadas a sus hijas, que nunca la habían oído hablar en aquellos términos. Ramira sabía que tenía razón, pero no por la ausencia de ninguno de aquellos hombres de ropas oscuras que celebraban los ritos cristianos. No era aquel Dios del que hablaba su señora el que estaba enfadado, sino los espíritus de

todos los antepasados de su gente, habitantes secretos de su estatuilla, los que se habían encolerizado en contacto con el agua salada. Tendría que hacer un sacrificio para calmarlos y para mitigar sus males. Esta noche hablaría con ellos para saber qué le pedían a cambio de que la Buena Esperanza llegara a puerto.

Acompañó a doña Ofelia a su camarote. Le calentó una tisana que la tranquilizó y la durmió. En sueños seguía hablando. Le había subido la fiebre y su frente ardía. La desnudó y la fue mojando con un paño impregnado en agua fría. Su piel blanca y suave estaba tan caliente que parecía que le salía vapor al contacto con el elemento líquido. Ramira estaba asustada. El pelo le caía por la cara y no la dejaba trabajar a gusto. Dejó a la señora unos instantes, para ir a su habitáculo y recoger su pelo con el pañuelo. Allí estaban las niñas, cepillándose el cabello unas a otras sin saber que su madre estaba extrañamente enferma. Marina seguía cabizbaja y pensativa. Se sentía culpable por la muerte del capitán, y no podía evitarlo. Su mirada se cruzó con la de Ramira pero no se dijeron nada. La mujer salió y regresó al camarote de la señora. Le tocó la frente. Seguía caliente, pero había bajado la temperatura. Volvió a mojarle toda la piel con el paño húmedo. Fue entonces cuando observó una extraña marca bajo su pecho izquierdo. Una mancha en forma de corazón. Uno de aquellos antojos de embarazada que, según decían, le salían en la piel a los hijos si no se habían cumplido. Un corazón. ¿La madre de su señora había deseado el corazón de otra persona y por eso tenía doña Ofelia aquella mancha? No parecía probable. Aunque, pensó Ramira, tal vez sea una señal de los espíritus de mis antepasados. Tal vez sean ellos los que desean el corazón de alguien para que no vuelvan las tempestades a posarse sobre nuestro barco.

Ramira se estremeció al pensarlo. Hizo la señal de la cruz para ahuyentar aquellos pensamientos. Aquella noche les preguntaría a las figuras de los ancestros.

Carlos miró a sus padres sin decir nada sobre el parecido de la dama con su amiga Elena. Fue Federico el que por fin se atrevió a sugerirlo.

—¿A que se parece a tu amiguita?

—¿A Elena? —preguntó su hijo.

—Sí, la que nos ha invitado al *ballet* —respondió.

—Pues, ahora que lo mencionas, un poco sí que se parecen —dijo Carlos.

—Son idénticas —afirmó Marga, que había sido la primera en darse cuenta del parecido—. Podría decirse que es ella pero con una peluca antigua.

Carlos se quedó callado, observando los gestos del uno y del otro. Dejó el broche en la caja. La verdad es que no sabía qué pensar. A veces se daban esas casualidades: gente que se parecía a otra gente con la que no tenía nada que ver. No dejaba de tener su gracia, pero nada más. O nada menos, pensó.

—¿Puedo llevarlo a la escuela el lunes y enseñárselo?

—No, de ninguna manera. No pueden salir de aquí las piezas. Pero lo que sí puedes hacer es invitarla a venir un día a la salida de las clases. Hoy es viernes, el domingo vamos a encontrarla en el *ballet*. El lunes puedes traerla y mostrárselo. A lo mejor resulta que es su antepasada, y le estamos descubriendo una parte desconocida de la historia de su familia —sugirió Federico.

—¿Puedo ver más cosas? —preguntó Carlos que no quería que se notase su interés especial por Elena.

Su madre le fue enseñando otras piezas que había sobre la mesa: restos del mascarón de proa, apenas identificables, monedas de plata acuñadas en América, trozos de madera cubiertos por musgos y por conchas marinas, más trozos con apariencia de huesos...

—¿Son huesos, mamá?

—Sí. Han aparecido restos de un cadáver. Esto parece un fémur —dijo, blandiéndolo como si fuera una espada, acercándolo a la altura del ombligo de su hijo—. Vaya, llevas una mancha en el pantalón.

Carlos miró hacia donde señalaba su madre. La herida había vuelto a sangrar y estaba manchando los vaqueros blancos que se había puesto.

—Me he caído cuando iba a la academia —no mencionó el boceto de atropello que había sufrido por su distracción—. No ha sido nada.

Se remangó el pantalón y ambos vieron cómo la sangre había teñido la tirita y había ensuciado piel y tela.

—Será mejor que entres al lavabo. Ahora voy a curarte.

—Ya lo hago yo, mamá. No ha sido nada, de verdad.

El chico entró en el servicio y se lavó de nuevo. Buscó una

botella de alcohol y se echó. Tuvo que morderse los labios para no gritar. Se puso otro apósito que encontró en un cajón y salió. En aquel momento, su padre rodeaba la cintura de su madre por detrás y le besaba en el cuello. Carlos dio un respingo. Pensó si no debería entrar otra vez en el cuarto de baño, pero había hecho el suficiente ruido como para que Federico dejara de abrazar a Marga. Los tres se miraron y se ruborizaron. Nadie supo qué decir hasta que Carlos rompió el hielo.

–Bueno, me voy, tengo que estudiar.

–Es viernes. Tienes todo el fin de semana –dijo su padre.

–Me parece que este fin de semana va a ser movidito.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Marga.

–¿Os veo a los dos para cenar? –Fue su respuesta.

–Sí, claro –respondió Federico al tiempo que le dedicaba una sonrisa cómplice a Marga.

–Sí, claro –contestó también ella.

–Vale –dijo Carlos, que se fue por donde había venido.

La puerta de la calle estaba cerrada, pero enseguida oyó el sonido de la apertura automática que alguien, desde dentro, había accionado. Cuando salió del museo, respiró profundamente. «Demasiadas emociones para un día –pensó–, el restaurante japonés, el encuentro con Elena, el retrato de la mujer del broche que se le parece extraordinariamente, el abrazo de mi padre a mi madre...».

Carlos no sabía qué pensar. Su padre llevaba años yendo y viniendo más bien poco. Apenas tenían noticias de él. De pronto, reaparecía y empezaba a comportarse como si nunca se hubiera ido, como si fuera un padre de verdad, un padre como el de la mayoría de sus amigos. ¿Y si siempre fuera así? ¿Y si se quedara con su madre y con él? Pero no, era mejor no pensar siquiera esa posibilidad. Su padre no era como los demás. En cuanto terminara su investigación actual se iría, como siempre había hecho. No debía hacerse ilusiones. Él nunca tendría una familia de verdad. Su abuelo decía que Federico era un botarate. A él no le gustaba que dijera esas cosas de su padre, pero seguramente tenía razón. Y si tenía razón, ¿por qué su madre se había casado con él?, ¿y por qué había aceptado su abrazo esta tarde?, ¿y aquel hueso con el que Marga había intentado jugar con él?, ¿desde cuándo su madre se tomaba a broma a los muertos? Porque aquel hueso era de alguien, por muchos años, o siglos que llevara perdido en el mar, había pertenecido a algún desgraciado que había perecido en el naufragio. Aquella actitud era más propia de su padre que de su madre. Y sin embargo...

–Hola, ¿de dónde sales? Parece que hayas visto a un muerto.

Se había topado casi de bruces con Elena. Carlos se puso rojo

y sintió una punzada en el estómago. Elena llevaba el pelo recogido en un moño, una camiseta roja y un pantalón corto. Las zapatillas de deporte, la mochila y un olor a sudor denotaban que venía de su clase de *ballet* y que no se había duchado.

—¿Vienes de clase?

—Se nota, ¿verdad? —dijo, oliéndose la axila—. Debo de apestar. Es que hoy no me he duchado en la academia porque se me ha olvidado la toalla en casa. Qué vergüenza. No debía haberte saludado. Ahora cada vez que me veas te acordarás de lo mal que olía una vez.

—Qué tontería. A mí me pasa lo mismo a veces. No me ducho todos los días en el gimnasio. Prefiero la ducha de casa y también salgo oliendo a perro.

—O sea, que huelo a perro —exclamó Elena, ruborizada—. Será mejor que me vaya para que este encuentro no se quede en tu memoria con demasiada intensidad. Adiós.

—Oye, espera —le pidió Carlos—. Vengo del museo donde trabajan mis padres. Me han dicho que te invite un día de estos a que lo visites.

—Ya lo he visto.

—Pero no has visto el almacén. Tienen un montón de objetos nuevos. Restos del naufragio de un galeón español del siglo XIX. Hay cosas muy chulas, sobre todo una de ellas.

—¿Ah, sí? —preguntó Elena, aparentando una curiosidad que no tenía.

—Hay un retrato en un broche que se parece a ti.

—¿El retrato o el broche? —bromeó, inquieta todavía por su mal olor.

—El retrato, claro. Tiene tu misma cara. Los tres nos hemos dado cuenta. Solo se diferencia de ti en el pelo. Ella tiene una peluca blanca.

—En el siglo XIX las mujeres ya no llevaban peluca blanca —replicó Elena.

—No, es que el retrato parece anterior. A lo mejor es una antepasada tuya.

—A lo mejor —dijo ella—. Y ahora me voy a duchar. No quiero que pienses en mí ni un minuto más con esta peste. Adiós. Nos vemos en el teatro.

—Sí, claro.

Y Elena se marchó. Odiaba encontrarse con nadie cuando acababa de salir de la academia, bien por el olor, bien porque si se duchaba llevaba el pelo mojado y mal puesto. Y en cambio, había sido ella misma la que se había acercado a Carlos, quien ni siquiera la habría visto. Era tonta, tonta, tonta. Con lo guapo que era Carlos y ahora pensaría que ella era una guarra, sucia, con olor a cebollas. ¿Y esa historia del retrato? ¿Sería una excusa para volverse a ver fuera del colegio? ¿Sería que le

empezaba a gustar a Carlos, el chico del judo? ¿Y sería también que él le empezaba a gustar a ella? Echó a correr para intentar huir de sus pensamientos, a los que quería dejar atrás, en el mismo lugar donde se había encontrado con su compañero de clase.

Marina no dejaba de pensar en la muerte del capitán. Estaba segura de que sus malos deseos y la presencia de la estatuilla habían tenido que ver con la tragedia. Todos lo habían dicho: no tenía explicación que la tormenta se hubiera formado tan deprisa, y mucho menos que una ola de ese tamaño se hubiera creado y hubiera abatido a Monsalve en un barco tan grande. Todo había sido demasiado extraño como para no buscarle una explicación misteriosa. Marina no se atrevía a mirar a ninguno de los marineros, que lloraban la muerte de su capitán, al que apreciaban. Había ingresado muy joven en la marina, y tenía delante de sí una prometedora carrera que había sido truncada de una manera bastante inexplicable. Ortega había tomado el mando y entre lágrimas había oficiado una breve ceremonia en honor del muerto, con la ausencia de doña Ofelia. De él había alabado su generosidad, su bondad, su amabilidad, su gentileza. Marina pensó que nada de eso era cierto. Su opinión sobre Monsalve no tenía nada que ver con aquellas palabras casi todas terminadas en «dad» que el teniente le estaba dedicando. Ella sabía que era malvado, vengativo y que aunque no se había merecido aquel final, tampoco merecía aquellas palabras. Después del discurso, los cañones tiraron siete salvas ensordecedoras en memoria del capitán. Marina pensaba que allá donde estaba no le iban a hacer ninguna falta. Si había infierno, probablemente Monsalve estaba en él, por mentiroso. Enseguida pensó que tal vez los mentirosos no iban directamente al infierno. Entonces, lo imaginó en una especie de purgatorio subacuático, perseguido por monstruosos y gigantescos calamares, pulpos y peces espada.

Cuando los cañones terminaron su cometido, el joven vigía Marcelo Iniesta se acercó a Marina para acompañarla. Su semblante era tan triste y estaba tan pálida que la creía tan dolida como él por la muerte de su capitán.

—Señorita, ¿está bien? —le preguntó.

—Sí. Bueno, me duele un poco la cabeza. Mi madre dice que siempre que hay tormenta, a las mujeres nos duele la cabeza.

—A las mujeres —sonrió Marcelo—. Pero usted es solo una niña. A las niñas no les duele la cabeza por una tormenta.

—¿Y qué sabrá usted de lo que nos duele o no a las niñas? —dijo mirándolo despectivamente—. Usted nunca ha sido niña.

—Cierto —contestó extrañado por el comentario—. Nunca he sido niña. ¿Le gusta nuestro barco?

—Sí, me gustan mucho los barcos.

—El capitán me contó que un día usted le había dicho que quería ser marinero —

le dijo el muchacho.

—Así que el capitán, además de ser un hombre cruel, le contaba mentiras a todo el mundo —repuso Marina, mientras se sentaba en una butaca del mirador de popa, hacia el que habían caminado.

—No diga eso del capitán Monsalve. Ni era cruel ni mentiroso —afirmó tajante—. Era un buen hombre. Si no hubiera sido por él, yo habría muerto a manos de unos bandidos que me atacaron en un camino, cuando iba a la ciudad desde mi pueblo. Él me salvó la vida. Arriesgó la suya por la mía, y ya ve, yo ayer no pude hacer nada por él.

Marina se quedó callada. Su respiración era cada vez más jadeante, le temblaban las manos, los pies, sudaba. Iniesta notó que algo le ocurría.

—¿Se encuentra mal, señorita?

—Estoy un poco mareada —respondió—. Acompañeme al camarote de mi madre.

Marina entró al cuarto de doña Ofelia sin despedirse del joven vigía. Cerró la puerta tras de sí, y se quedó unos instantes apoyada en la pared. Se llevó la mano al pelo, que estaba húmedo de sudor. Se acercó al tocador de su madre y se puso unas gotas de su perfume de rosas. Sentía que olía mal, aunque se había aseado como todas las mañanas. Su madre dormía y Ramira también. La esclava estaba agotada después de la noche tan intensa que había vivido, y se había adormecido en la butaca mientras vigilaba el sueño de su señora.

—Ramira, perdóname —le pidió Marina, arrodillándose a sus pies, mientras la mujer seguía dormida—. He sido mala. No tenía derecho a coger tu estatua. Sabía que tú le pides cosas por las noches, cuando le rezas. Yo también le pedí algo. Pero fue algo malo. Le pedí que hiciera sufrir al capitán. Pero no le pedí que lo matara ni que se lo llevara el mar para siempre. Te lo juro. Yo no quería que el capitán se muriera. Perdóname, Ramira.

—¿Qué estás haciendo ahí, pequeña? —se despertó doña Ofelia, cuya voz sacó de su ensueño también a la esclava.

—Madre, ¿ya estás mejor? —le preguntó, mientras se levantaba y se acercaba a su cama.

—Sí, creo que sí. No ha sido nada más que el disgusto por lo que le ha pasado a ese pobre hombre —le dijo, acariciándole el pelo—. Además, Ramira me ha cuidado muy bien. ¿Hace mucho calor ahí fuera? Estás sudando.

—No, no hace calor. Es que...

Y Marina rompió a llorar. Ramira se levantó y la abrazó. Ofelia miró a la mujer, preguntándole con los ojos qué le pasaba a su hija.

—No es nada, señora. Marina está muy impresionada con lo que ha ocurrido. Voy a hacerle un té y se le pasará enseguida.

Pero Marina no dejaba de llorar. Cuando salió Ramira al pasillo, se topó con Marcelo Iniesta, que se había quedado junto a la puerta.

—¿Y tú qué haces ahí?

—Órdenes del nuevo comandante. Quiere saber donde están las señoras en todo momento, para que no les pase nada —contestó el chico.

Ramira se lo quedó mirando extrañada. Había algo en aquel chico que le inquietaba. No podría decir qué era, pero había algo en su expresión que le resultaba familiar.

—¿Por qué me mira de ese modo? —le preguntó él.

—Por nada, muchacho. Por nada. Déjame pasar. Voy a preparar un té para la niña. Parece mareada después de todo lo que ha pasado.

—Es una chica valiente, ¿verdad? El capitán decía que si hubiera nacido chico sería un gran marino.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Ramira.

—¡Quién sabe! —exclamó Marcelo, mientras subía los hombros.

—Nadie sabe nada —replicó la mujer, mirando fijamente a aquel muchacho que hacía que su corazón palpitase de una manera desconocida.

Elena llegó a su casa aún más sudorosa que cuando se encontró con Carlos. No había nadie, como siempre. Su padre no salía de la academia de *ballet* antes de las once de la noche. Y su madre había salido con unas amigas. Se duchó, se vistió y abrió el frigorífico. Cogió dos tomates frescos, jamón, queso y se hizo una ensalada llena de proteínas y de vitaminas. Luego se tomó un yogur y un melocotón. Conectó el ordenador y consultó su correo electrónico. Nada interesante, pensó. Abrió el Twitter y leyó los comentarios de algunos de sus amigos sobre temas que no le interesaban en absoluto. Luego miró el Facebook, y vio que en el muro alguien había colgado una canción. La escuchó. Era muy antigua y nunca la había oído. Pensó que no estaba mal y pinchó en la opción de «me gusta». Enseguida pensó que a nadie le interesaba si le gustaba o no, que aquello era una tontería y que no pensaba entrar más. De pronto recibió una invitación de amistad: era Carlos, que le pedía ser su amigo.

Elena se echó hacia atrás en la silla. Le pasaba algo extraño con él. No hacía mucho tiempo que lo conocía. Al fin y al cabo, ella acababa de llegar a la ciudad. Su padre se había hecho cargo de las coreografías del *ballet* de la ciudad y se habían trasladado desde La Coruña. No había conseguido hacer amigos, y menos aún amigas. No era una persona fácil, desde luego. Desde pequeña, se había movido en ambientes en los que el trabajo y el esfuerzo eran las normas imperantes. Desde los tres años hacía *ballet*, y además tenía al profesor en casa. A su padre no le agradaba que la niña se dedicara al baile, porque sabía de lo sacrificado e injusto que puede llegar a ser. Pero Elena tenía aptitudes, y desde que aprendió a andar, caminaba de

puntillas. Cuando estaba sentada, apoyaba tan solo los dedos y levantaba el empeine. En cuanto oía cualquier música, se movía al ritmo. No podía decirle que no. Así que enseguida empezó a tomar clases de *ballet*. Horas y horas desde muy pequeña. Muchas tardes le dolían los pies, le dolían las piernas, la espalda, el cuello, hasta las falanges de los dedos por las posiciones de las manos.

Con cuatro años dominaba perfectamente las cinco posiciones: la primera, con los talones juntos y las puntas separadas; la segunda, con diez centímetros entre los talones; la tercera, que no era sino un abrazo de talones; la cuarta en la que los pies se separaban mirando uno a cada lado; y la quinta, la gran pesadilla del comienzo, en la que la punta de un pie se besa con el talón del otro y viceversa. Con seis años ya caminaba sobre zapatillas de puntas. A Elena le gustaba especialmente el ruido que hacían al posarse en el suelo después de un salto. Su padre decía que le gustaría inventar unas zapatillas con unas puntas insonoras, para que pareciera que las bailarinas se posaban sobre el suelo como garzas, y no como si tuvieran las pezuñas de las cabras.

Y así año tras año, ciudad tras ciudad. Iban allá donde contrataban los servicios de su padre, prestigioso coreógrafo internacional. Y claro, a Elena le costaba mucho hacer amigas: nunca estaba demasiado tiempo en ningún lugar. Siempre se estaba yendo de los sitios. Y además, cuando estaba, pasaba horas y horas ensayando delante de un espejo, amarrada a una barra, creando una Elena diferente en cuanto sonaba la música, sus pies se colocaban en la quinta posición, y sus dedos corazón y pulgar jugaban a encontrarse sin conseguirlo.

Cuando llegó a la nueva ciudad, a la nueva escuela, y a la nueva clase, se sentó sin mirar a nadie, como hacía siempre. Enseguida se le acercaron dos chicas, Yolanda y Gloria, y empezaron a hablar con ella. En el comedor se sentaron varios chicos de la clase con ellas, eran Carlos y dos amigos suyos, Pedro y Adrián. Cuando dijo que hacía *ballet*, todos la miraron como a un bicho raro y pijo. Le pasaba siempre. Ya ni siquiera le molestaba. Después de muchos años de pasarlo mal por ser «la rara», había decidido sacarle partido a su diferencia. Y además había conseguido que no le importaran los comentarios ni las miradas de los demás. Al menos, eso se quería creer. Cuando Carlos le contó que practicaba judo, también ella lo miró con extrañeza. A Elena no le gustaba utilizar el cuerpo con movimientos bruscos. Se rebelaba cuando sus profesores le montaban coreografías con música moderna, llena de disonancias que apetecían movimientos que a ella le parecían poco armónicos. Por eso, pensó que nunca tendría nada de qué hablar, ni qué hacer con Carlos. A pesar de que le parecía guapo,

simpático y olía bien.

Cuando lo vio en el restaurante japonés, pensó que a lo mejor sí que tenían algo en común, y que aquel encuentro podía ser el comienzo de algo especial. Cuando les dijo a sus padres que era un compañero de clase, el coreógrafo y antiguo bailarín le sugirió que lo invitara con su familia al *ballet*. En un primer momento, Elena le dijo que no, pero luego se lo pensó mejor y decidió eso de «¿Y por qué no?».

Y ahora él le pedía «amistad» en Facebook. No declinó la petición, pero decidió esperar. Al fin y al cabo, él no sabía si estaba o no conectada.

Dejó el ordenador, y se sentó en el sofá del salón. Le picaba debajo del sujetador. Debe de ser de tanto sudar, pensó. Fue al baño a mirarse en el espejo.

Descubrió una mancha roja con forma de corazón. «¡Vaya! – pensó—. A lo mejor es que el amor llama a mi puerta».

Ramira volvió con el té para Marina. La joven se lo tomó y enseguida se quedó dormida. La capa de la noche había caído ya sobre el océano, y desde la ventana del camarote se veían las estrellas como puntos de cristal en la oscuridad. La esclava respiró hondo y deseó estar en su casa. Pensaba que por muy mal que uno viviera en tierra, todo era preferible a estar dentro de aquella cáscara flotante. Recordó las humillaciones que había sufrido con sus anteriores dueños, los hijos que le habían quitado nada más nacer. Eran recuerdos terribles, pero siempre acababa por poner los pies sobre el suelo, sobre un suelo que no se movía al compás de las olas. Ramira pensaba que si Dios hubiera querido que los hombres vivieran sobre el mar, los habría hecho con aletas, con agallas, con todo lo que tenían los peces. Le asustaba la inmensidad de aquel océano cuyas profundidades no podía ver ni de noche ni de día. Aquella masa que cambiaba de color y que escondía animales misteriosos y mucha agua salada, que no servía ni siquiera para beber. Su corazón iba demasiado deprisa cuando pensaba en estas cosas, así que se alejó del ventanuco y subió la escalera hasta el altillo donde descansaba. Se sentó en la cama y sacó las dos estatuillas, que colocó en un lateral, de pie. Ambas parecían mirarla con sus ojos abiertos y con las bocas llenas de dientes de animales. Tenía que preguntarles qué podía hacer ella, humilde esclava de las sabidurías eternas, para evitar más tempestades que hundieran el barco en el fondo infinito del mar. Sacó un pañuelo de vieja tela que en otro tiempo había tenido vivos colores, ahora empalidecidos. Se lo ató a la cabeza. De una cajita que también tenía escondida entre las sábanas, sacó unas caracolas. Las mezcló en sus manos y las dejó caer suavemente sobre la colcha. Cayeron formando un corazón. A Ramira le dio un escalofrío. Volvió a cogerlas y a mezclarlas en sus manos. Miró hacia el techo y las volvió a echar. De nuevo el corazón, solo que ahora era más pequeño que el anterior.

—¿Acaso estáis pidiendo el corazón de un niño? —les preguntó en voz muy baja a las figuras.

Nadie contestó. Así que volvió a repetir la operación. Ahora las caracolas formaron una letra. Una letra que, aunque Ramira no sabía apenas leer, reconoció de inmediato. Las caracolas habían formado la letra «M».

—La «M» de Marina —pensó en silencio, a la vez que le daba un escalofrío que le heló la sangre—. Queréis el corazón de Marina. Mi pequeña. No. No ha sido culpa suya. No lo hizo con mala intención. La niña es buena. No me pidáis que la sacrifique. Hay más gente en el barco. Volveré a preguntaros.

Y Ramira echó de nuevo las caracolas sobre la cubierta de la cama. Ahí estaba de nuevo la letra «M».

Una y otra vez miró el dibujo que formaban. No había ninguna duda. Era una «M». Los antepasados pedían el corazón de alguien cuyo nombre empezaba por «M». Metió las conchas en la caja. Se quitó el pañuelo de la cabeza, se inclinó y envolvió en él el cofrecillo. Se levantó a por las estatuillas. Un sonido la hizo mirar hacia la parte de abajo. Marina se había despertado y ponía su pie derecho en el suelo. Sus miradas se cruzaron en algún lugar de la habitación.

—He tenido una pesadilla, Ramira.

—No pasa nada, pequeña. Vuelve a acostarte e intenta dormir.

—He soñado que Monsalve venía a buscarme desde el fondo del mar y me arrancaba el corazón. Tengo miedo. ¿Puedo dormir contigo como cuando era pequeña?

—Ya eres mayor para dormir conmigo. Yo estoy aquí a tu lado. No dejaré que te pase nada. Nadie va a hacerte ningún daño, Marina. Te lo juro.

—¿Me lo juras por tus dioses, Ramira? —le preguntó la muchacha, que no podía dejar de pensar en que había abandonado aquella imagen poderosa en la cubierta del barco.

—Te lo juro por tu Dios, Marina, que seguro que te va a proteger de todos los males.

Marina se tranquilizó y se metió de nuevo en su cama. Cerró los ojos y soñó con el joven marinero que le había dicho que Monsalve no era un mal hombre. No recordaba cómo se llamaba. Solo se acordaba de que su nombre empezaba por la letra «M».

Carlos había llegado a su casa, había encendido el ordenador y lo primero que había hecho había sido entrar en Facebook para pedirle amistad a Elena. Luego había ido a la cocina, había abierto la nevera y se había preparado la merienda: un yogur, un melocotón y una rebanada de pan con crema de chocolate y avellanas. Se había sentado en el balcón y veía pasar la gente por la calle. Lo hacía siempre mientras merendaba. Le gustaba

imaginar las historias secretas de todos lo que pasaban bajo su terraza. La mujer que paseaba el perro siempre a las mismas horas: por la mañana mientras él desayunaba, a las cinco cuando llegaba a casa, y poco antes de la medianoche, cuando él sacaba la basura. En invierno se cubría con sombreros, en verano llevaba siempre guantes, aunque hiciera mucho calor. Carlos se preguntaba siempre por qué. Imaginaba que vivía en una de las buhardillas que coronaban varios de los edificios de su calle, y que había sido una actriz de teatro en sus tiempos jóvenes. También estaba el hombre trajeado que cambiaba de corbata cada día, y que también cada día se encontraba en una esquina de la plaza con una mujer distinta. Carlos pensaba que las conocía a través de alguna página de contactos, y que aquellas eran siempre sus primeras citas. Sus primeras y sus últimas, porque cada día la chica era nueva. Como la corbata. Lo único que se repetía era la hora: las cinco y media de la tarde, y las miradas expectantes al reloj que el individuo realizaba cada minuto que pasaba de la hora establecida. Cada tarde también observaba a un grupo de ancianas que daban varias vueltas a la plaza hasta que se sentaban en un banco. Al principio eran cinco. Ahora eran solo tres. En los últimos meses, dos de ellas caminaban ayudadas por un bastón. La más joven todavía se resistía.

Terminó la merienda y volvió junto al ordenador, a ver si Elena había contestado a su invitación. Pero no había respuesta todavía. Podía ser que ella todavía no se hubiera conectado. Pero también podía ser que no estuviera tan interesada en él como quería creer. En cualquier caso, pensó, se verían el domingo en el *ballet*, y entonces tendría ocasión de hablar con ella, y tal vez la podría invitar a un helado de chocolate.

De pronto, le entró un *whatsapp* en el móvil. Era de su madre, que le decía que no irían a cenar, ni ella ni su padre. Carlos arqueó las cejas cuando leyó el mensaje. Estaba sorprendido a pesar del abrazo que había interrumpido en el museo. Sabía que su padre tenía un poder de seducción casi infinito. Por eso su madre había caído rendida ante su encanto más de una vez, incluso después de su separación más o menos oficial. Federico sabía envolver sus palabras siempre con el mismo halo con que los hechiceros pronunciaban los conjuros y las invocaciones a los ancestros. Carlos quería a su padre, pero sabía que era inconstante, no en sus sentimientos, de los que no dudaba, sino de su realización material. Sonó el teléfono fijo. El muchacho reconoció el número de su abuelo.

—¡Hola, Carlitos! ¿Qué tal estás?

—Abuelo, no me llames Carlitos, que ya soy mayor.

—Para mí nunca serás mayor. Siempre serás mi nieto. ¿Está tu madre en casa?

—No. Está en el museo. Con papá.

Don Nicolás se quedó callado unos segundos. Maldita la gracia que le hacía que su hija estuviera demasiado tiempo a solas con el botarate de su yerno.

—¿Y no va a cenar en casa?

—Me parece que no. Acaba de mandar un mensaje, no van a venir.

—Ya. Pues nada, hijo. Dile que me llame cuando pueda. Quiero hablar con ella.

—¿Pasa algo, abuelo?

—No, nada. Es que... —titubeó—. Es que quiero que conozca a Paquita. Bueno, y tú también. Hala, hasta otro rato.

Carlos colgó el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja. El abuelo estaba enamorado. Y él también. Y a lo mejor resultaba que sus padres también se habían vuelto a enamorar. Entró un nuevo mensaje en el móvil. De nuevo su madre. Pero esta vez el mensaje estaba vacío. Qué raro, pensó, será que reclama una respuesta al mensaje anterior. El chico contestó un escueto «OK» y no esperó respuesta. Pero el teléfono sonó, esta vez con una llamada. Pulsó y contestó.

—Mamá, ya me he enterado. Que no venís a cenar. Sacaré algo del congelador. No comeré comida basura —dijo Carlos, que conocía bien el discurso «comida sana» de su madre.

Pero nadie contestó al otro lado. Solo escuchó el silencio.

—Mamá —repitió.

Pero no había nadie al otro lado. En la plaza, el hombre de la corbata seguía mirando el reloj, y esta vez esperaba en vano.

El almirante don Enrique de Guzmán y Mirasierra contemplaba el resplandor que emergía del brasero con el que calentaba su camarote. Sus movimientos le trajeron a la memoria una tarde en su palacio mallorquín. Una tarde en que las sombras de las ramas de los árboles entraban por la ventana y parecían danzar sobre la pared, al ritmo de una música silenciosa que solo él podía escuchar. No oía el viento, lo veía en forma de sombra danzante. Unas y otras le recordaban las sombras chinescas que su padre proyectaba en la pared con los dedos cuando era pequeño. Entonces le daban miedo porque le parecían que venían de otro mundo. No se daba cuenta de que salían directamente de las manos de su progenitor. No se daba cuenta de que las sombras existían solamente porque también existía la luz.

En los pensamientos del almirante, las luces que emanaban de las brasas se confundían con las sombras danzantes sobre la pared dorada por el sol. Y don Enrique se asombró de que aquello le trajera a la memoria las sombras de los árboles de su adolescencia, y pensó que tal vez no fueran tan dispares las sombras y el fuego. Pues ambas acaban desapareciendo después de su frenético baile. Un baile que tal vez

no fuera sino el reflejo de la explosión de la vida en su caminar.

La noticia de la muerte de Monsalve lo había sumido en la tristeza. Pensaba en lo injusta que es la vida. Y la muerte. Y en como uno no puede rebelarse ante el poder infinito de la una y de la otra. Intentó borrar de su cabeza la imagen del joven capitán, pero su sonrisa siempre franca y bromista acudía a él una y otra vez, e invadía un espacio que deseaba que se vaciara de sensaciones dolorosas. Pero no lo podía evitar. Se levantó y avivó las brasas. Removió las ascuas que quedaban y se acercó a soplar para alimentar el calor de las mismas. Tanto se arrimó que se quemó un mechón de pelo. Aspiró el desagradable olor a socarrado que salía de sí mismo.

Pensó que al fin y al cabo, el fuego y el agua no eran tan diferentes entre sí: el fuego se convertía en humo, el agua se convertía en vapor. Y tanto el humo como el vapor habitaban el mismo extraño terreno de lo intangible, de lo volátil, de lo que se va sin dejar huella. Como el capitán Monsalve, que se había ido a algún lugar del fondo del mar donde nadie jamás podría encontrarlo. Tan insignificante como el humo y como el vapor. O como las sombras de las ramas de un árbol reflejadas en una pared. O en un recuerdo.

Empezaba a oscurecer, y el almirante encendió una lámpara de aceite con un rescoldo del brasero. Se acercó a la estantería y sacó uno de los libros que viajaban siempre con él. Se trataba de un viejo ejemplar de *La divina comedia*, de Dante. Don Enrique pensaba que sus viajes por el mundo se parecían al periplo del poeta italiano por el paraíso, el purgatorio y el infierno. Amaba el mar por encima de todas las cosas, a excepción de su familia, pero a la vez que lo amaba, lo temía. No podía dejar de creer que la superficie acuática escondía los horrores del infierno, incluso en los días claros y serenos, en los que se semejava a un espejo azul. Imaginaba que los personajes que Dante colocaba en el círculo infernal habitaban las aguas profundas y vivían cada instante de su eternidad sometidos a dolorosas torturas bajo el piélago. A pesar de estas convicciones, o tal vez por ellas, le gustaba releer algunos de los versos del comienzo: *Y como el que con aliento angustiado, salido del piélago a la orilla, se vuelve y mira al agua peligrosa de la que se ha salvado, así mi alma, que todavía huía, se volvió de nuevo a mirar el paso que no dejó jamás a persona viva.*

También él quería salir ya de aquel piélago infinito. Deseaba llegar a la orilla, al puerto, cuanto antes. La estela que dejaba su nave sobre la superficie del mar era como una cuerda que le anudaba al lugar que dejaba tal vez para siempre. Pero también era un camino de esperanza hacia el lugar que lo esperaba. Un lugar en el que podría de nuevo abrazar a su familia. Se sentía atrapado en el barco por primera vez en su vida. Pues el barco lo separaba de Ofelia y de sus hijas. El Santa Catalina era como el círculo infernal de *La divina comedia* de Dante. Y el Buena Esperanza era el círculo del Paraíso, porque allí dentro estaba todo lo que él deseaba. Todo lo que necesitaba para ser feliz. Su corazón estaba ligado por la estela del mar a los corazones de todos los seres a los que amaba.

Marga y Federico seguían en el museo, enfrascados en su investigación. Había demasiadas cosas sobre la mesa, y parecía que unos objetos contradijeran a los otros: una caja de música de una época posterior al naufragio, el broche que se parecía a Elena, las monedas que el buque llevaba desde América a España...

—Mira esto, Marga.

Federico había sacado un trozo de madera que estaba adherido del mascarón de proa. A primera vista, parecía un fragmento del mismo que se hubiera roto. Pero una mirada un poco más detallada mostraba que aquello era algo bien distinto. Federico lo limpió con el cepillo. Estaba cubierto de musgos y de conchas. Las quitó con sumo cuidado.

—Vaya, vaya. Esto se pone interesante.

—Pero ¿qué diablos es esto? —preguntó Marga.

—Son dientes.

—Un trozo de madera con dientes. Parecen humanos —dijo ella, mientras acercaba su cara al extraño objeto.

—No es un trozo de madera. Es una estatuilla. Mira. Los ojos, la nariz, el hueco a la altura del pecho donde se guardarían los ingredientes mágicos.

—¿De qué estás hablando? —insistió su exmujer.

—Es una figura ceremonial africana. Probablemente de la zona central del continente. En este agujero introducían un saquito con ingredientes que conferían poder a aquel que lo poseía y que estaba iniciado en los rituales sagrados. Seguramente, estos dientes pertenecieron a algún personaje importante de la tribu.

Marga no podía dejar de mirar aquel pedazo de madera que un día fue una talla sagrada. Quedaban restos de unos ojos redondos que parecían observarlo todo a su alrededor. La boca se abría en una sonrisa grotesca que mostraba ocho dientes amarillentos entre los que se habían incrustado dos caracolillas minúsculas. Toda la visión empezó a nublarse en las pupilas de Marga.

—¿Qué te pasa?

—No sé. Me he mareado. Voy a sentarme un momento.

—Te traeré un vaso de agua.

Federico salió de la sala. Marga se quedó sola. Le daba vueltas su cabeza. No había vuelto a sentir esa sensación desde su embarazo. Sonó el teléfono. Lo cogió. Era el número de Carlos. Apretó la tecla y contestó.

—¿Qué pasa, Carlos?

.....

—¿Carlos? ¿Me oyes?

.....

Pero al otro lado no parecía haber nadie. Cerró el teléfono. En ese momento llegó Federico con un vaso de agua. Se lo bebió

de un trago. El mareo iba cesando y en la cabeza de Marga, todos los objetos de la habitación empezaban a volver a sus sitios.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Gracias por el agua. No ha sido nada.

—Será mejor que vayamos a cenar algo. Habrá sido el olor de todos estos cachivaches, que te ha mareado.

—Demasiadas emociones en estos días.

—¿Lo dices por mí? Si es así, me gusta que me consideres una «emoción».

—Vete a la mierda. ¿Por qué has venido?

—Ya lo sabes. Me han encomendado esta investigación. Además, quería ver a Carlos y, por qué no admitirlo, también a ti. Te echo de menos.

—Tú no echas de menos a nadie, Federico.

—Pero ¿qué te pasa? Hasta hace un momento, todo iba bien, y ahora...

—¿Llamas «ir bien» a pasarte meses sin ver a tu propio hijo? —preguntó ella mientras se levantaba de la silla.

—Llamo ir bien a que hace un rato has dejado que te abrazara. Y me atrevería a decir que te ha gustado que lo hiciera.

—Sí que me ha gustado. Porque soy imbécil. Y ahora será mejor que nos vayamos de aquí. Se está haciendo tarde.

—¿Vamos a cenar juntos y solos, como hemos dicho hace un rato, antes de que te pusieras hecha una furia?

—No me he puesto hecha una furia. Has hecho un comentario estúpido y yo no me he quedado callada.

—Marga, sabes que te quiero. Sabes que tú y Carlos sois lo que más quiero en la vida.

—Lo cual no es mucho decir. Porque no eres una persona que «quiera», que «ame» demasiado. Eres un egoísta, y solo eres capaz de quererte a ti mismo.

—No estás siendo justa conmigo y lo sabes. Parece que te haya picado un bicho.

—No me hagas reír. Habrá sido la sonrisa de esa figura, que me ha contagiado la mala leche que destila.

—Cuida lo que dices. Se podría ofender. Estos fetiches son muy sensibles.

—Si lo fue alguna vez, con todo el mar encima de ella durante varios siglos se le habrá pasado la sensibilidad.

—No te lo tomes a broma. Utilizaban estos fetiches en ceremonias de iniciación y en rituales sagrados. Los consideraban muy poderosos. Hay tribus que todavía las usan hoy.

—¿Y me quieres decir qué hacía una de estas en un galeón español hundido hace doscientos años a miles de kilómetros de la costa africana? —preguntó Marga, que quería dar por zanjada

su conversación sobre el tema estrictamente conyugal.

—Te recuerdo que había esclavos de origen africano. Tal vez, alguno de los pasajeros de esta nave fuera uno de ellos. Alguien que además era un hechicero. Esta figura no la podía tener cualquiera —le explicó Federico—. ¿Y ahora vamos a cenar?

—Ha llamado Carlos. Pero no se oía nada. A lo mejor me necesita.

—Carlos está bien. Encantado de estar solo en casa, sin ti y sin mí.

—Sin ti ya está acostumbrado.

—¿Vamos a empezar otra vez?

—No. No hace falta empezar ni seguir hablando del tema. Ya sabemos todos del pie que cojeamos cada uno.

Cogieron las chaquetas, apagaron las luces y salieron del museo. Dentro de la sala del sótano quedaban los restos de un naufragio en el que el tiempo y el espacio parecían no existir.

Por la mañana, Marina se levantó intranquila. Se aseó y salió a la cubierta con sus hermanas, que casi siempre se entretenían entre sí y la dejaban fuera de todas sus conversaciones y de sus secretos. Ahora era ella la que tenía un secreto inconfesable. Beatriz e Isabel sacaron su caja de tabas y se pusieron a jugar sobre el suelo. Marina se quedó apoyada en la barandilla de babor, junto a Ramira, que no paraba de mirarla.

—¿Por qué me miras así? No me quitas ojo de encima. Me das miedo —le dijo Marina.

—Mi pequeña niña. Te miro porque veo como creces cada día. Te estás haciendo mayor en este viaje. Cuando lleguemos a tierra, tu padre no te va a reconocer.

—En eso tienes razón, Ramira. Cuando embarcamos yo era una niña buena, y ahora me he convertido en un ser horrible y monstruoso, como los que habitan el fondo del mar.

—Olvida el asunto del capitán. No murió por tu culpa. Estamos en el mar, y esas cosas pasan. Y tú siempre dices que en el fondo del mar hay sirenas, y las sirenas son buenas.

—Pero yo deseé que pasara algo así. Y mi deseo se cumplió —repuso Marina, con lágrimas en los ojos.

Al otro lado, a estribor, el joven marinero Marcelo Iniesta se había sentado sobre uno de los cañones y dibujaba el rostro de Marina en un papel. Su mirada fija e intensa debió de penetrar en el cerebro de la muchacha, que se volvió y se encontró con los ojos del joven. Y con sus manos, que deslizaban un carboncillo sobre una hoja en blanco. El corazón de Marina empezó a palpar más deprisa. Se remangó ligeramente el vestido y caminó hacia donde estaba Marcelo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Te estoy dibujando. Eres muy bonita aunque tengas mal carácter —contestó él,

con una sonrisa y tuteándola por primera vez.

—¿Cómo te atreves? Si se entera mi padre de que has dicho algo así, te mandará a los calabozos.

—¿Siempre amenazas a todo el mundo con penas parecidas a las del infierno?

—¿A qué te refieres? —inquirió ella, sorprendida.

—Te he oído varias veces amenazar a tu esclava. Siempre que hace algo que no te conviene, la amenazas con venderla cuando llegemos a puerto. Estoy muy contento de que a mí no me puedas vender —dijo, y siguió dibujando—. Además, tienes un nombre bonito, Marina...

Marina se acercó para ver el dibujo. Aunque en el barco solía ir con su pelo natural suelto o recogido, él la había dibujado con la peluca blanca que las mujeres y también las niñas, solían llevar en la ciudad.

—¿Y tú, cómo te llamas? ¿Y por qué me has dibujado así, con la peluca?

—Porque es mucho más fácil. Es mucho más lindo tu pelo. Me gusta como lo llevas ahora, suelto. —Marcelo le acarició uno de los rizos de su larga melena dorada. Ella se retiró con un paso atrás, a la vez que su piel se tornaba roja—. Ah, y me llamo Marcelo.

—Eres un descarado. Si no fuera porque no quiero armar un escándalo, gritaría.

—Pero no lo vas a hacer porque en el fondo eres buena y no quieres que me castiguen.

Ramira había observado la escena desde el lado opuesto y se acercó. Aquel muchacho tenía algo inquietante que hacía que en su presencia no se sintiera cómoda.

—Deja en paz a la señorita Marina.

—Aquí está tu ángel de la guarda. Será mejor que me vaya a trabajar. En la cocina me estarán echando de menos.

—No creo que te echen de menos en ningún lado —le dijo Ramira, mirando desafiante los ojos azules del muchacho. Unos ojos que la hicieron temblar y tambalearse.

—¿Qué te pasa, Ramira? ¿Te encuentras mal? —le preguntó Marina.

—No es nada. No es nada. Ha sido un mareo. Este barco se mueve mucho.

Pero no era verdad. El océano estaba en calma y el navío apenas se balanceaba. Los ojos de azul cerúleo de Marcelo la habían trasladado extraña y momentáneamente a dos momentos terribles de su juventud. Dos momentos que por nada del mundo querría volver a vivir. Los recuerdos la habían aturdido. Los recuerdos y la lectura de las caracolas sagradas.

—¿Por qué no le traes una taza de manzanilla, Marcelo?

—Ahora mismo voy.

Marcelo le dio a escondidas su dibujo a Marina y se fue corriendo hacia las cocinas. Ramira se apoyó en el mismo cañón en el que había estado sentado el muchacho. Aún quedaba una parte de su calor que la esclava pudo captar. Un calor que la hizo estremecerse de nuevo, aunque esta vez Marina no lo notó. Le enseñó el

retrato a Ramira, que esbozó una leve sonrisa.

—Dibuja bien el chico, ¿verdad? Y es bastante guapo. No te acerques demasiado a él. A tu madre no le hará ninguna gracia.

—Me ha sacado muy guapa, ¿verdad?

—Es que eres muy guapa, pequeña.

—No me llames pequeña. Tú misma has dicho que estoy creciendo. Me estoy haciendo mayor.

—Y te crees que por esa razón puedes ir enamorándote de cualquiera que te regale un dibujo con tu cara.

—¿Por qué dices eso? Yo no me he enamorado de nadie —repuso Marina, altiva—. Y menos de ese marinero. Mi padre nunca lo aprobaría. Tiene la piel demasiado oscura. Seguro que es un bastardo hijo de esclavos.

—Pero... ¡qué palabras son esas! —exclamó doña Ofelia, que salía en ese momento a cubierta y escuchó el comentario de su hija—. Hablas como un mercader y no como una damita, que es lo que eres.

Marina se ruborizó al oír a su madre. A veces también le sorprendía a ella lo cruel que podía ser con sus palabras. Estaba llena de rabia y culpa, quería llorar pero no le salían tantas lágrimas como deseaba y necesitaba. Salió corriendo. Ramira se levantó a duras penas y la siguió, dejando a doña Ofelia sola y desconcertada.

—No vuelvas a decir algo así, pequeña. Empiezas a creer de verdad que eres mala. Y si sigues creyéndolo, acabarás siéndolo de verdad. Y eso no puede ser.

—Tú no tienes ni idea de lo que hay en mi cabeza, Ramira. Ni idea.

—Sé cosas que nadie sabe, Marina. No se te olvide.

A Marina le dio un escalofrío al escuchar las palabras de la mujer. ¿A qué se estaba refiriendo? ¿A lo que le había pasado al capitán Monsalve? ¿O a esas cosas que pasaban por la noche, cuando Ramira sacaba las estatuillas y hablaba con ellas? En ese momento, apareció el joven Iniesta con la taza de manzanilla.

—Aquí tiene. Le sentará bien.

—Gracias, muchacho. Has sido muy amable con esta pobre y vieja esclava —le dijo, cuando sus miradas se encontraron y sus manos sostenían la taza al mismo tiempo. El corazón del chico empezó a acelerarse. Y lo hizo de tal manera que Ramira pudo escuchar sus latidos, que parecían pasar a su cuerpo como si una corriente los uniera a través de la taza, y de la mirada—. He oído antes tu nombre, pero no me acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Marcelo. Me llamo Marcelo —respondió.

—Marcelo —repitió Ramira en su susurro—. Te llamas Marcelo. ¡Vaya...! Tu nombre también empieza por «M».

Y se bebió el contenido de la taza con los ojos cerrados porque no podía seguir mirando unos ojos tan azules.

Elena no contestó a la invitación de Carlos. Él siguió pendiente del ordenador hora tras hora, pero sin ningún éxito. Tampoco le extrañó, aquello le solía ocurrir a menudo. No podía decirse que Carlos fuera un chico muy popular. Le costaba hacer amigos desde que era pequeño. De niño, muchos compañeros se reían de él porque contaba que sus padres eran arqueólogos y no sabía pronunciar bien la «R». Esa circunstancia hizo que pasara solo muchos recreos, y que se peleara más de una vez. Hasta que un logopeda le enseñó a pronunciar correctamente, creció y empezó a entrenar artes marciales. Adquirió seguridad en sí mismo, pero seguía sin tener muchos amigos. Al principio le entristecían sus dificultades sociales. Poco a poco se acostumbró a ellas, y empezó a disfrutarlas.

Llegó el domingo y con él la hora de asistir al *ballet*. Allí se encontraría con la chica y a ella no le quedaría otro remedio que hablar con él. Federico había dormido en su apartamento pero los tres comieron juntos. A Paquita la conocerían en otro momento, le había dicho Marga a su padre. Bastante tenía con lidiar con lo que tenía, como para meter otro asunto en su vida. Las historias amorosas de su padre en Benidorm no le quitaban el sueño. Después de comer, se fue al baño a arreglarse. Había decidido que la presencia de Federico no la hiciera infeliz, como le había ocurrido tantas veces. Después de tantas experiencias con él, había aprendido que lo mejor que podía hacer era no empeñarse en conseguir de él lo imposible: no era un hombre constante, pero cuando estaba se entregaba al cien por cien a su hijo y a ella. Quizás no era capaz de más, y por tanto no se le podía pedir nada más. Se maquilló los ojos, primero la sombra, luego el lápiz, después la máscara para las pestañas. Arqueó las cejas y aprobó lo que veía en el espejo. Aquella imagen suya que no era ella, sino una ficción de sí misma. Cogió el lápiz de labios y los rellenó de un color coral que le sentaba muy bien. Alguien llamó a la puerta.

–Salgo enseguida.

–Tengo que ir al baño. –Era la voz de Federico.

–¿Y el otro?

–Está ocupado por Carlos, que debe de estar poniéndose muy guapo para ver a su chica.

Elena abrió la puerta con cara seria.

–No es su chica –dijo.

–¡Qué guapa estás! –exclamó Federico sin hacer caso del comentario de ella.

En el otro cuarto de baño, Carlos intentaba domesticar su pelo. Tenía un remolino en la parte de atrás, que se rebelaba ante la ley de la gravedad y casi siempre se le quedaba tieso. Quería estar muy presentable para Elena y no había manera de

que el pelo se quedara en su sitio. Abrió un cajón y se puso un poco de gomina. Su abuelo le había regalado una caja y la utilizaba desde hacía unas semanas.

Por fin estuvieron listos los tres y se fueron al teatro. Llegaron un cuarto de hora antes de que comenzara el espectáculo. En la puerta estaba Elena con un vestido corto, negro, de tirantes. Un vestido que dejaba al descubierto unos hombros torneados por horas de gimnasio. Se había recogido el pelo como las bailarinas y parecía que iba a emprender el vuelo en cualquier momento. O al menos, eso fue lo que pensó Carlos en cuanto la vio. Eso y que nunca la había visto tan guapa. Le dio un escalofrío y su corazón dio un par de brincos que nadie más que él notó.

—Estoy esperando a mi madre. Siempre llega tarde. Mi padre está dentro, nervioso como en cada estreno. No lo puede evitar, y eso que lleva ya un montón de ellos.

—¿Tú no bailas en la compañía? —le preguntó Marga.

—No, supongo que no soy tan buena —mintió Elena que pensaba todo lo contrario—. Además, si mi padre me hiciera bailar, todos se pensarían que estoy enchufada. Y no me gusta esa sensación.

—Seguro que bailas muy bien —se atrevió a decir Carlos, que no podía dejar de mirar a la chica.

—Eso dice mi madre. Pero que lo diga ella no tiene ningún mérito, porque para eso es mi madre. Y los padres, ya se sabe, no son nada objetivos.

—Me gustaría verte bailar alguna vez —repuso Carlos.

Elena se puso colorada con el comentario de su amigo. Afortunadamente, en ese momento llegó su madre y entraron todos juntos a la sala. Enseguida se apagaron las luces, y comenzó la música. Una pareja empezó a ejecutar una danza. Él la cogía en sus brazos y la sostenía en el aire, mientras giraba una y otra vez. Ella movía los brazos como si fueran las alas de un pájaro. Al final, acababa todo movimiento y yacían sobre el suelo.

—Es una variación de *Romeo y Julieta* —le explicó Elena a Carlos, que se había sentado a su lado.

—¡Qué par de idiotas! —exclamó él—. Nadie se muere de amor.

—¡Qué poco romántico! —replicó la chica—. Es una historia preciosa.

—Chorradas.

—Haced el favor de callar y aplaudid, que es lo que tenéis que hacer —les recriminó la madre de Elena, que aplaudía con fervor.

Cuando terminó la sesión, fueron al camerino a saludar al padre. Todos los bailarines estaban muy contentos de su actuación. Álvaro no tanto. Habían fallado en alguna figura y

dos de las bailarinas principales habían ejecutado varios giros con el pie entero apoyado, y no sobre las puntas, como debía ser. Carlos se preguntaba qué importancia tenía ir de puntillas o no. Seguro que nadie lo había notado, como él.

—Es lo mismo que si en ese deporte que practicas tú, le das un golpe a alguien en el pecho en vez de en el hombro —le dijo Elena.

—Bueno, Elena. Nos encantaría que Carlos te invitara a visitar el museo —le comentó Federico.

—Ya lo he visto.

—Pero no has visto las bambalinas del museo, sus sótanos. Tenemos unas piezas muy interesantes.

—Restos de un naufragio con objetos muy inquietantes —intervino Marga—. A mí me dan un poco de miedo. No sé si es buena idea que vengan los chicos.

—¿Inquietantes? —preguntó Elena, interesada—. ¿Cuándo vamos?

—Podemos ir mañana por la tarde. Yo tengo entrenamiento hasta las seis.

—Y yo tengo ensayo hasta las siete.

—Podéis venir cuando terminéis los dos. No hay ningún problema —explicó Federico—. Creo que Carlos tiene algo interesante que enseñarte. Algo que hemos encontrado y que estamos seguros de que te va a gustar.

—Bueno, no estaría yo tan segura de eso —replicó Marga.

—¿De qué se trata?

—Ya te he dicho que tenemos objetos inquietantes.

—Si ya te lo conté, hay un retrato que se parece a ti —intervino Carlos—. Creo que mi padre tiene muchas ganas de que lo veas.

—La vida está llena de casualidades. Hay mucha gente que se parece a otra —dijo Elena, cuyo móvil empezó a sonar en ese momento—. Vaya. Creía que lo había desconectado al entrar. ¿Sí? ¿Sí? ¿Quién es? Vaya, qué raro. No hay nadie al otro lado. Y tampoco se ha guardado el número. Bueno, la verdad es que no había ni número ni nada. Qué raro.

—A lo mejor no es tan raro —dijo Marga, mientras se sentaba en una butaca.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Federico.

—Nada, no es nada. Solo un mareo leve. Como ayer en el museo. En ese momento, empezó a sonar su teléfono.

Esa noche, Marina salió a pasear por la cubierta cuando su madre y sus hermanas ya se habían acostado. Ramira se había quedado dormida enseguida, así que no se enteraron cuando la niña abrió la puerta del camarote. Tenía ganas de hacer algo prohibido. Algo que molestara tanto a su madre como a su esclava si se llegaban a

enterar. Aunque pensaba que era mejor que no se enteraran. Se había puesto una bata y un echarpe de lana. La noche estaba estrellada y no había apenas viento. Oyó voces junto al timonel y se escondió detrás de uno de los palos. Entre los hombres estaba el joven Iniesta, que llevaba una jarra de vino en la mano. Junto a él, dos marineros y uno de los oficiales. Apenas terminaban una frase, emitían sonoras carcajadas que llegaban hasta la chica como insultos a sus oídos. Se acercó levantándose la falda, para que el roce de la tela con el suelo no produjera ruido, y se sentó detrás de uno de los cañones. Desde allí observaba los movimientos de Marcelo. Sus manos, grandes, que se apoyaban en el timón. Su pelo rizado y negro le caía sobre los hombros, pues se había soltado la coleta que se hacía todas las mañanas. El timonel había abandonado su puesto para llenar su jarra, y los dos marineros estaban tan borrachos que sus ojos brillaban tanto que Marina se estremeció. Le recordaron a las dos estatuillas de Ramira. Este pensamiento la hizo pensar en ella, y rezó para que no se despertase y la echase de menos. De pronto oyó su nombre en los labios de uno de los marineros.

—Bonita la pequeña Marina.

—A mí me parece un pequeño diablillo —dijo el oficial—. Hay algo en ella que me inquieta. Cuando mira, parece que lee los pensamientos. Es rara. Pobre del que se case con ella.

—Pues a mí me parece preciosa —intervino Marcelo, cuyas mejillas enrojecieron al hablar. La noche tapó su color y nadie se dio cuenta.

—El chico se nos ha enamorado —se rio Pedro, el marinero de más edad—. No es para ti, jovencito. Seguro que su padre le tiene algún buen partido preparado. Alguien que no tenga sangre de esclavos como tú.

—¿Quién te ha dicho que tengo sangre de esclavos? —le preguntó sombrío Iniesta.

—El color de tu piel, muchacho. Alguien de tu familia era oscuro de piel. Eso no se puede esconder.

Marcelo Iniesta se quedó callado unos instantes. Él sabía algo de su origen, pero no quería compartirlo con nadie, y menos con aquellos compañeros circunstanciales con los que solo compartía travesía y barco, y a los que dejaría de ver cuando tocaran tierra. Había vivido hasta los dieciocho años con los que siempre creyó que eran sus padres. Poco antes de partir, la mujer había enfermado y en su lecho de muerte lo había llamado para confesarle un secreto terrible: Marcelo no era su hijo natural. Su madre era una esclava que había muerto durante el parto, y le habían entregado a ella el bebé para que lo cuidara. Ella y su marido no habían podido tener hijos y lo adoptaron y lo quisieron como suyo desde el primer momento. Recordó aquella conversación:

«—Decís que mi madre verdadera murió. Pero ¿y mi padre? Soy blanco, mis ojos son claros. Mi padre no era un esclavo.

—Tu padre era un caballero, un hacendado de origen español. Pero no sé nada

más de él. Perdóname por haberte engañado todos estos años. Para mí has sido nuestro hijo y no podía pensar en ti de otra manera. Pero ahora que mi fin se acerca, he creído que tenías derecho a saber que no soy tu verdadera madre. Tal vez así sufrirás menos mi ausencia».

La mujer murió y su marido la acompañó a los pocos meses. De manera que Marcelo se quedó sin saber más de su propia historia. Su vida había sido una mentira y quería alejarse de ella lo más posible. Por eso se había enrolado en el Buena Esperanza. Pero no quería hablar de ello con nadie. El recuerdo de aquellas palabras le hería como cuchillos en su corazón.

—Ah, la vida es complicada. —Acertó a decir el marinero más joven.

—Y peligrosa —añadió el oficial.

—Tal vez sea también peligroso querer saber demasiado —intervino Marcelo Iniesta—. Tal vez haya cosas que sea mejor no saber nunca. Que sea mejor que queden enterradas para siempre, sepultadas como si tuvieran todo un océano encima.

—Como el pobre capitán Monsalve —comentó el oficial—. Todavía no me hago a la idea de que haya desaparecido. Un hombre con tanta experiencia como él, batido por una ola en un barco como este. Me parece imposible.

—Yo creo que alguien nos ha echado mal de ojo —dijo Pedro, el marinero joven.

—¡Qué ocurrencia! ¡Cómo crees en esas supercherías! —exclamó Marcelo—. Eso son cosas de viejas.

—Precisamente, eso mismo creo yo. Que son cosas de viejas. Más concretamente —explicó Ramón, el viejo marinero— de esa vieja esclava de las damitas. ¿No os habéis fijado en su mirada? A mí me espanta cada vez que mis ojos se encuentran con los suyos. No le aguanto la mirada ni dos segundos, me parece que me va a maldecir en cualquier momento. Y no os habla un cobarde de tres al cuarto. He visto de todo en mis viajes y en todos los puertos a los que he arribado. He matado a muchos hombres y he sufrido el odio en muchas mujeres. Pero nunca había visto nada parecido a la mirada de esa vieja bruja.

—Cuida tus palabras, Ramón —le pidió Iniesta—. Aunque sea una esclava, forma parte de la familia del almirante. Está bajo su protección.

—Lo que te pasa a ti es que te sale la sangre esclava que corre por tus venas, Marcelo. Por eso la defiendes. Yo creo que deberíamos hacerla desaparecer. Si es una bruja, todo irá mejor sin ella. Seguro que ha tenido que ver algo con la muerte del capitán.

—¿Pero qué disparates estoy oyendo? —dijo el oficial—. Será mejor que nos vayamos todos a dormir. Los centinelas están todos en sus puestos, y nosotros no hacemos nada aquí.

—No vuelvas a decirme que tengo sangre de esclavos, o tú mismo verás como corre la tuya por la cubierta y como se diluye en el agua salada y atrae a los tiburones para acabar con tus despojos —dijo el joven, mientras agarraba a Ramón por la manga de la camisa.

—¿Me estás amenazando? ¿Aquí, delante de todos?

—Entiende mis palabras como te plazca. Pero ándate con cuidado.

Marina se quedó quieta en su escondite mientras vio cómo los cuatro hombres se marchaban. El corazón le iba muy deprisa. Había oído palabras terribles, de esas que su madre decía que no se debían decir jamás. Y había oído hablar de la muerte del capitán y de cómo sus hombres culpaban de ella a Ramira, que no tenía culpa de nada. Aunque, bien pensado, de ella era la estatuilla que había provocado la catástrofe. Se levantó y se acercó a la barandilla a que el viento del mar la despejara. Pensaba que ojalá el viento fuera capaz de arrancarle sus pensamientos y de arrastrarlos hasta el fondo del mar. Había luna llena y muchas estrellas, que teñían el agua con una leve luz plateada. El mar y el Santa Catalina, que navegaba por delante de ellos. Marina pensó en su padre. En que si estuviera a su lado, él mismo se habría encargado de hacer desaparecer todos los malos pensamientos que la dejaban sin dormir.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Elena salió del ensayo con dolor de pies, como casi todos los días. Seguía creciendo y sus pies apenas cabían en las zapatillas de punta, que le apretaban cada día más. Tenía que comprarse unas nuevas esa misma semana. Se duchó y se puso las deportivas con las que solía ir por la calle. Dio un suspiro de alivio al notar que no las notaba, que llevarlas era como no llevarlas. Esa era la sensación de cada tarde al terminar la clase de baile y volver a la realidad. Bailar era lo que más le gustaba en el mundo. En cuanto sonaba la música, se dejaba llevar y su cuerpo se convertía en un instrumento más de la música. Un instrumento que creaba música a través de dedos, brazos, caderas, piernas y pies. Y un cuello que se alargaba como las notas en el pentagrama. A veces pensaba que solo allí dentro, junto a la barra, ante el espejo, solo allí salía lo mejor de Elena. Allí expresaba con su cuerpo todo lo que percibía a través del oído. Era como si la música entrara dentro de ella, conmocionara todo su interior, y saliera por la piel convertida en movimiento. Qué diferente a aquellos movimientos secos y tajantes de las artes marciales que practicaba Carlos, pensaba mientras se secaba el pelo y se ponía brillo en los labios.

Cuando salió de la academia, Carlos la estaba esperando. También se había duchado ya después del entrenamiento. Y también pensaba en qué diferentes eran las actividades que practicaban. Se dieron dos besos y emprendieron el camino al museo.

—¿Te llevo la bolsa?

—No, gracias. Las bailarinas somos muy fuertes, aunque no lo

aparentemos –contestó la chica–. Por cierto, ¡qué amables son tus padres! Me caen muy bien. Debe de ser estupendo vivir con una pareja tan especial, ¿no? Tiene que ser alucinante eso de ser arqueólogos. Encontrar cosas tan antiguas, estudiarlas, descubrir tesoros escondidos durante siglos. Debe de ser la leche.

–Pues no sé qué decirte. Mi madre dice que no es tan alucinante como parece. Que no es como ser Indiana Jones, no se encuentran arcas de la alianza ni el santo grial todos los días, ¿sabes? –replicó Carlos–. Y lo de vivir con ellos..., pues tampoco. Están separados desde que yo era pequeño.

–¡Vaya, ya he metido la pata! –exclamó Elena con un gesto de fastidio–. Lo siento.

–No, si ya te digo que hace años. Lo raro es verlos juntos. Cuando mi padre viene a la ciudad, siempre está con nosotros, aunque no duerme en casa. Se queda en un hotel, aunque esta vez ha alquilado un apartamento porque se va a quedar más tiempo. Pero come y cena en casa muchas veces. Lo malo es que casi nunca está por aquí. Sobre todo hace arqueología marina, y aquí no hay mucho mar que digamos.

–Debe de ser terrible que tus padres se separen. Yo siempre he tenido pesadillas con esa posibilidad. Por el trabajo de mi padre, viajamos mucho. Yo sé que sería mejor para mí que mi madre y yo nos quedáramos en un sitio. Así habría ido siempre al mismo colegio y tendría amigos de los de «toda la vida». Yo creo que mis padres prefieren que yo vaya de acá para allá porque así protegen su matrimonio. Si mi padre viajara solo todo el tiempo, y mamá y yo nos hubiéramos quedado en la misma ciudad, seguro que habrían acabado separándose. Así que por eso vamos de titiriteros, un año aquí, otro sabe Dios dónde.

–Se acostumbra uno a todo en la vida. Eso dice mi madre. Tú te has acostumbrado a vivir en diferentes lugares. Yo me he acostumbrado a que mis padres no estén juntos. Quizás fuera mejor que hubiéramos acompañado a mi padre allí donde hay un hallazgo, así estaríamos juntos. Pero en ese caso, mi madre no habría podido trabajar, y yo no podría haber entrenado todos estos años.

–Y tampoco tendrías amigos, como me pasa a mí –dijo Elena con una sonrisa sombría.

–Yo soy tu amigo, ¿o no? –preguntó Carlos, que deseaba sentir que era alguien especial para Elena.

–Sí, claro. Un poco –reconoció la muchacha–. Acabamos de conocernos.

–No has aceptado mi amistad en Facebook –le reprochó él.

–No me gustan esas cosas. Una vez me acosó alguien durante meses. Estuve una temporada en la que me daba miedo salir a la calle. Le cogí fobia al ordenador, al correo, a los teléfonos,

a todo lo que hacía que esa persona se pudiera meter en mi vida. Fue horrible.

—Pero ya se pasó, ¿no?

—Sí. Un día desapareció. Justo cuando cambiamos de ciudad. Y ya nunca volvió.

—¿Lo conocías?

—No lo sé. Eso es lo malo. Que nunca supe si era alguien conocido con una identidad falsa, o si era un desconocido. En cualquier caso era un cerdo —afirmó tajante Elena.

—Mira, ya hemos llegado al museo.

Habían dejado la plaza en la que jugaban los niños, las abuelas hablaban en los bancos, y en la que otro hombre como el de las corbatas de colores miraba el reloj. Carlos se sonrió cuando se dio cuenta de que en todas las plazas de la ciudad había gente que hacía cosas muy parecidas. Al menos, aparentemente. Entraron y bajaron directamente al sótano. Allí estaban Marga y Federico enfrascados en la tarea de limpiar un trozo de madera de las algas y de los crustáceos con los que había convivido durante siglos.

—Ya estáis aquí. Qué puntuales. Aquí abajo se pasa el tiempo muy deprisa —dijo Federico, sin dejar su trabajo.

—Hay un olor muy raro —dijo Elena, que era muy sensible a ciertos olores, y que empezó a estornudar.

—Es una mezcla de los productos que utilizamos, del polvo de algunos trastos que hay por aquí, y del tiempo —explicó Marga—. A mí me pasa lo mismo. Estornudo decenas de veces al día. Siempre acabo con agujetas en el estómago.

—Vaya, no sabía que el tiempo olía. —Se asombró la chica.

—El tiempo es una de las cosas que más huelen. Los años dejan su pátina no solo en el color sino también en el olor —continuó la arqueóloga.

—¿Dónde está el broche, mamá? Ya verás, te vas a quedar de piedra.

—Espero que no me fosilice, como este madero de aquí.

Elena se acercó a una estatuilla que estaba de pie sobre una de las mesas. A primera vista, no parecía sino un viejo trozo de leña petrificado.

—No la toques. No te acerques a ella. —La voz de Marga temblaba al pronunciar esas palabras.

—¿Por qué? —preguntó Carlos—. ¿Qué es eso? Uff, tiene dientes. Qué asco.

—Será mejor que no os acerquéis. Es una figurilla ritual africana. Tiene poderes —dijo Marga.

—Al menos eso creían quienes la fabricaron y quienes celebraron ceremonias delante de ella —explicó su marido—. Bueno, habéis venido para ver el broche, si no me equivoco.

Elena se quedó mirando aquella estatua que parecía observarla

con sus minúsculos ojos de cristal. Le dio un escalofrío. Era espantosa. De pronto, sonó su móvil. Lo miró, no había ningún número en la pantalla, pero seguía sonando. Contestó. Tampoco había nadie al otro lado. Se acordó del tipo que la acosaba. Volvió a mirar la figurilla y el teléfono dejó de sonar.

—No era nadie. Como ayer. Bueno —dijo suspirando—. ¿Dónde está el broche con el retrato de mi supuesta antepasada?

—Aquí. —Federico lo sacó de la caja de música.

Se lo puso en las manos a Elena, que lo miró con atención. Sí, los ojos, los labios, la forma de la nariz, incluso el corte de su rostro. Era igual que la imagen que veía cada día en el espejo. ¿Cómo era posible?

—¿Quién es? Es igual que yo. —Acertó a decir, sorprendida, y en medio de un escalofrío. Sentía algo parecido al vértigo que tendría en lo alto de un trapecio sin red a sus pies.

—No sabemos. No lo hemos analizado minuciosamente todavía.

Elena se lo acercó más aún a sus ojos como para escudriñar las diferencias entre ella y la joven del retrato. Estaba montado en un broche de oro y piedras. Le dio la vuelta y leyó la inscripción: *ARDEMG, 1847*. Lo apretó tanto con sus dedos que una de las protuberancias se hundió levemente, y el retrato se desprendió.

—Vaya, lo he roto. Lo siento.

—No lo has roto. No pasa nada —la tranquilizó Marga.

Elena miró la parte de atrás. Había unas letras grabadas.

—Aquí hay algo —dijo.

—Déjame ver —pidió Federico—. Dos letras enlazadas.

—¿Qué letras son, papá?

—Una «M» y una «M».

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió una voz detrás de Marina.

—Miro las estrellas.

—Hace frío. Y es tarde para una niña como tú. Deberías estar en la cama.

Marcelo Iniesta se quitó la chaqueta para ponerla sobre los hombros de Marina, que la rechazó con un movimiento brusco.

—No te acerques. Me sé cuidar sola.

—No lo dudo. Pero ponte la chaqueta. Hace frío en cubierta. Las noches en el mar no son como las noches de los trópicos. ¿Te gustan las estrellas?

—Sí. Y el mar también —dijo ella, mirando fijamente a los ojos del joven—. Ya lo sabes.

—Nos has estado escuchando, ¿verdad? —le preguntó él.

—Sí —respondió la chica, lacónica.

—Tú no crees las palabras de Ramón, ¿verdad? Tú no crees que tu vieja esclava sea una bruja.

Marina se quedó callada. Por supuesto ella sabía que Ramira hacía brujería con sus figurillas y con las caracolas. Pero no iba a contárselo a nadie.

—Eres tan tonto como para creer supersticiones pueblerinas. Si mi madre te oyera, te mandaría azotar. Ramira cuida de mí desde que nací.

—Yo no creo nada. Pero es verdad que me mira de una manera muy extraña. Cada vez que me ve, me observa tan fijamente que parece que lee hasta los pensamientos que nunca me he atrevido a tener.

—¿Y qué pensamientos son esos, si puede saberse?

—Que eres una chica preciosa, por ejemplo...

Marina se sintió halagada con el comentario del joven, pero sabía que una damita de su clase y de su educación no podía mostrarse contenta, sino ofendida ante un requiebro masculino de ese tipo. Así es que no supo que decir. Y no dijo nada. Se apoyó en la barandilla, entre dos cañones, y respiró profundamente el aire salado que los rodeaba. La luna se había escondido detrás de una nube muy oscura que había levantado viento. Quedaban algunas estrellas que salpicaban el cielo, pero la mayoría también se habían tapado con nubes. Las olas empezaban a batir con más fuerza en el casco, y el intervalo entre una y otra se había hecho más corto. Marina se dio cuenta de que algo estaba cambiando en el océano. Había dejado de verse la estela del Santa Catalina.

—Ha vuelto el viento. Buena noticia para la navegación —dijo Marcelo.

—Hace un momento estaba despejado y tranquilo. Y de pronto...

—Ha ocurrido lo mismo que el día en el que desapareció el capitán —comentó el muchacho—. Será mejor que entremos.

—No fue culpa mía —musitó Marina—. No fue culpa mía.

—Por supuesto que no lo fue. ¡Qué ocurrencia!

—¿De verdad tienes sangre de esclavos? —le preguntó la chica, sin saber que no estaba cambiando de tema tanto como ella pensaba.

El rostro de Marcelo se ensombreció. El viento movió la chaqueta de los hombros de Marina, y él se la volvió a colocar, sin separar sus manos de los brazos de ella. Había empezado a llover, pero ninguno de los dos se daba cuenta.

—No estoy seguro. Me crié con los que siempre pensé que eran mis padres. Pero mi madre, poco antes de su muerte, me contó que no lo era. Que era hijo de una esclava que había muerto al darme la vida. Mi padre era blanco, de ahí mis ojos claros. No sé quién fue. Y tampoco sé dónde está enterrada aquella mujer. Así que nunca he podido llevarle unas flores. Y tampoco he podido ver jamás su rostro, así que no puedo recordarla, ni siquiera imaginarla por las noches. Ya ves, Marina, no todos hemos tenido la misma suerte que tú, que siempre has vivido con tus verdaderos padres.

—¿Por eso te gusta dibujar caras? ¿Para recordar a las personas que conoces?

—Si esa fuera la razón, no necesitaría dibujarte. Nunca podría olvidarte —le dijo, apretando sus brazos con sus manos fuertes.

—¿Entonces? —le preguntó sin desasirse.

—Es como si al dibujar tus rasgos, los acariciara. Como si el lápiz fuera la continuación de mis dedos y te pudiera tocar los ojos, las mejillas, la boca.

Al decir esto, acercó su cara a la de Marina. Ella se quedó quieta. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Empezaba a llover con más fuerza.

—Será mejor que entremos. Te vas a empapar —sugirió Marcelo.

—Sí, será mejor.

Cuando entraron, Marina le devolvió la chaqueta mojada al joven Iniesta.

—Gracias —le dijo, y se marchó corriendo por el pasillo que la llevaba hasta su camarote.

Marcelo se dio la vuelta para ir a su puesto. Junto a la puerta de salida a cubierta estaba Ramira, que lo miraba sin decir palabra. El muchacho pasó a su lado. Sus miradas se encontraron silenciosas en algún recóndito lugar del universo. Por la cara de Ramira se deslizaban dos lágrimas que recorrían su camino sin juntarse. Aquella era la primera vez que era capaz de llorar. Le dio un escalofrío al darse cuenta de lo que estaba experimentando. Había oído la conversación de Marina con aquel chico, que tenía la sangre de una esclava y los ojos de un hombre blanco.

—Una «M» y una «M». ¡Qué casualidad! El nombre y el apellido empezaban por la misma letra —exclamó Elena.

—O tal vez eran los nombres de dos enamorados —dijo Carlos.

—A lo mejor mi antepasada tenía un admirador secreto que le pintaba retratos.

—¿Sabes —le preguntó Federico— si alguno de tus antepasados era marino?

—No lo sé. Preguntaré a mis padres. A lo mejor ellos saben algo de sus ancestros. Aunque lo dudo, somos una familia muy viajera, parece que no hemos dejado muchas raíces en ningún sitio.

—Más a mi favor por tanto. Los marinos van y vienen. Quizás tengáis que ver con este naufragio —sugirió Federico con una gran sonrisa.

—¿Y cómo se llamaba el barco del que vienen todos estos objetos?

—No lo sabemos con certeza. Varios galeones españoles se hundieron en la zona. Eran años de incursiones piratas. Pero lo más raro de todo es que este broche ha aparecido en una caja de música.

—¿Y qué tiene de raro eso? —inquirió la chica.

—Que no había cajas de música en la época en que se hundió el galeón —intervino Marga.

Todos se miraron sin decir ni una palabra. Elena continuó mirando el retrato como si se mirara en un espejo. Carlos notó

que le dolía la herida de la rodilla. Federico volvió a limpiar el trozo de madera. Y Marga se giró a ver la estatuilla. Se acercó a ella y la cogió.

—Estoy harta de ver este trasto aquí. Me inquieta demasiado. Y a Elena tampoco le ha gustado mucho. Lo voy a meter en el armario.

En ese momento, el móvil de Elena volvió a sonar. Ningún número escrito en la pantalla. Ninguna voz al otro lado.

—¡Qué raro! ¡Otra vez igual! —exclamó Elena, que ya no sabía qué pensar.

No creía que fuera el tipo que la había acosado en el pasado. Al menos, no quería ni pensar en esa posibilidad. Lo había pasado tan mal aquella vez que solo imaginar que podía repetirse la experiencia la aterraba. No. No podía ser. No tenía ningún sentido.

—Últimamente, me ha ocurrido también a mí. Y a Carlos, ¿no? —recordó Marga.

—Sí, un par de veces.

—Al único que no le ha pasado ha sido a mí. ¿Y sabéis por qué? Porque apenas uso esos chismes endemoniados que sirven para tenernos localizados en todo momento. Ponga un teléfono móvil en su vida y se acabó para siempre su privacidad —dijo muy satisfecho Federico.

—¡Endemoniados! ¿Has dicho «endemoniados»? —preguntó Marga.

—Sí, eso he dicho.

—Tal vez esa sea la clave. Dijiste que esta figurilla tenía poderes sagrados y se utilizaba en rituales de iniciación por parte de hechiceros africanos. ¿Y si fuera la causante de estas llamadas inexplicables que estamos teniendo los tres? —reflexionó Marga.

—¡Pero qué disparate! Que ellos creyeran que tenían poderes mágicos no quiere decir que los tuvieran, o que los tengan de verdad. Son supersticiones de sociedades secretas. ¡No me vengas con que te crees esas tonterías, Marga, por Dios, que has estudiado en la universidad! Y además sacabas buenas notas.

—Escúchame un momento. —Elena y Carlos asistían en silencio al diálogo de los adultos—. Desde que apareció este chisme han pasado al menos dos cosas que no habían ocurrido hasta entonces: las llamadas misteriosas y mis mareos; por no mencionar el asunto de las manos que se me tiñeron de verde. Me acabo de hacer análisis de sangre y estoy estupendamente, así que no están motivados por mi salud.

—¿Y qué hacía una estatuilla como esta en un barco español de hace más de doscientos años? —preguntó Elena.

—Más o menos lo mismo que una caja de música alemana al menos cincuenta años más moderna que el resto de lo que hemos hallado, incluido tu broche y los restos del mascarón de proa.

Aunque en el caso de la figura hay una explicación más fácil: probablemente viajaba alguna familia noble que tenía esclavos. Los esclavos eran de origen africano y llevaron a América sus creencias religiosas y sus ceremonias sagradas. Probablemente este trasto, como lo llama Marga, viajó de algún lugar de África a América, y muchos años después, viajaba de América a España. Pero nunca llegó a puerto.

—Ahora sí ha llegado. Pero a lo mejor no le gusta estar donde está. A lo mejor prefería estar en el fondo del mar —sugirió Marga.

—Si la estatuilla tuviera capacidad de pensar, tal vez tuviera razón: estas figuras se hacían por parejas. Casi siempre había dos, como los gemelos. De ellos creían que tenían atribuciones especiales, y su representación debía de poseer dobles poderes. Si de verdad fuera así, nuestra amiga estaría enfadada por haber sido separada de su hermana gemela. Y por eso quiere llamar nuestra atención —explicó Federico con una sonrisa irónica.

—¿Y dónde está la otra? —preguntó Carlos.

—¡Quién sabe! Tal vez la madera se haya podrido en el mar, se haya confundido con un tronco, esté enterrada en el fondo. O las corrientes la hayan llevado a muchas millas de distancia. Si no la encontramos en su momento, probablemente no la encontraremos jamás. Lo de las llamadas..., será que hay problema de la conexión, interferencias de las ondas, qué sé yo.

—A lo mejor tiene tanta energía la estatuilla que interfiere a las ondas que hay por aquí —explicó Carlos.

—Y a lo mejor fue la causante del naufragio del galeón. Igual se enfadó con la tripulación y decidió hundir el barco, puestos a imaginar... —ironizó Federico—. Mejor lo dejamos por hoy. ¿Os apetece una *pizza*?

—No puedo comer *pizza*, y menos por la noche —contestó Elena.

—¿Y eso por qué? —le preguntó el arqueólogo.

—Soy bailarina. Comida sana. Nada de comida basura.

De pronto, se dio cuenta de que su comentario había sido poco delicado con quien le estaba invitando a cenar.

—Bueno, no quiero decir que una *pizza* sea comida basura. Lo que quiero decir es que... yo no como esas cosas por la noche.

—Creo que nos ha quedado muy claro, Elena —intervino Marga—. Cenaremos otra cosa, no te preocupes.

Salieron del museo y dejaron todos los objetos sobre las mesas, salvo el fetiche africano, que Marga introdujo en un armario que cerró con llave. Aquella noche no se mareó nadie, ni sonó ningún teléfono móvil salvo el suyo, cuando la llamó su padre para invitarlos a comer al día siguiente y presentarles por fin a Paquita.

El día siguiente transcurrió sin sobresaltos. Doña Ofelia se restableció completamente. Isabel y Beatriz se pasaron la jornada bordando enaguas para sus respectivos ajuares. Y Marina estuvo leyendo varias horas. Su padre le había regalado un ejemplar de aquella *Divina Comedia* de Dante, que a él tanto le fascinaba. Marina era la única de sus hijas que había heredado su gusto por la lectura. Las dos mayores preferían las actividades que siempre se habían considerado femeninas, bordar, tocar instrumentos musicales, pintar acuarelas. Marina prefería leer. Descifrar aquellos signos negros escritos en páginas blancas, y convertirlos en imágenes en su cerebro. A Marina le gustaba fantasear con lo que sería su vida en el futuro. Siempre había deseado ser capitán de barco porque imaginaba la vida en el mar como un cúmulo de aventuras, y como un espacio en el que podía sentirse completamente libre de corpiños, pesadas faldas y pelucas empolvadas. Pero la experiencia de la muerte de Monsalve la había hecho recapacitar también en ese sentido. No solo se sentía culpable de su desaparición, sino que se había dado cuenta de que una cosa era la imaginación que cada uno se forma de las cosas, y otra muy distinta la realidad. No eran lo mismo las palabras que leía convertidas en imágenes en su cerebro, que las olas de verdad capaces de batir al más fuerte de los hombres. Tal vez era mejor leer las aventuras y vivirlas en la fantasía, que vivirlas en la realidad. Y la realidad de una nave que surcaba el océano distaba mucho de la idealización que había creado Marina a través de los libros que había leído sobre el tema. Se había dado cuenta de que lo que estaba experimentando se parecía más al círculo infernal que visita el viajero Dante en el libro que estaba leyendo. Un mundo de dolor y de destrucción. Un mundo que, si tuviera que dibujarlo, lo colorearía en gris.

En estos pensamientos estaba cuando se acordó del dibujo que le había hecho Marcelo. Lo sacó de la faltriquera, lo desdobló y lo contempló. Realmente se parecía a ella como la imagen que veía en el espejo cada día. Sus hermanas la miraban y hablaban entre ellas, sin que Marina entendiera sus palabras. Y tampoco le interesaban. Nunca le habían interesado las conversaciones de Isabel y Beatriz, que siempre la habían dejado fuera de sus juegos y de sus cuchicheos. Ella era la pequeña y así la seguían considerando, indigna de sus comentarios. Guardó el dibujo entre las páginas del libro y siguió leyendo. Llegó hasta donde Dante se encuentra con Ulises, el eterno viajero. Leyó las palabras del rey de Ítaca cuando dice que: [...] *ni la dulzura del hijo, ni la piedad por el viejo padre, ni el amor que debía hacer feliz a Penélope, pudieron vencer dentro de mí al ardor que tenía de convertirme en experto en el mundo, en los vicios humanos y en el valor. Así que me puse por bandera el mar abierto, solo con un barco y con la sola compañía de aquellos pocos que jamás me abandonaron.* Esos versos los había leído una y otra vez. Primero con su padre y luego sola. Así había hecho su padre muchas veces: olvidarse de la dulzura de sus hijas para adentrarse en el mar océano. Y así había pensado hacer ella algún día. Lo había pensado cuando estaba en el continente, y en el barco antes de la catástrofe. Ahora solo tenía un deseo: volver a ver tierra. Y a pisarla.

Ramira entró en la estancia en ese momento. Llevaba un cesto lleno de ropa que acababa de lavar en las cocinas.

—Hacía días que no te veía con un libro en la mano, pequeña. Haces bien, te ayudará a pasar los días que nos quedan en este trasto.

—No es un trasto. Es la mejor nave de la flota española. No lo olvides.

—Los hombres y las mujeres no estamos hechos para ir sobre el mar. Si Dios lo hubiera dispuesto así nos habría dado agallas.

—¿De qué Dios hablas, Ramira, del mío o de alguno de los tuyos? —le preguntó cerrando de golpe el libro.

—Mi Dios es el mismo que el tuyo, Marina. No se te olvide —le dijo enérgica pero en voz baja, para que no la oyeran las demás damas.

Ramira había asistido a la conversación entre Marina y Marcelo la noche anterior. No sabía cómo sacar el tema para averiguar qué sabía la chica sobre aquel joven.

—Anoche no me podía dormir. Recé durante horas, pero no me dormía. Me parecía percibir ruidos por todos los lados —le comentó, mientras dejaba el cesto en el suelo.

—Serían las almas de tus dioses de madera, que saldrían a pasear por la cubierta. Había luna, ¿no? A lo mejor les gusta la luna —ironizó Marina.

—No bromees sobre mis estatuas. Son muy poderosas, ya lo sabes. Su poder se podría volver contra ti si no crees en ellas. ¿No oíste nada anoche, Marina?

—Creo que me dormí enseguida —mintió la chica.

—Me tuve que levantar un rato. Salí a cubierta. Se levantó viento de repente —comentó Ramira, que observó un cambio en el semblante de su joven ama.

—¿Ah, sí? No debes salir de noche. El aire del mar es muy traicionero. Madre siempre lo dice.

—Me pareció ver sombras en el pasillo. Dos sombras, una menuda, de una niña. —Marina dio un respingo al escuchar las palabras de Ramira—. Y la otra de un hombre. Un hombre joven, alto, fuerte.

Marina se levantó de golpe y el libro que tenía en su regazo cayó al suelo. La hoja con el dibujo se deslizó y Ramira la recogió.

—¿Qué es esto? Ah, ya, el dibujo de ese muchacho. Te ha sacado muy guapa. Casi tanto como lo eres en realidad.

—Dámelo. Es mío —ordenó la muchacha—. Dámelo o le cuento a mi madre lo de tus estatuillas para que te denuncie ante la Inquisición.

—Me río yo de vuestra Inquisición. No vas a contar nada. O le diré yo a tu madre lo que vi anoche.

—¿Anoche? ¿Qué viste? —le preguntó Marina mientras se agachaba a recoger su libro.

—Vi que hablabas con ese chico, y que vuestros cuerpos estaban muy cerca.

—¿Acaso saliste para espiarme?

—Me levanté y vi que no estabas en tu cama. Te busqué por todo el barco,

preocupada. Te vi hablar con él. Escuché vuestra conversación —reconoció Ramira.

—¿Y?

—Te oí decirle que tenía sangre de esclavos. ¿Qué sabes de él? ¿Qué te ha contado?

Marina le dijo lo poco que sabía sobre Marcelo Iniesta.

—No es un caso aislado el de ese muchacho. A muchas esclavas les quitaban los hijos que habían tenido con sus señores. Así escondían la vergüenza de que un caballero hubiera forzado a una joven esclava en la misma casa en la que vivía con su mujer. Y así evitaban tener que alimentar una boca más. Les quitaban a los niños antes de que empezaran a amamantarlos. Así perdían enseguida la leche y podían trabajar duro poco después de parir. —Le narró en voz muy baja Ramira.

—Parece que te sabes muy bien esa historia. ¿Acaso te pasó algo así a ti? —le preguntó Marina, con sus ojos clavados en los de la mujer.

—Hace ya muchos años de eso. Antes de empezar a trabajar para tu familia. Sí. Me pasó. Más de una vez —reconoció sin que su voz mostrara la tristeza que habitaba su corazón.

—Marcelo es un poco mayor que mis hermanas. Bien pudiera ser tu hijo. —Lanzó Marina estas palabras afiladas como puñales en el corazón de Ramira.

—Bien pudiera serlo. Tú lo has dicho.

Y Ramira recogió su cesto y entró en el cuarto en el que tendía la ropa. Marina la siguió con la mirada con un ligero temblor en los ojos. No sabía qué pensar de aquella mujer que la había criado pero que guardaba secretos que nunca habría imaginado. Se estremeció al pensar que el joven Iniesta podía ser el hijo de su esclava. Y pensó en lo extraña que puede ser la vida, que es capaz de juntar en un barco en medio del mar a dos personas que tal vez fueron separadas por la fuerza hacía años. Pensó en lo fuerte que puede ser el poder de la sangre, que junta a una madre y a un hijo que jamás debieron haber sido separados. «La dulzura del hijo...», recordó las palabras de Ulises en *La divina comedia* que estaba leyendo. Se sentó de nuevo con el libro entre las manos y continuó la lectura. Intentaba olvidar mediante las palabras ajenas todos aquellos pensamientos que golpeaban su cerebro como las olas en el casco de la Buena Esperanza.

Elena tuvo problemas para conciliar el sueño aquella noche. Cerraba los ojos y veía la figura de madera, con sus dientes humanos que le daban un aspecto terrorífico. Federico les había contado que estatuillas como esa participaban en horribles rituales en los que se sacrificaban animales y seres humanos. Que un broche con un retrato que se parecía tanto a ella hubiera aparecido tan cerca de aquel objeto, la inquietaba y la disgustaba a partes iguales. Por supuesto, ella no creía en ese tipo de supersticiones, pero ¿y si resultaba cierto aquel

refrán que decía que «cuando el río suena, agua lleva»? Estaba dando vueltas entre las sábanas cuando oyó que se abría la puerta. Sus padres regresaban de la función de esa noche en el teatro. Por alguna razón se habían retrasado más de lo habitual. Se levantó y los encontró en la cocina. Su madre calentaba un vaso de leche en el microondas. Su padre se estaba preparando un café.

—Nunca entenderé cómo puedes beberte eso antes de dormir —le dijo después de darle un beso en la mejilla.

—No es el café lo que puede quitarme el sueño. Hay cosas peores.

—¿Ha pasado algo, papá?

—Milena se ha lesionado al terminar su actuación. Ha caído mal. Ha aguantado hasta los saludos, pero se ha empezado a hinchar su tobillo y la hemos llevado a urgencias. Tiene un esguince. Reposo absoluto dos semanas y luego rehabilitación. Dos meses al menos sin actuar.

—¿Y entonces?

—Hay que buscar una sustituta. Nadie se sabe su papel entero. La próxima función va a ser un desastre.

—Yo me lo sé —dijo Elena.

—¿Tú?

—Sí. Enterito. No soy tan buena como las demás, pero un día, antes de que se lo aprenda otra, lo puedo bailar yo. Si te parece bien. Y a los demás también.

—Alguien puede pensar que bailas tú porque eres mi hija. No quiero eso.

—Haz una prueba mañana. O pide voluntarias. Si hay alguien que se lo sabe, que lo haga. Si no..., dame la oportunidad, papá, por favor.

—¿Y las clases? ¿No tendrás ningún examen mañana?

—No, ni mañana ni en toda la semana. Carlos me dejará sus apuntes de lo que den los profesores. No hay ningún problema.

—Podemos probar.

—¡Bien! —exclamó Elena, tan contenta que casi olvidó su visita al museo.

—¿Qué tal ha ido con los arqueólogos? —le preguntó su madre.

—Bien. Son gente muy interesante. Están investigando restos de un naufragio. Han encontrado una estatuilla africana horrible, tanto que da miedo mirarla y acordarse de ella. Y otra cosa bastante peculiar —explicó.

—¿De qué se trata? —inquirió su padre, mientras ponía otra cápsula para hacerse otro café, ante la mirada reprobatoria de su mujer.

—Un broche con el retrato de una damita.

—¿Y qué tiene de especial? —preguntó Álvaro Guzmán, el famoso coreógrafo.

—Que la chica del cuadro se parece mucho a mí. Muchísimo. Ha sido una sensación rarísima. Era como mirarme en un espejo, pero con una peluca de esas blancas, como la de María Antonieta, más o menos. Me ha preguntado el padre de Carlos si tenemos algún antepasado que fuera marino allá por finales del siglo XVIII, o principios del XIX.

El padre de Elena se quedó callado y miró a su esposa antes de empezar a hablar. La vida itinerante que llevaban desde antes de que naciera su hija había motivado que crearan un muro entre ellos y el resto del mundo, incluido el pasado familiar de cada uno. De tal manera que Elena apenas sabía nada de sus abuelos. Sabía que los padres de su madre eran oriundos de Alcalá de Henares, en Madrid, y ya habían muerto cuando nació ella; y que su padre venía de una vieja familia mallorquina, y que nunca hablaba de ellos. El porqué no lo sabía. Tal vez había llegado el momento de averiguar qué había detrás de algunos de los silencios de aquel hombre de pelo cano, y mirada cansada, capaz de crear movimientos y formas con los cuerpos de sus bailarines al son de viejas músicas. Se levantó y entró en su habitación. Abrió un cajón y sacó un paquete. Volvió a la cocina, y lo dejó encima de la mesa.

—Tengo pocas cosas de mi familia. Me marché de casa siendo muy joven. Mi padre nunca aceptó que me dedicara al *ballet*. Decía que no era cosa de hombres. Así lo dijo. Y también dijo que su familia había sido una familia en la que los hombres eran muy hombres, y que yo no tenía cabida en ella si iba por ese camino. Por eso nunca he vuelto a su casa. Y tampoco te he llevado a conocer a tus abuelos. Sé que he hecho mal al privarte del calor que podían haberte dado. Pero en la vida no todas las cosas tienen una explicación sencilla. De hecho, casi nada que se relacione con las familias la tiene. Esta, desde luego no. Hace exactamente una semana recibí este paquete.

—Es una caja de correos. Y no la has abierto —observó su mujer, que era la primera vez que la veía.

—Sí. La remite mi madre. Eso quiere decir que mi padre no está. Ella nunca se habría atrevido a hacer nada sin su consentimiento. Mi padre está muerto.

—¡Santo Dios! ¡Y no nos has dicho nada! —exclamó Concha, la madre de Elena.

—No. Recibí una llamada pocos días después del paquete. Una llamada que confirmaba mis sospechas.

—¿Y por qué no lo has abierto? Papá, no entiendo nada.

—Sé lo que hay aquí dentro.

—¿Y qué tiene que ver con mi pregunta sobre si alguno de nuestros antepasados había sido marino?

—Aquí dentro hay una caja de música con un reloj dentro.

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntó su mujer.

—Mi madre sabe que esto es lo único que quería de la herencia de mi familia. Una caja de música que era de la abuela de mi padre. La recuerdo ya muy anciana. Vivió más de cien años. Cuando íbamos a visitarla, me gustaba abrirla y escuchar aquella melodía que salía de ella como por arte de magia. No tiene bailarina, pero siempre la imaginé deslizándose sobre un espejo que tampoco estaba. Creo que la primera vez que vi la caja y escuché su música, decidí convertirme en bailarín. En fin... El caso es que en ella guardaba el reloj de plata de su abuelo. Un reloj que sobrevivió a muchos viajes. Y tal vez a algún que otro naufragio.

—¿Podemos verlo de una puñetera vez? —preguntó Concha.

Álvaro abrió la caja blanca, verde y amarilla de correos. Extrajo algo envuelto en papel de burbujas y en papel de seda. Efectivamente, era una caja de música. A Elena le dio un escalofrío. Aquella caja de música era idéntica a la que había visto en el museo. Mejor conservada porque no había pasado años debajo del mar, pero idéntica. Su padre la abrió, y de ella se desprendió una melodía que a Álvaro le hizo palidecer, y lo llevó a recuerdos infantiles en un patio lleno de naranjos y palmeras. Dentro había un reloj de plata.

—Lleva unas iniciales grabadas —observó Elena—. Una «E» y una «G».

—Enrique de Guzmán. Almirante de la Corona Española. Nuestro antepasado más ilustre. Marino.

Antes de acostarse, Ramira fue al cuarto de la ropa a recoger lo que ya debería estar seco. Las camisas tendidas seguían ligeramente húmedas y decidió dejarlas donde estaban, así que regresó con el cesto vacío. En el pasillo se topó con el joven Iniesta, que tenía turno de vigía en el mástil. Al muchacho se le heló la sangre cuando la vio. Llevaba todo el día temiendo ese instante. Había visto a la mujer la noche anterior, cuando lo sorprendió despidiéndose de Marina, y no quería darle explicaciones. Al fin y al cabo ella no era nada más que una esclava.

—Buenas noches —le dijo al pasar a su lado, pensando que con esa frase cortés bastaría para salir del trance del encuentro.

—No vuelvas a verte con la niña como lo hiciste ayer —le advirtió Ramira.

—No recibo órdenes de esclavas —contestó él.

—Oí vuestra conversación. Me parece que deberías ser tan esclavo como yo.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó Marcelo, indignado.

—Sé que eres hijo de esclava y de un hombre libre. Un bastardo. No te avergüences de ello. Lo más probable es que a tu madre la forzara un mal nacido, y que te arrancaran de su lado. Seguramente, ella sufrió mucho cuando te perdió. Más de lo que nunca podrías imaginar. A veces pienso que la vida está hecha de dolor —

dijo la mujer, mientras dejaba su cesto en el suelo, y sujetaba del brazo derecho al joven, que la miraba sorprendido—. Tienes los ojos limpios. De un azul como el mar con el sol de mediodía. También él los tenía así. Pero no era limpio. Su corazón era un pozo oscuro, sucio, asqueroso.

—¿Quién es él? ¿A quién te refieres? —Marcelo no entendía las palabras de la mujer.

—Nadie. Él no era nadie. Al menos no para mí. Pero me hizo sufrir mucho. Y tú tienes sus ojos —musitó Ramira para sí—. En fin, chico. No me hagas caso. No hagas caso de los recuerdos de una vieja. Pero sí de sus advertencias. No te vuelvas a encontrar a solas con mi niña, o lo pagarás caro.

—No temo tus amenazas.

—Pues deberías hacerlo, Marcelo. Deberías hacerlo.

El muchacho se desasí de la mano de la esclava y emprendió la marcha hasta su puesto.

—Por cierto —le gritó Ramira, cuando ya estaba junto a la puerta de cubierta—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veintidós años —contestó.

—Veintidós años —repitió ella—. ¿Y dónde naciste?

—¿Le importa mucho?

—No. O sí. No lo sé. En la vida no todas las cosas se pueden resumir en un sí o en un no.

—Nací en una hacienda cerca de San Juan. Al menos eso me dijeron.

Marcelo Iniesta dejó sola a Ramira con sus recuerdos. Cogió el cesto vacío del suelo y se encaminó al camarote, murmurando.

—Una hacienda cerca de San Juan. Hace veintidós años. Una hacienda llamada del «Perpetuo Socorro»...

Cuando Ramira llegó a la habitación, temblaba cada centímetro de su carne. Las damitas estaban ya dormidas. Al menos eso parecía. Isabel y Beatriz lo estaban sin ninguna duda. Dormían sin ningún problema. Aquellas niñas parecían no tener ningún problema y nada les quitaba el sueño. Tenían dos almas cándidas y simples. Decían «sí» si tenían que decir «sí», y «no» si tenían que decir «no». Para ellas todo era blanco o negro, y el gris solo existía en las perlas que lucían en el cuello de doña Ofelia. En cambio, Marina... Marina era difícil desde chiquitita. Ya de recién nacida no quería mamar del pecho izquierdo de su madre, y había que engañarla sujetándola para hacerle creer que succionaba del derecho. Se rebelaba por cualquier cosa. Comía poco y mal. Se pasaba horas mirando las estrellas con su padre, que le enseñaba las constelaciones que le ayudaban a navegar. Y horas hablando. Y horas leyendo. Y horas caminando.

Subió a su habitáculo y sacó las estatuillas como cada noche. También sacó la bolsita en la que guardaba sus caracolas. Miró hacia abajo para comprobar que nadie vigilaba sus actos y empezó sus oraciones misteriosas. Temía volver a echar las

caracolas, pero sentía que debía hacerlo. Las imágenes le decían una y otra vez que debía hacer un sacrificio para calmar a las divinidades del mar. Si quería que la nave llegara a tierra firme, tendría que obedecer los deseos de los antepasados que, según sus viejas creencias, habitaban la madera de los fetiches. Cogió las caracolas y las puso en sus manos. Las agitó haciendo los mismos movimientos que los hechiceros habían ejecutado durante siglos y las dejó caer sobre la cama. De nuevo formaron la letra «M», como la vez anterior.

—¡Dios mío! Otra vez la «M» de muerte. De Marina. Pero también de Marcelo. Y de Monsalve. ¿Y si están confundidas y no distinguen la dimensión del tiempo, y piden el corazón de Monsalve, que ya tienen en el fondo del mar? Sí, quizás se refieren a eso. Decidme que así es. Decídmelo con una «S» de sí. Decidme que no queréis más sangre —suplicó la mujer, con los ojos humedecidos.

Volvió a repetir la operación, pero las caracolas no crearon una «S» como Ramira esperaba, sino una «N», una «N» de no, como temía. Las almas de los ancestros no se conformaban con el cadáver del capitán. Querían más. Querían el corazón de alguien cuyo nombre empezaba por la letra «M». Pero ¿a quién se referían? ¿A Marina?, a la que había criado como a una hija, con la que llevaba conviviendo los catorce años de la niña. No podía matarla. Tenía toda la vida por delante. No era una criatura bondadosa e inocente, pero no era culpable de aquel mar terrible y amenazador que los rodeaba. ¿Cómo podía ella matarla? ¿Y Marcelo? Desde el momento que lo vio, sintió una punzada en el estómago que nunca antes había sentido. Aquel chico se parecía demasiado a don Cristóbal Manrique, su antiguo señor, que la había forzado y la había dejado embarazada. Y la había seguido forzando mientras esperaba al bebé. Mientras estaba en estado de buena esperanza, como llamaban las damas a estar preñada. Como alguien había decidido llamar al galeón en el que estaban ahora los dos. Marcelo Iniesta tenía la misma edad que habría tenido aquel tercer niño que parió, el mismo al que no le dejaron ni acariciar ni ponerle nombre. El mismo que había heredado los ojos claros de su padre, el comerciante portorriqueño. Marcelo podría ser aquella criatura que perdió en medio de los sollozos más amargos que puede sufrir una madre. ¿Acaso era a él al que debía matar para aplacar a los espíritus? No. No podía hacerlo. Si Marcelo era su hijo no podía matarlo. Ella le había dado la vida. No podía darle también la muerte.

A Carlos le había gustado mucho la novia de su abuelo. Desde que murió su abuela, no lo había visto tan contento. Pensó que el amor debía de ser algo maravilloso, porque era capaz de dibujar sonrisas donde durante años solo había habido «gestos de obligado cumplimiento», como solía decir don Nicolás. Paquita era menuda, de ojos vivarachos y parecía muy enamorada del abuelo. Lo miraba con arrobos, y más de una vez su pie se tropezó equivocadamente con el de Carlos por debajo de la mesa,

cuando lo dirigía a la pantorrilla de don Nicolás. Era simpática pero no empalagosa, no le había preguntado por el instituto, como hacían todas las personas de una cierta edad que se encontraba, tíos, tías, vecinos... Y tampoco le había preguntado con cara rara qué era aquello del «judo». Parecía que lo sabía todo sobre las artes marciales. Lo que era muy raro en una abuela de más de setenta años. Cuando Marga le preguntó la razón, confesó que siempre le habían apasionado y que no se perdía ni una sola de las películas de artes marciales que daban por la televisión. Todos se rieron con lo que pensaban que era una ocurrencia, pero que era rigurosamente cierto. Lo que no contó Paquita fue la razón de su afición: había tenido un novio años atrás que era admirador de Bruce Lee y le había contagiado sus pasiones. Esa y otras aún más inconfesables.

Federico no estuvo en la comida de presentación de Paquita. No había sido invitado y Marga tampoco tenía ganas de estar pendiente de él, en una celebración que nada tenía que ver con su marido ni con su peculiar relación.

Cuando volvieron Carlos y su madre a casa, el chico abrió el ordenador y se puso a hacer los deberes.

—No me gusta que hagas tus trabajos con el ordenador encendido.

—Los tengo que hacer aquí directamente —dijo él.

—Ya. Y como tienes no sé cuántas pestañas abiertas a la vez, pues no sé si estás trabajando, si jugando al Super Mario o haciendo tonterías.

—No juego al Super Mario, mamá. Y tampoco hago tonterías. Hago los deberes *on line*.

—Mandangas de la tecnología educativa. Cuando yo estudiaba, en el Pleistoceno, como os gusta decir, no había nada de eso y sabíamos más que vosotros. No vamos a mejor, al menos no en ese aspecto.

—Mamá —protestó Carlos—. Eres una anticuada.

—Pues tu padre aún lo es más. Ya sabes, él nunca tiene el móvil conectado, para desesperación mía desde tiempo inmemorial.

—Pero él no tiene porque no quiere estar localizable. Porque es un espíritu libre. Yo también quisiera ser un espíritu libre, como papá.

—No te imagino sin tu *smartphone* a cuestas. Te morirías sin ese trasto con el que vas hasta a mear —le reprochó su madre.

—Es por si recibo algo interesante.

—¡Qué estrés! Yo también recibo noticias interesantes, sin necesidad de tener una tercera extremidad superior con pantalla y música. Por cierto, y por cambiar de tema, ¿qué tal te va con Elena? ¿Estáis juntos?

Carlos se puso colorado sin querer. No había nada entre él y Elena. Y no sabía qué le avergonzaba más ante su madre, si el hecho de que ella pensara que podía tener novia y todo lo que eso suponía, o admitir que no había nada entre ellos. Que Marga tuviera un matrimonio tan desastroso, no quería decir que no creyera que las cosas podían ir bien. Más o menos.

—No, mamá. No estamos juntos. Es una buena amiga, nada más.

«Eso dicen todos», pensó Marga, pero no respondió nada. Se limitó a sonreír y a entrar en la cocina para prepararse un té sin cafeína, que era lo que solía beber cuando había algo que le quitaba el sueño. Carlos la siguió para prepararse un vaso de leche con cacao. Observó que cogía la bolsita de la caja amarilla con la franja verde de los tés no excitantes.

—Vaya, vaya, mamá. Pues a ti parece que hay algo que te preocupa —le dijo arqueando las cejas y señalando la caja.

—Chico observador..., condición indispensable para un buen arqueólogo. Claro, que siempre hay excepciones, tu padre es un buen arqueólogo, pero no es nada observador, al menos no con las mujeres —comentó antes de meter la taza de porcelana en el microondas.

—Yo diría que sigue muy enamorado de ti, mamá.

—Sí, quizás..., tal vez..., a su manera, que desde luego no es ni la mía, ni la que yo necesito.

—Tal vez..., quizás..., si hicierais los dos un esfuerzo, podríamos llegar a vivir los tres juntos otra vez. Sería estupendo. Y no digas que tú no estás enamorada de él, porque no me lo creo. No hay nada más que ver cómo os comportáis cuando estáis juntos. Parecéis dos adolescentes.

—Ya. Más que tú y Elena, ¿no?

—Es que nosotros no estamos enamorados, ya te lo he dicho. Solo somos amigos.

—Ya —dijo Marga, escéptica ante la afirmación de su hijo.

—¿Qué es lo que te preocupa? No me lo has dicho. ¿Es por papá? ¿O por el abuelo y su novia?

—Lo de tu padre no supone ninguna novedad. Los cambios en mi vida con respecto a él no me quitan el sueño. Hace tiempo que me di cuenta de muchas cosas, y que aprendí a desdramatizar determinados aspectos de mi vida amorosa. Desde que murió tu abuela, cambió el peso que tienen las cosas, las circunstancias. Tal vez esa sea la única ventaja que tiene la muerte de alguien a quien quieres mucho: que aprendes a diferenciar lo verdaderamente importante de lo que no lo es tanto. Y también aprendes a matizar lo que te produce dolor. Ya hay pocas cosas que me lo producen. Y por tanto, pocas que me quitan el sueño, como tú acabas de decir. Tampoco el asunto de Paquita me lo quita. Ojalá el abuelo sea feliz con esa mujer. Yo estaría encantada. Me cayó bien. Y aunque no estoy de

acuerdo con esa frase que dice que las primeras impresiones son las que cuentan, he de admitir que me gustó Paquita. Tiene una expresión honesta en su mirada y a mi padre le hace reír, lo cual es un regalo para todos.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Que qué es lo que te preocupa? Te estás bebiendo un té sin cafeína, y eso pasa pocas veces.

—Tienes razón. Pero no sé si debo contártelo.

Marga estaba preocupada por el asunto de la investigación. Llevaba años trabajando en arqueología, con restos hallados en lugares lejanos, con objetos extraños que llevaban miles de años enterrados. Incluso un par de veces se había visto las caras con momias del antiguo Egipto y con huesos de necrópolis romanas. Pero nunca le había ocurrido lo que estaba viviendo con la estatuilla africana. En cuanto cerraba los ojos, le parecía que aquel trozo de madera con dientes vigilaba su sueño. Cuando andaba por el pasillo de su casa, sentía su presencia detrás de ella. Cuando estaba en el cuarto de baño, notaba una sombra en el espejo que desaparecía enseguida. En el museo, en cuanto entraba en la sala donde estaba, le dolía la cabeza, o se mareaba, o sonaba el teléfono móvil sin que nadie contestara. Siempre ocurría algo, y todo había empezado con la llegada de la figura.

—Que casualmente también coincide con la llegada de papá — apuntó Carlos.

—La presencia de tu padre no tiene ninguna relación con mis mareos, ni con que suene el teléfono. A ti también te ha pasado, ¿no? También tú has recibido llamadas sin emisor alguno.

—Sí, pero nunca se me ocurriría pensar que haya detrás ningún fantasma. ¿De verdad crees que están causadas por la interferencia de algún espíritu del más allá? Cualquier abogado pediría que te retiraran mi custodia, si llegaran a enterarse de que piensas esos disparates.

Marga se quedó callada y pensativa. Su hijo tenía razón. Cualquier abogado... Solo que Federico nunca haría algo así. Él mismo había hablado de los poderes mágicos de aquellas tallas, así que no podía acusarla de haber perdido la cabeza por tener dudas al respecto de ciertos síntomas sospechosos. Además, nunca habían necesitado abogados para ponerse de acuerdo sobre la educación de Carlos.

—No me preocupa ese tema. Nadie te va a separar de mí hasta que tú decidas irte cuando te llegue la edad de hacerlo. Pero la verdad, querido hijo, es que no encuentro una explicación racional a lo que está pasando.

—Yo creo que es papá, que te provoca mariposas en el

estómago, y por eso te dan mareos.

Marga le tiró un cojín a la cabeza a su hijo, y ambos se echaron a reír. En el fondo, los dos estaban deseando que las mariposas anidaran en el estómago de Marga y echaran a volar hasta el de Federico.

Marcelo vigilaba el mar desde la torre del mástil. Si es que se podía «vigilar» el mar. Cuando le tocaba hacer ese turno, siempre pensaba que el lenguaje es a veces caprichoso y falso. Nadie era capaz de vigilar al océano. Se lo podía mirar, observar los cambios de su superficie, de su color, del brillo que la luna y las estrellas le daban cuando no había nubes que lo escondieran. A Marcelo Iniesta le gustaba sentarse allí arriba y sentir que tenía el mundo bajo sus pies. Era una sensación que solo vivía en aquellos momentos. Sabía que jamás tendría nada bajo su poder. Había tenido una infancia tranquila, en la hacienda de los que había creído sus padres. Incluso había dado órdenes a los esclavos que pertenecían a la propiedad. Recordaba una tarde en la que iba a caballo y se había encontrado con un par de esclavas que comían varias piezas de fruta de las que iban recolectando. Las había reprendido y las había llamado ladronas. Las mujeres habían llorado y se habían puesto de rodillas ante las patas del corcel, para que no dijera nada a sus señores. Pero él había hecho trotar al caballo a su lado y el barro les había manchado vestidos y rostros. Al llegar a su casa, había contado el incidente a su padre, que poco después había mandado azotar a las dos mujeres. Desde que supo cosas de su origen que nunca había sospechado, se había sentido mal cuando se acordaba de aquel oscuro episodio de su vida. Y ahora que había hablado con una esclava que lo trataba de tú a tú como si conociera más de su pasado que él mismo, le costaba esfuerzo mirar en su interior. Veía en él un piélago en el que se arrastraban sus propios pensamientos en una caída vertiginosa que parecía no tener final. Tal vez la mayor razón por la que había abandonado la hacienda de su niñez había sido que no quería respirar el mismo aire que había respirado cuando creía ser otra persona diferente a la que era en realidad. Una persona cruel que había vivido el dolor de los demás como algo ajeno a su condición de hombre. Pero ahora las cosas no eran así. Allí arriba, sentado en la torre de vigilancia del mástil, estaba solo con sus reflexiones. Y solo también con su dolor de hombre solo. Con un dolor que hería como un cuchillo que se clavara en cada poro de piel. Como si la sal que venía con el aire se posara en una piel en carne viva, una piel despojada de la epidermis que la protege y que absorbiera la sal como si fuera cal viva, que limpia y destruye a partes iguales. Miraba el Santa Catalina delante, la estela que dejaba sobre el agua, la huella en forma de espuma en la que se apoyaban sus temores. No estaban tan solos porque la nao los dirigía a puerto. La nao y las estrellas. Y aquel almirante, padre de Marina, que llevaba toda una vida surcando mares y océanos, y que por fin volvía a su patria. ¿Y él? ¿Adónde iría Marcelo Iniesta cuando llegara a tierra? ¿Buscaría trabajo como agricultor, que era lo que siempre

había sido? ¿O se enrolaría en otro bergantín? ¿O tal vez regresaría al lugar de donde había salido, a respirar el mismo aire que respiró cuando era capaz de acusar y disfrutar el castigo infligido a dos inocentes muchachas por comer dos frutas que ellas mismas acababan de coger del árbol?

En aquellos momentos, se levantó un vientecillo que le movió el pelo, que tapó la luna, y que hizo desvanecerse el brillo plateado que se extendía sobre la piel del mar. El viento duró poco. Se paró tan repentinamente como había llegado. La temperatura bajó más de lo que Marcelo había previsto y comenzó a sentir frío. Se levantó. Siempre era mejor moverse cuando hacía frío. La humedad del océano parecía formar humo sobre la superficie. Un vapor que se fue condensando hasta crear una niebla que se tragó toda visión del Santa Catalina y de su estela. Aquel fenómeno era lo que más temía Marcelo cuando le tocaba estar de vigía. La niebla engullía todo. No había vestigio de luz alguna. Aunque estuviera nublado, siempre quedaba un cierto resplandor que venía del firmamento, de aquellas estrellas que Dios había forjado en uno de los primeros días de la Creación. Pero cuando aparecía aquella niebla, era como si el mundo desapareciera de la faz del universo. Como si el barco navegara en medio de la nada, hacia un abismo infernal en el que solo existía la oscuridad, las tinieblas. Marcelo había oído leyendas de buques fantasmas, barcos perdidos desde hacía siglos, cuyas tripulaciones eran seres condenados a vagar eternamente como castigo a sus pecados. Le parecía que en una noche de niebla aparecería alguna de aquellas naves, que los embestiría y los convertiría también a ellos en un buque fantasma. Le inquietaba especialmente la historia de aquel holandés, condenado a navegar por los siglos de los siglos por haber ofendido a los dioses que le habían mandado una terrible tormenta. Según la leyenda, solo el amor de una mujer que se sacrificara por él podría redimirlo y permitirle morir en paz. Pensó en Marina. Tal vez también ella podría salvarlo de sus terribles pensamientos. Decidió volver a sentarse en la torre y frotarse los brazos y las piernas para evitar el frío. Cerró los ojos para que las tinieblas no entraran en su memoria e intentó representar la imagen de Marina en su cerebro. Dibujaba cada línea de su rostro en ese extraño espejo que tenemos en la mente, y que refleja a los seres que amamos como deseamos que sean, y no como son realmente. Por eso, la Marina que dibujó Marcelo en su pensamiento era hermosa, sí, pero también dulce; y sus ojos eran límpidos y amables, en el más estricto sentido de la palabra. En el dibujo mental de Marcelo, los ojos de Marina no estaban surcados por las tinieblas.

Le pareció oír un ruido en cubierta. Se levantó y miró hacia abajo, pero no vio nada. La niebla había hecho desaparecer el barco entero. Ni siquiera conseguía ver la base del mástil sobre el que estaba la torre del vigía. Miró a su alrededor. Nada. Tragó saliva. Nunca antes había experimentado una sensación tan terrible de vacío exterior. Era como si estuviera solo en medio de la nada. Ni barco, ni nubes, ni mar. La nada más intensa lo rodeaba. Su corazón empezó a palpar cada vez más rápido. Era lo único que parecía existir en aquel momento, el sonido que venía de dentro de su

cuerpo. Como si el mundo se hubiera desvanecido y solo quedara él sobre la tierra. Deseó tener a su lado a alguien. Pensó en su madre muerta. Pero ni siquiera su recuerdo lo tranquilizaba, porque enseguida pensaba que no tenía derecho a pensar en ella como madre, pues no lo era en realidad. Necesitaba apoyar su terror en la imagen de alguien que lo confortara en aquel terrible instante de soledad infinita. El recuerdo de Marina le traía la idea de que ella era una damisela inalcanzable. Tanto como si estuviera al otro lado de la niebla. Por alguna extraña circunstancia que se le escapaba, solo un rostro se le aparecía en medio de aquellas gélidas tinieblas. El de una mujer negra y sabia que llevaba un cesto vacío en sus manos. Se volvió a sentar para alejarse de la visión de la nada infinita y cerró los ojos pensando con un escalofrío en la mirada de Ramira.

Álvaro Guzmán había dejado la caja de música sobre la mesa de la cocina y se había ido a dormir. En la cama, no paraba de moverse. Su mujer lo miraba y pensaba que tal vez le haría bien visitar a su madre en Palma de Mallorca, e ir al cementerio a encontrarse con la tumba de su padre. Seguramente le haría bien reconciliarse con aquel periodo de su juventud en el que rompió con su familia y con todo lo que ella significaba. Pero Concha no dijo nada. Se limitó a seguir leyendo una revista de decoración que le entretenía las noches en las que le costaba entrar en el sueño. Leía libros durante sus ratos libres caseros, pero no en la cama, cosa que no entendía su hija, que necesitaba leer un buen rato antes de quedarse dormida.

Pero esa noche, Elena no conseguía dormirse ni siquiera después de leer tres capítulos de la novela en la que estaba inmersa. Una novela que hablaba de un lejano faro en el que el fantasma del farero se le aparecía en sueños a una chica que pasaba allí con su madre las vacaciones. El accidente de Milena y la historia de la relación de su padre con sus abuelos la había dejado preocupada. Álvaro nunca había sido tan abierto con respecto a ese tema, y a Elena le había sorprendido la narración de aquel asunto que ella consideraba parte de su propia vida. Al fin y al cabo, le habían extirpado la posibilidad de tener una relación normal con sus abuelos paternos. Algo que ella siempre había echado de menos. La tozudez de unos y de otros la habían privado de una parte de sí misma. Y eso le dolía. Y le parecía muy injusto. Se levantó y se fue a la cocina a beber un vaso de leche. Cuando no podía dormir, le encantaba hacerlo. No se lo calentaba. Lo tomaba frío. Le gustaba la sensación del líquido que pasaba por su garganta y llegaba hasta el estómago. Casi podía escuchar los pasos de la leche hasta llegar a su destino.

Se sentó a la mesa y abrió la caja de música. Elena recordó

el reto que la esperaba al día siguiente. Debía hacer la prueba mejor que las demás para conseguir el papel de la chica lesionada. Debía demostrar que era buena, y que no le iban a dar la oportunidad solo por ser la hija del coreógrafo. Y para ello debía estar descansada. Si no dormía, sus piernas no la sostendrían con suficiente fuerza como para mostrar lo que quería. Ni siquiera su padre sospechaba cuán bien preparada estaba para bailar aquel paso a dos con la música de Debussy que tanto le gustaba. Sacó el reloj de plata de su antepasado marino. El roce con el metal blanco le produjo un escalofrío de emoción. No todos los días se tocaba un objeto que había tocado alguien que había vivido casi doscientos años antes. Y que además llevaba una parte de su misma sangre. Abrió el reloj y comprobó que seguía funcionando. Seguramente su padre le había dado cuerda, y su abuela lo había mantenido en buenas condiciones durante años. Observó una muesca en el interior de la tapa. Parecía que tenía un doble fondo. Elena introdujo la uña del dedo índice y levantó la superficie. Efectivamente, aquello parecía un escondite secreto, y daba la impresión de que nadie lo había abierto desde hacía mucho tiempo. Allí dentro había un pequeño retrato. Elena tragó saliva con el último resto de leche que le quedaba. De nuevo estaba ante ella la mujer que tenía su mismo rostro. Había un nombre grabado: Marina.

—Pero ¿qué haces aquí? Deberías dormir para la prueba de mañana. —Su padre había oído ruidos en la cocina. Tenía un sueño muy ligero desde niño.

—No podía dormir y me he levantado a tomar un vaso de leche. Mira lo que he encontrado.

Elena le enseñó el contenido del reloj. Álvaro miró el esmalte con atención y se quedó tan sorprendido como su hija.

—Vaya, cómo se parece a ti.

—Más bien sería al revés. Tal vez sea la esposa del almirante y yo me parezca tanto a ella que todo el mundo se da cuenta.

—No. Ella no se llamaba Marina, sino Ofelia. Lo recuerdo porque me lo contó mi abuela, que se llamaba como ella. No podía haberlo olvidarlo.

—Entonces, ¿quién era la tal Marina? ¿Acaso una amante de don Enrique de Guzmán?

—¡Quién sabe! —exclamó su padre con un tono de nostalgia en su voz. Un tono que Elena entendió muy bien.

—Papá, creo que deberías visitar a tu madre. Hablar con ella de lo que pasó cuando eras joven. Tu padre ya no está. Ella ha debido de sufrir mucho tu ausencia. Y por qué no, también la mía. Al fin y al cabo, a todos los abuelos les gusta ver y disfrutar de sus nietos, ¿no? Y además, así podrías preguntarle quién era la tal Marina. Seguro que ella lo sabe.

—Sí. A lo mejor tienes razón. Tal vez haga una escapada a Mallorca en estos dos días antes de la actuación del jueves. Pero todo el mundo creerá que voy como un buitre a coger algo de la herencia de mi padre. Y nada más lejos de la realidad. No quiero nada suyo. Esta caja de música y el reloj son mi única herencia y no quiero nada más.

—Tu mejor herencia serán las palabras que puedas cruzar con tu madre, papá. Para ella siempre serás su hijo, a pesar de todo lo que ha sucedido durante el tiempo en el que no os habéis tratado. El tiempo pasa y dentro de él infinidad de sucesos y pensamientos. Pero el amor de una madre por un hijo no desaparece a pesar del tiempo y del dolor.

—¡Qué mayor te estás haciendo, Elena! Hablas como si no tuvieras solamente catorce años.

Álvaro Guzmán se levantó y le dio un beso a su hija en la frente. Cerró la caja de música. El reloj se había quedado sobre la mesa. Elena lo volvió a coger y se quedó unos minutos contemplando aquella imagen suya que parecía apresada en el pasado. Se lo metió en el bolsillo de la bata y se lo llevó a su habitación. Lo puso en su mesilla, junto al libro que estaba leyendo y la crema que se extendía cada noche en manos y brazos. Exhaló su perfume y apoyó su cabeza en la almohada. Cerró los ojos y suspiró. No pensó en Carlos ni en la estatuilla africana. Rezó para que sus piernas, su cuello y sus manos hablaran por ella en la prueba, y se quedó dormida.

Cuando Ramira se levantó, miró por el ojo de buey y no vio nada. Al principio se asustó. Pensó que tal vez los espíritus de los antepasados habían decidido llevar al buque a las tierras donde reina la nada. Al mundo de tinieblas al que iban las almas de los que morían en pecado. Pero enseguida se dio cuenta de que no era así, de que estaban pasando por lo que llamaban un banco de niebla, que en el mar podía ser inmenso. Se aseó y se vistió antes de despertar a las damitas. Doña Ofelia entró en el camarote cuando sus hijas aún estaban en las camas.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Por qué no está todo el mundo levantado? Ya son más de las diez.

—Disculpe, señora. Yo me he quedado dormida. No entraba luz y he pensado que todavía era de noche.

—Tampoco entraba luz en mi cuarto y he sido capaz de despertarme.

—No tenemos ninguna prisa, señora. El mar no nos va a llamar.

—¡Cómo te atreves! Aquí sigo siendo yo quien toma las decisiones. Nos reuniremos para rezar el rosario en cuanto las niñas estén preparadas. No quedan muchos días para llegar a puerto, pero ahora parece que estamos atravesando el fin del mundo, con esta niebla que nos rodea. Tenemos que rezar para pedir que

lleguemos sanos y salvos. Dentro de media hora, os espero en el salón. Nos acompañará el comandante.

—Sí, señora, perdonad.

La esclava despertó a Isabel y a Beatriz, que se desperezaron más que ninguna otra mañana. Marina seguía dormida profundamente y parecía que nada ni nadie fuera capaz de despertarla. Gruñía a cada intento de Ramira de sacarla de sus sueños, y ni los gritos de sus hermanas ni las súplicas de la mujer lo lograban. Marina estaba viviendo escenas compartidas con Marcelo de las que no quería salir. Ambos paseaban por un fondo del mar jalonado de flores de las que emanaba un perfume envolvente a pesar del agua. Caminaban de la mano entre un mundo de colores nuevos, colores que no existían en el mundo real y que Marina estaba imaginando a través del sueño. Las flores no solo exhalaban aromas sino música, que ambos escuchaban y a cuyo son danzaban con los movimientos lentos que se producen bajo la superficie acuática. No había cabida para monstruos ni para animales gigantes. Acaso sentían el cosquilleo de pececillos diminutos que se posaban en sus pies y que les provocaban la sensación de estar siendo acariciados por algo invisible. Tan invisible como el sentimiento que los estaba uniendo bajo el océano, y que el mundo nunca entendería. Por eso Marina no quería despertarse de aquel sueño en el que pasaban cosas imposibles.

—Vamos, niña. Tienes que despertarte. Si no acudes a rezar, tu madre me venderá en cuanto lleguemos.

Pero a Marina en ese momento le importaba muy poco el futuro de Ramira. Y tampoco el suyo. Lo único que mantenía su respiración era el momento presente que estaba viviendo en aquel recóndito rincón de su imaginación que era el sueño. Un sueño tan intenso que nadie podría diferenciar de la realidad. ¿Acaso no era más real que tantas cosas que había vivido y que nunca recordaría porque su memoria las había borrado por poco interesantes?

—Marina. Despierta ya, o las dos tendremos problemas. Tus hermanas ya se han vestido.

Marina fue saliendo del sueño lentamente. Cuando abrió los ojos se encontró con los de Ramira, que la miraba preocupada. Habría preferido toparse con los de Marcelo Iniesta, en los que se había mirado pocos minutos antes.

—No tengo ganas de levantarme, Ramira. Estoy muy bien aquí dentro. Hace frío.

—Tendrás que aguantarte, como hemos hecho todas —le dijo su hermana Isabel—. Madre nos espera. No te hagas la remolona, niñita pequeña. Que parece que para algunas cosas no lo eres tanto.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Beatriz, ante la mirada de Ramira, que sospechaba la razón del comentario.

—Me parece que a nuestra hermanita le gusta uno de los marineros. Como se entere madre, vamos a tener una hecatombe familiar.

—Lo que te pasa es que tienes envidia de que alguien se haya fijado en mí. A ti te

van a casar porque padre te ha dispuesto un prometido. Yo nunca me casaré si no estoy enamorada.

—Tú te casarás con quien te manden —intervino Ramira—. Un marinero no es nadie. Ese muchacho no es para ti.

—Lo será si a mí me gusta. Nadie va a ordenarme nada. Ni tú, ni mi padre ni mi madre. Además, no estoy enamorada de él, así que no hay nada de lo que preocuparse —mintió Marina, cuyas ensoñaciones flotaban todavía en su memoria; aún podía aspirar el aroma de las flores junto a las que había paseado con Marcelo.

—No es para ti. Ni tú para él —insistió la mujer—. No quiero volver a verte con él. ¿Me has entendido?

—Tú no eres nadie para decirme con quien debo o no debo hablar —dijo Marina, en cuyo rostro desapareció todo rastro de la sonrisa con la que se había despertado. Salió de la cama y se quedó de pie frente a sus hermanas y la esclava—. Y vosotras tampoco. Mi destino está en el mar. Si por ser mujer no puedo ser capitán de barco, tal vez me tenga que conformar con ser la esposa de un marinero.

—Pero ¡¿qué disparates estoy oyendo?! —Doña Ofelia entró en ese momento en la habitación—. Marina, te quedas castigada sin salir hasta que llegemos a España.

—¡Madre! —exclamó Marina, con las risas ahogadas de sus hermanas como coro, y una cierta tranquilidad en la expresión de Ramira.

—No lo voy a repetir, así que será mejor que te quede muy claro. Estarás recluida en este aposento. Aquí comerás, leerás, bordarás, pero no saldrás ni a cubierta, ni al comedor. Tú serás la responsable, Ramira, de que mis órdenes se cumplan. Si no cumples con tu obligación, te venderé en cuanto pongamos el pie en tierra. Te lo juro.

Ramira sentía la humedad de la niebla en cada uno de sus huesos, que le dolían casi tanto como las palabras de doña Ofelia. Estaba harta de que aquellas mujeres la amenazaran constantemente con la posibilidad de venderla. A ella, que había dado los mejores años de su vida a aquella familia. A ella, que los había querido como a nadie antes, si es que tenía esa capacidad de amor de la que hablaban tanto los hombres libres. Ella, a quien nadie había enseñado a amar, y cuyo único contacto carnal había sido con hombres que la habían forzado y le habían provocado dolor. Ella, cuyos hijos le habían sido arrebatados en los únicos momentos de su vida en los que había sentido la amargura de la pérdida. Unos momentos en los que se habían unido de un modo terrible el amor y el dolor. La pérdida de haber podido sentir algo de eso que llaman amor en los libros y dentro de algunas familias en las que sus miembros parecen quererse, pero son capaces de herirse a través de las palabras, de los gestos, de los actos. De pronto, el barco emitió un extraño quejido a babor, justo debajo de sus aposentos, y todo se movió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó doña Ofelia, sin esperar que nadie le respondiese.

—No lo sé, señora. Tal vez hayamos chocado contra algo.

Ramira se acercó al ventanuco. No se veía nada. Todo seguía sumido en la niebla.

—Iré a hablar con el comandante. No salgáis de aquí. —Y mirando sobre todo a Marina, insistió—. Aquí quietas. Ramira, tú ven conmigo, pero cierra la puerta con la llave.

—Pero madre, ¿y nosotras? —preguntó Beatriz.

—He dicho que os quedéis en el camarote. No me repliques tú también. ¡Dios mío, qué hijas tan rebeldes he criado!

Ramira y doña Ofelia salieron del camarote y se encaminaron hacia la sala de mando. Allí estaba el comandante, con dos oficiales y el marinero Iniesta, que notó la mirada de la vieja esclava como un dardo que se le clavara en las entrañas.

—¿Qué ha sido eso? Que alguien me diga lo que ha pasado —ordenó doña Ofelia.

—No lo sabemos todavía, señora. Enseguida lo averiguaremos. No se ve nada. Hay una niebla terrible. Es posible que hayamos atravesado una zona de islotes que no esté marcada en los mapas de navegación. Pero no os preocupéis. Este barco puede resistirlo todo. Lo más probable es que haya sido algún animal, alguna ballena o algo así.

—¿Tan tontas son las ballenas que pueden chocar con un barco? No hay niebla debajo del mar.

—Ya le digo que en cuanto sepamos algo se lo diremos.

—Se lo ruego. —Y salió sin decir nada más y sin mirar a ninguno de los demás hombres que acompañaban al comandante.

Ramira la siguió sin pronunciar palabra, pero sin dejar de mirar a Marcelo. Al joven le dio un escalofrío mayor que el que le podrían producir todas las nieblas provocadas en el océano desde la creación del mundo. Había algo en aquella mujer que le hacía temblar, y no sabía qué era. A Ramira le ocurría algo parecido, solo que ella sí conocía la causa.

En el instituto, Elena buscó a Carlos cuando llegó. Estaba sentado en su sitio, hablando con sus compañeros y amigos de judo. Hacían gestos que mostraban que estaban hablando de su deporte preferido. Elena torció la boca cuando se dio cuenta y pensó en qué diferentes podían ser las personas aunque tuvieran cosas en común.

Se sentó en su silla, sacó el cuaderno y un bolígrafo. Carlos no se había percatado de su llegada, y seguía entretenido en su conversación. Todo el mundo andaba enfrascado, contándose lo que habían hecho la tarde anterior, y hablando mal o regular de la profesora que venía a continuación. Una estupenda profesora de Matemáticas, de la que sus alumnos se reían porque no era ni alta, ni guapa, ni delgada. Una mujer que les daba cien vueltas en casi todo, pero de la que la mayoría se permitía reírse porque además de todo aquello, era un poco torpe con la pizarra

digital. Prefería la tiza, que no gastaba electricidad, no dependía de los sistemas exteriores, y su efecto era inmediato. Los chicos de las artes marciales eran los que más la respetaban; y Elena, que odiaba los aparatos digitales tanto como Ángela, la profesora. Cuando llegó, los chicos se colocaron todos en su sitio. Carlos se giró y vio a Elena. Le hizo un gesto con la mano y otro con los hombros, que quería decir que cómo era que no la había visto. Ella arqueó las cejas y no dijo nada. La clase versó sobre polinomios y ecuaciones, pero Elena apenas posó su atención en las explicaciones. Su cabeza iba de la caja de música de su bisabuela a la que había aparecido en el barco, pasando por la prueba coreográfica que tenía esa tarde y en la que podía decidirse parte de su destino. Tendía a levantar el empuje cuando estaba sentada, y apoyar los pies solamente sobre los dedos, como cuando bailaba sobre las puntas. No paraba de subirlos y bajarlos. Tanto que llamó la atención de la señorita Ángela.

—¿Se puede saber qué estas haciendo, Elena? No estamos en una discoteca.

—¿Perdón? ¿Qué? —preguntó titubeante.

—Que dejes de mover las piernas, y mires la pizarra, que no te estás enterando de nada.

—Es que Elena es una gran bailarina, señorita —dijo irónicamente Adela, una de las imitadoras de Barbie que la llamaban pija y a las que Elena detestaba.

Carlos se volvió para mirar a su amiga, que le clavó la mirada en sus ojos, como si todo fuera culpa suya. El chico frunció el ceño y subió los hombros. Con eso le estaba preguntando que qué demonios le pasaba, pero ella no contestó. Nadie volvió a hablar salvo la profesora que regresó a su explicación llena de incógnitas. Elena se preguntaba cada día que para qué le serviría a ella todo aquello. Y nunca encontraba respuesta. Cuando acabó la clase, Carlos se acercó a su sitio.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué te pasa? Tienes cara de haber dormido poco.

—Es verdad —respondió lacónica.

—¿Acaso te ha quitado el sueño nuestra visita al museo? Mi madre anda preocupada con la dichosa estatuilla, a la que achaca su insomnio. No se lo digas a nadie... o alguien pensará que está un poco loca. Yo lo que creo es que está nerviosa por mi padre. Están separados pero no mucho, me parece. No sé...

—Oye, Carlos. A ti te parece que lo tuyo es lo único importante en la vida, ¿no? Pues no dudo que lo sea de la tuya, pero yo también tengo mis preocupaciones, y no pasan ni por esa horrenda figura, ni por la separación de tus padres.

—Vaya, lo siento si te he molestado. Te has levantado con el pie izquierdo.

Y Carlos se fue de nuevo a su asiento. Enseguida entró el profesor de Literatura, que venía siempre cargado de libros, que dejaba caer sobre la mesa armando un estruendo que ya era un clásico en el aula. Sobre él, las barbies tenían división de opiniones. Marta y Paula pensaban que era un dinosaurio del pasado, que se negaba a la evidencia de la modernidad de los libros electrónicos y de las pizarras digitales, pero Luna lo miraba siempre con ternura, para ella era un hombre interesante, anclado en el pasado, sí, pero había algo en su manera de peinarse que la conmovía. Eso, sus gafas de color rojo, y que siempre vestía con vaqueros de Tommy, lo dotaban ante ella de un plus por su estilismo. A Carlos le gustaban mucho sus clases, que habían conseguido que empezara a disfrutar de la lectura. Y Elena deseaba cada mañana que llegara su hora, para escuchar su voz cuando les leía fragmentos de obras literarias. Parecía que los llevara a otros mundos donde no había barbies, ni cambios de ciudad, ni dolores de pies. La chica controló los movimientos de sus empeines y consiguió que nadie se fijara en ella hasta la hora del recreo. Su amigo salió del aula sin dedicarle ni siquiera una mirada. Estaba claro que se había sentido ofendido con sus palabras. Así que fue a su encuentro.

—Carlos —lo llamó. Él se paró, tardó uno segundos en darse la vuelta. Cuando lo hizo, se encontró con la cara de Elena a pocos centímetros—. Lo siento. Han pasado cosas en mi casa. No eres el único que tiene problemas.

—Ya lo sé. Tengo imaginación. Pero intento no ir amargándole la vida a los demás. Solo te estaba contando algo de mí, por si te interesaba un poco. Pero ya veo que no. No hace falta que pidas disculpas. Cada uno es libre de sentir lo que siente.

—Parece que estás hablando como lo haría el espíritu libre de tu padre, ¿no? —dijo con una sonrisa, que intentaba hacer las paces.

—Todo se pega en esta vida, ¿a que sí?

Elena le contó lo que había pasado con la bailarina lesionada y sus consecuencias. También le mencionó la caja de música, el retrato, las iniciales de su antepasado marino, el almirante don Enrique de Guzmán, su reloj con el retrato escondido de una mujer igual que ella que se llamaba Marina y que no era su mujer.

—Pero esa es una noticia extraordinaria. Eso les puede dar una pista a mis padres sobre la investigación acerca del barco.

—No estoy tan segura. Creo que su barco no naufragó. Al menos mi padre no mencionó nada de ello. Si hubiera muerto en un naufragio su historia habría pasado a los anales de la familia.

Aunque, la verdad, mi padre no sabe casi nada de los suyos. No eres tú el único que tiene una familia «peculiar». Yo me enteré anoche de por qué mi padre no se hablaba con sus progenitores desde antes de que naciera yo. Mi abuelo murió hace pocos días, o pocas semanas, y yo me enteré ayer. Nunca lo conocí. Entenderás ahora que esta mañana sea un poco «rarita» para mí, ¿no te parece? Y por si fuera poco, tengo una prueba de baile esta misma tarde. Si gano el puesto, muchos dirán que lo he conseguido por ser hija de mi padre. Así que lo tengo que hacer muy bien, para que nadie dude de que me lo merezco.

—Seguro que bailas muy bien esta tarde. Cuando uno necesita hacer algo mejor que nunca, lo consigue. Nos superamos en la adversidad. Eso dice siempre mi madre.

—Lo dice mucha gente. Pero que lo diga mucha gente no quiere decir que sea verdad. Qué rara es la vida, ¿verdad? Tus padres con esa relación tan especial que tienen, y tú en medio sufriendo las ausencias de él y las presencias de ella. Yo, con unos padres que decidieron hace años borrar el pasado para ellos y para mí. Y ahora el pasado ha vuelto. Qué extraño. Lo ha hecho de dos maneras y en dos ámbitos tan diferentes: dos cajas de música idénticas, una en el museo, la otra en la cocina de mi casa, dos retratos gemelos y un nombre misterioso, Marina.

—Marina que era igual que tú. A lo mejor también le gustaba bailar, como a ti.

—Tal vez no tuvo tiempo siquiera de aprender. No olvides que quizás alguien tiró su broche en la caja al mar. Quién sabe si lo hizo en el mismo lugar donde el barco donde viajaba naufragó años antes.

—Si así fuera, la caja de música sería una especie de homenaje a su memoria —sugirió Carlos, en el momento mismo en el que sonaba el timbre del instituto. Debían regresar a clase.

—¿Te apetece que nos veamos después de la prueba? Así puedes recoger mis restos si no gano la plaza.

—¿Y si la ganas? ¿No podrás venir a estudiar?

—Serán solo unos días. Hasta que una de las bailarinas titulares se aprenda bien el papel. No me has contestado. ¿Vendrás a buscarme al teatro?

—Claro. Nada me gustaría más. Y después podemos ir al museo a contarles a los arqueólogos esta historia.

—¡Vaya manera de llamar a tus padres: los arqueólogos! —exclamó Elena, esbozando la primera sonrisa del día.

—Es la mejor manera de pensar en ellos como una pareja unida. Son una estupenda pareja de arqueólogos. Más que otra cosa.

Volviéron a clase y cuando volvió a sonar el timbre, cada uno se fue a su casa a comer. Aquella iba a ser una tarde llena de novedades para uno y para otro.

Marina se quedó en el camarote con sus hermanas. Isabel y Beatriz se pusieron a bordar sus ajuares sin prestar ninguna atención al golpe que había sufrido el barco. La niebla lo había hecho chocar con un islote que parecía recién salido del océano solo para golpear su casco. A Marina le parecía que se oía más cerca el agua del mar. Y también los gritos de las sirenas atrapadas en su fondo, pensó. Cuando vivía en tierra y veía el mar desde la terraza de su casa, pensaba en las sirenas de las que hablaban algunos cuentos y algunas viejas leyendas. La cola de pez y el cuerpo de mujer que se les atribuía la fascinaban y la aterraban al mismo tiempo. Muchas de las veces que se había asomado por la barandilla del Buena Esperanza, miraba hacia abajo con el deseo de ver nadar una sirena, e imaginaba cómo sería el reino misterioso donde, según había oído, vivían convertidas en princesas de agua. Pensaba Marina que sus besos sabrían a sal. En aquel momento, mientras se vestía, pensó en que los besos de Marcelo también tendrían sabor a sal, porque él pasaba tanto tiempo en cubierta que el viento marino dejaba su piel llena de minúsculos cristales salados. Le dio un vuelco al corazón al acordarse de él. Se acercó a su tocador a coger su botellita de perfume. Un perfume que le había hecho Ramira con las rosas de su jardín que había mezclado con pétalos de magnolia, con pimienta y con cardamomo, una especia oriental que llegaba a la isla en barcos como en el que viajaban. Ramira decía siempre que cada uno debía tener su olor personal, y por eso fabricaba perfumes para cada una de las señoras de la casa. El aroma de Marina tenía pétalos de magnolias porque eran blancas y puras como ella, rosas porque siempre tiene que aparecer una nota de ellas como recuerdo de lo efímero de la belleza, cardamomo porque tiene un punto de dulzura y rareza, y pimienta porque Marina no siempre era dulce y amable, sino que sus comentarios podían punzar como navajas, como granos de pimienta cuando los masticas y preferirías no haberlos masticado nunca. Marina tomó el frasco y se puso un toque de perfume detrás de las orejas, en los pulsos, en las muñecas, en el interior de los codos, y en el escote. Quería oler bien para Marcelo Iniesta. Aunque sabía que estaba jugando con fuego, no le importaba. Sabía que en la vida hay que acercarse a las brasas para disfrutar del calor del brasero. Dejó la botellita en el tocador y observó que el líquido quedaba ligeramente inclinado hacia la izquierda. Miró los demás frascos y constató que les ocurría lo mismo. Se miró al espejo y le pareció que de pronto estaba torcido, pero ella también lo parecía. Daba la impresión de que todo se inclinaba a babor. También ella. Y sus hermanas, que no se daban cuenta de nada. Como siempre. Se peinó sin la ayuda de Ramira, se pellizó las mejillas para sonrosarlas y se acercó a la puerta. Al parecer, la esclava no había obedecido la orden de cerrarla.

—Ya has oído a madre —le recordó Beatriz—. No quiere que salgamos del camarote. Ven a bordar con nosotras. Más te valdría ayudarnos con el ajuar.

—A lo mejor no lo necesitamos, ni vosotras ni yo.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque te has enamorado de ese marinerito pobre, y nadie dejará que te cases con él? —le preguntó Isabel en medio de unas risitas que a Marina

le parecieron propias de focas. O de hienas. No contestó.

Salió de la habitación y se encontró en medio del pasillo. Un pasillo escorado hacia la izquierda. Respiró profundamente y se dirigió hacia el puesto de mando, donde estaba segura, se encontraba su madre con Ramira. Y seguramente también el joven Iniesta. La puerta estaba cerrada. Oyó voces al otro lado. Se quedó quieta escuchando.

—Señor. Ya le he dicho que no vi nada. Había tanta niebla que no se veía ni la base del mástil, ni siquiera la cubierta. —Era la voz de Marcelo la que hablaba.

—No hay nada que hacer, muchacho. Hay daños imposibles de arreglar en el casco. Entra agua en el dormitorio de los hombres. Nos hundimos —dijo desolado el comandante—. Ojalá estuviera aquí Monsalve. Tal vez él supiera qué hacer.

—Rezar, señor —sugirió el contramaestre—. Es lo único que nos queda.

—¿No podemos mandar señales al Santa Catalina? —preguntó el joven.

—¿Cómo? No hay viento, por mucho que tocáramos la campana no podrían oírla. Aunque encendiéramos la mayor fogata, no nos verían. Esta niebla parece salida del mismísimo infierno. El mismo al que nos dirigimos en estos momentos.

—Reunamos a los hombres en cubierta, señor. Nos refugiaremos en los botes. Debería haber sitio para todos. Y para las señoras —dijo el contramaestre Gómez de Lope.

—Sí. Dé la alarma inmediatamente. Si no, no quedará ni rastro de nosotros antes de que nos demos cuenta. ¡Dios mío, nos estamos escorando a un ritmo demasiado rápido! Vamos, vamos, a los botes.

Gómez de Lope salió con una campana en la mano, cuando se encontró con Marina que lo había escuchado todo y que se limpiaba las lágrimas de la cara con un pañuelo blanco.

—¿Qué haces aquí, pequeña? Estamos en peligro. Ve a cubierta inmediatamente. Nos hundimos.

El contramaestre hizo sonar la campana, aunque casi todos los hombres estaban ya en la cubierta, esperando órdenes de evacuar el barco.

—Tal vez el sonido de la campana sí llegue al Santa Catalina y alerte a mi padre. Tal vez nos escuchen y vengan en nuestra ayuda.

—Tal vez —respondió Marcelo, que miró los ojos de Marina. Había salido del puesto alertado por las palabras de Gómez—. Pero, por si acaso, será mejor que te pongas toda la ropa que puedas y te subas a una de esas barcas.

—¿Y mi madre?

—No lo sé. Habrá ido a la capilla a rezar. Es lo único que se puede hacer ahora. Vamos, te acompaño. No hay tiempo que perder.

Marcelo tomó la mano de Marina y se la llevó a los labios para besarla. Luego echaron a correr por el pasillo hasta la capilla. Allí estaba doña Ofelia, arrodillada, con las manos juntas y los ojos fijos en el suelo. Ni rastro de Ramira.

—Señora. Hay orden de evacuación. Tenemos que abandonar el barco en los

botes. Ahora mismo. El Buena Esperanza se hunde.

—Y nosotros con él, me temo.

—No, madre. Vamos, date prisa, vamos a buscar a mis hermanas. ¿Dónde está Ramira?

—No lo sé. Ha salido hace unos minutos. Habrá ido a buscaros. ¿Por qué no estás en el camarote? Te había dicho que te quedaras allí.

Salieron de la capilla. Cuando llegaron a la habitación, no estaban ni Isabel ni Beatriz, a las que un marinero había ido a buscar ya. Ramira estaba de pie, junto a su cama. Había sacado las dos estatuillas y decía una plegaria en una lengua extraña que nadie más que ella entendía. Acababa de echar las caracolas y habían vuelto a formar la letra «M». Y así una y otra vez.

—Ramira, ¿qué haces? —le preguntó Ofelia mientras sacaba ropa de un baúl para ponérsela encima. Les habían dicho que la temperatura era muy baja, y que tal vez así tendrían alguna posibilidad de sobrevivir—. Tenemos que salir inmediatamente. Vamos, deja eso y ven con nosotras.

Ramira se dio la vuelta. Algo había cambiado en su rostro. La expresión de sus ojos era fría. Más que nunca. Marcelo sintió que la sangre se le helaba cuando notó la mirada de la esclava sobre su cuerpo.

—Lo acabo de entender, señora.

—¿El qué, Ramira?

—Me quieren a mí.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir?

—Es a mí a quien quieren los espíritus para salvar el barco. O al menos a las personas que hay dentro.

—Deja de decir tonterías, Ramira, y ven conmigo. Si no salimos deprisa, el Buena Esperanza se convertirá en nuestra tumba.

—Y así debe ser. Al menos para mí, señora. Las caracolas no mienten. Las dirigen las almas de los ancestros, que están dentro de estos fetiches.

Ramira señaló las estatuillas. Doña Ofelia nunca había visto aquellos horribles ídolos que su esclava guardaba siempre lejos de ella, para no acabar presa de la Inquisición.

—¿Qué son esos muñecos horribles? Da miedo verlos.

—Aquí dentro están los espíritus de los antepasados más poderosos de mi clan, señora. Los guarda mi familia desde antes de que fuéramos convertidos en esclavos. Han pasado de generación en generación. —Al decir, esto su mirada se clavó de nuevo en Marcelo, que sintió que su punzada se instalaba para siempre en el alma—. Ellos me dijeron que debía sacrificar a alguien para que el barco llegara a puerto. Eso no va a pasar ya, porque parece que nos hundimos sin remedio. Pero sí puedo hacer algo para que ustedes puedan arribar a tierra.

—¿El qué, Ramira? —preguntó doña Ofelia.

Marina estaba quieta sin atreverse a pronunciar ni una palabra. Dos lágrimas

resbalaban silenciosas por sus mejillas, mientras su mano seguía amarrada a la de Marcelo.

—Los espíritus de los antepasados han pedido la muerte de alguien cuyo nombre empieza por la letra «M». Lo han hecho así desde que les pregunté hace dos días. Al principio, creía que me pedían a Marina. Y yo no podía matar a Marina...

—¡Pero...! —empezó a decir su señora.

—Déjeme seguir. No queda mucho tiempo. No podía sacrificar a Marina. Es como una hija para mí. Yo la he criado. Le he peinado sus cabellos cada noche y cada mañana desde que nació. No, no podía hacerlo. Luego supe que el joven vigía —y miró de nuevo a Iniesta—, se llamaba Marcelo. Otra letra «M». Entonces pensé que tal vez los espíritus estaban pidiendo su sangre.

A estas alturas, doña Ofelia estaba ya cada vez más pálida, y a punto de desmayarse. La mantenía con fuerzas solamente la necesidad que tenía para aguantar las horas en el mar hasta que se disipara la niebla, y el barco de su marido los avistara. Eso, y saber qué era lo que estaba pasando a su lado y a lo que tan ajena había sido.

—Pero entonces me di cuenta de algo. Oí cómo contabas que tu verdadera madre había sido una esclava, de cuyos brazos te habían arrebatado nada más nacer. A mí me pasó eso mismo, después de dar a luz a un niño de ojos tan azules como los tuyos. Un niño cuyo padre era mi señor, un comerciante y terrateniente de la isla que tenía tu mismo rostro, pero en el que se dibujaba odio y maldad. Sí. Naciste hace veintidós años en una hacienda que se llamaba del «Perpetuo Socorro». Eres mi hijo.

Marcelo desasó su mano de la de Marina. De repente, sintió como si su cuerpo no pesara nada. Como si hubiera dejado de existir, él y todo lo que había a su alrededor. Solo existía la voz de Ramira.

—No podía matarte, Marcelo. Por mucho que me lo pidieran las almas de los ancestros, no podía hacerlo. No podía asesinar al hijo que parí, por el que sentí tanto dolor que ni siquiera podía llorar. —Ramira se llevó las dos manos al rostro. Un rostro por el que ya navegaban las lágrimas—. En cambio, ahora lo he visto claro. No me pedían que te matara. No. Me estaban pidiendo a mí. La «M» que han estado dibujando las cauríes estos días, no era ni de Marina, ni de Marcelo. No. Era la «M» de «Madre». Si lo hubiera entendido antes, tal vez no estaríamos naufragando ahora.

—Ramira, deja de decir tonterías, y ven conmigo —insistió doña Ofelia, que era la única capaz de hablar.

—No, señora. Me quedaré aquí dentro. Es la única manera de calmar a los espíritus. Y ahora, váyanse. Si no, será demasiado tarde. Y no se acerquen a mí, no lo hagan más difícil todavía.

Ramira se dio la vuelta y se arrodilló junto a su cama. Salieron los tres del camarote. Doña Ofelia no podía creer lo que acababa de escuchar. Marina estaba tan asustada por lo que estaba pasando y por perder a Ramira, que el haber estado a punto de ser sacrificada ni siquiera le parecía un disparate. Y Marcelo no sabía qué pensar.

¿Aquella mujer cuya presencia le producía un gélido pánico era su verdadera madre? ¿Y por qué no se lo había dicho en el primer momento en que lo sospechó? ¿Por qué se lo hacía saber ahora, cuando su destino estaba ya cumplido? Salieron a cubierta, donde se veía el barco cada vez más escorado. Oyeron gritar a Beatriz y a Isabel, que llamaban ya desde uno de los botes, que estaba a punto de ser bajado a la superficie del mar. Marcelo las ayudó a subirse.

—Tengo que ir a buscarla —le dijo a Marina en cuanto la dejó a salvo.

Ella no contestó. Lo miró expectante, y sus ojos y sus manos recorrieron el rostro de él hasta toparse con sus labios. Acercó su cara a la suya, y besó sus labios salados. Sonrió levemente y se sentó en el bote. Sus hermanas y su madre la miraron sin decir nada. Aquel beso de Marina a un marinero habría sido motivo de escándalo en cualquier otro momento. En aquel instante no era motivo de nada.

Carlos comió solo en casa. Sus padres se quedaron en el museo a comer. O al menos esa fue la versión oficial de lo que ocurrió aquel miércoles a mediodía. La realidad fue que a Marga le dio un mareo en cuanto abrió el armario donde había quedado la estatuilla africana, se había caído, se había golpeado la cabeza, habían ido al hospital, le habían curado la herida, le habían hecho un análisis de sangre y un encefalograma y todo estaba normal. Después habían ido ambos al apartamento de Federico para no asustar a Carlos, y allí había pasado lo que llevaba días en estado latente y aún no había ocurrido porque la vida es como es, y entre dos personas no siempre ocurre lo que ambos desean. Porque si así fuera, tal vez la vida aún sería más complicada de lo que es. El caso es que aquello sirvió para olvidar durante un rato la razón de la caída de Marga y para que Carlos comiera solo, encendiera el ordenador a una hora en la que normalmente no lo hacía, comprobara que tenía un correo de Elena y lo leyera mientras se comía su postre, una manzana roja como la que nunca se llegó a comer Blancanieves.

Hola, Carlos. Esta tarde tengo esa prueba tan importante para mí, y mi cabeza está llena de los asuntos familiares de los que hemos hablado. Y está tan absorbida por ellos que apenas he pensado en algo que sentí la otra noche...

Carlos dio un respingo en la silla. ¿Acaso Elena se le iba a declarar? Su corazón empezó a andar más deprisa. No estaba preparado para eso. Nunca había experimentado algo así.

... la otra noche cuando mi padre me dijo que una bailarina se había lesionado. No sé cómo decir esto, y tampoco sé si es más fácil escribirlo. A veces es más sencillo escribir que pronunciar aquello que no nos atrevemos a decir, y tal vez ni siquiera a pensar, porque escuchar nuestra voz emitir algunas palabras nos haría odiarnos.

«Madre mía –pensó Carlos–, me va a decir que le gusto y yo me voy a morir de la impresión».

La verdad, amigo Carlos, es que me alegré de que Milena hubiera sufrido ese esguince. De hecho, era algo que llevaba deseando desde antes del día del estreno. Cada noche cuando me acostaba, y en vez de pensar en el instituto, en mis conocidos, en ti...

Y aquí el corazón de Carlos se aceleró todavía más.

... imaginaba que ella se torcía un pie y yo tenía que sustituirla. Esa ha sido mi fantasía favorita durante varios días. ¿Y ves? Se ha cumplido. ¿Tú crees que los deseos pueden llegar a cumplirse a fuerza de pensar mucho en ellos? No se lo cuentas a nadie. De hecho, no sé por qué te lo cuento a ti, pero es como si de esta manera, lo sacara de dentro de mí misma y esta sensación de culpa que me corroe se hiciera más liviana, y existiera un poco menos. Ya ves, no soy tan buena como a lo mejor te he parecido hasta ahora.

Carlos echó la silla hacia atrás como hacía siempre que quería meditar sobre algo que había escrito o leído en el ordenador. «Ojalá los deseos se pudieran convertir en realidades –pensó–, así mis padres estarían juntos y también revueltos, y yo sería capaz de decirle a Elena lo mucho que me gusta». No, Carlos estaba muy seguro de que los deseos no se hacían realidad solo con visualizarlos en imágenes de pensamiento o verbalizarlos en palabras. Había que luchar mucho por ellos, y aun así nada estaba garantizado. Y lo de Milena había sido un accidente, y nadie había intervenido en él. Y mucho menos Elena desde sus pensamientos, por muy terribles que hubieran sido. No. No tenía ningún sentido. Le escribiría para decírselo y luego iría a buscarla al teatro.

Llegó la hora de la prueba y Elena estaba nerviosa, más de lo que había pensado. Normalmente controlaba su comportamiento, pero momentos antes de iniciarse la audición, notaba que sus piernas le flaqueaban. Las sentía débiles, como si no fueran a ser capaces de sostener su peso, ni de levantarse para ejecutar ningún arabesco. Enseguida se acercó Walter, el bailarín que iba a ser su pareja, el mismo que había estado bailando con Milena. Le acercó un vaso de agua que Elena rechazó. Seguro que si se lo bebía le entrarían ganas de hacer pis, y no quería perder la concentración.

–Yo siempre bebo antes de bailar. Como sudo tanto después, repongo antes con un poco de agua con azúcar. ¿Nerviosa?

–Lo normal.

–Seguro que lo haces muy bien. Te he visto en las clases y eres buena. Y no te lo digo ni por quedar bien ni porque eres la hija de Álvaro.

–Gracias. Eres muy amable.

–Elena –la llamó su padre–, Walter, ¿preparados? El espectáculo va a comenzar. Los de sonido tienen ya preparada la música. Quitate la chaqueta, ponte las puntas y a por ello.

–Papá.

—¿Qué? —respondió Álvaro, mientras Walter se sentaba un momento en el suelo para hacer unos estiramientos.

—¿Cuándo sale el avión? Mamá me ha dicho que te vas esta noche, ¿no?

Su padre miró el reloj.

—Cuando termine la prueba, me cojo un taxi y me voy. Siento que no puedas venir conmigo. Pero te prometo que iremos a ver a la abuela en cuanto acabemos con las actuaciones y tenga un par de días libres.

—De acuerdo.

—Y ahora concéntrate en la música y no dejes que el recuerdo de lo que hemos hablado estos días te saque de lo que estás viviendo. De lo que estás bailando.

—Sí, papá. Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por esta oportunidad.

Empezó a sonar la música y Elena cerró los ojos como siempre hacía cuando empezaba a bailar. Le gustaba pensar que se encontraba en medio de una nada en la que solo existía el sonido de los instrumentos materializando unas notas que alguien, mucho tiempo atrás, había escrito. Y lo había hecho para ella. O al menos a Elena le gustaba sentirlo así, como si la tierra hubiera girado infinitas veces durante infinitos segundos solo para llegar al preciso instante en el que la música se daba la mano con el movimiento en la persona de Elena Guzmán. Estiró el brazo derecho y tensó los dedos que parecían las cinco líneas de un pentagrama, y cada gesto que salía de ellos era una nota que se quedaba muda en el aire. Adelantó la pierna derecha para iniciar el primer giro, el que la llevaba a los brazos de Walter, que recogía su cuerpo sujetándola por la cintura, con su respiración justo encima de sus ojos. La dejó en el suelo, y ella levantó su tronco con una flexión sin dejar de deslizar sus manos sobre el suelo. Seguía con los ojos cerrados. No los necesitaba para nada porque la música y su cuerpo lo eran todo. Sabía exactamente cuántos pasos dar para llegar a las manos de su compañero, sin mirarlo. Se soltó de su abrazo para iniciar la serie de zancadas, lo más difícil para dejarse caer sobre la punta de la pierna derecha en la última zancada, justo delante de Walter. En ese momento, Elena abrió los ojos. El bailarín la miraba y estiraba su brazo para posarlo sobre el cuello de ella, en una caricia que duraba tres negras y dos corcheas. Siguieron juntos varios segundos, y enseguida él empezó su serie de saltos con giros, para acabar arrodillado ante Elena, que lo esperaba con los brazos abrazando su propia cintura. Deshizo su abrazo y se acercó a él, para unir su rostro al de Walter y así acabar la danza.

Marcelo anduvo como pudo en el interior del galeón. Llegó hasta el camarote de las damas y allí seguía Ramira, arrodillada entre los muebles que se habían movido al perder la horizontalidad. Decía sus plegarias en la misma desconocida lengua de antes. El suelo estaba ya mojado.

—Tiene que salir de ahí. Yo la ayudaré a llegar hasta los botes.

—Es inútil, muchacho. Vete. Sálvate. No dejes que vuelva a perderte. Deja que llegue al paraíso donde van las almas que mueren tranquilas, las que saben que dejan con bien a los que se quedan en la tierra.

—Pero, yo no quiero que mi madre se muera. Ya he perdido a una madre. Y a usted cuando me arrancaron de su lado. ¿He de volverla a perder, justo ahora que la he encontrado? —Los ojos de Marcelo se humedecían al hablar con la esclava.

—La vida es peligrosa, hijo mío. Nos hace tomar decisiones. La vida. Los espíritus, ¿qué más da? El caso es que hay cosas que deben ser hechas. Sin más. Y ahora vete por donde has venido. Y no te acuerdes demasiado de mí. O sí. Acuérdate de mí. De que una vez te quise, cuando saliste de mi vientre y empezaste a llorar, sin saber aún que te criarías lejos de quien te había dado la vida. Y de que años más tarde, la misma mujer que te parió estuvo a punto de asesinarte, pero no lo hizo. Y acabó salvándote de un naufragio seguro. Márchate, Marcelo. Tu madre vuelve a darte la vida.

Marcelo se acercó para abrazarla por primera, única y última vez. Sintió los brazos poderosos de aquella mujer, y notó que con ellos algo de ella se traspasaba a su cuerpo. Algo que permanecería siempre en su interior.

—Toma, hijo. Las estatuillas de los ancestros no deben quedarse ya en el barco conmigo. Ahora son tuyas. Guárdalas lo mejor que puedas. Cuando llegues a tierra, busca un lugar seguro en un bosque que tenga altos árboles, y entiérralas al pie de uno de ellos. Ya que no he podido enseñarte sus secretos, al menos tampoco harán ningún daño si vuelven a la naturaleza de la que salieron.

—Así lo haré, madre.

Ramira sonrió. Nadie la había llamado nunca así, madre. Ni Marcelo ni ninguno de los otros dos hijos que perdió de la misma manera que a él. Ahora que estaba a punto de morir, escuchaba por primera vez aquella palabra que empezaba por «M». «M» de «Madre». Y «M» de «Muerte».

—Cuida de Marina. Y ahora vete. Está entrando ya demasiada agua. Vete, rema deprisa y no mires atrás cuando el barco se hunda. No mires atrás. Nunca.

Marcelo se marchó con las estatuillas debajo de su capa. No miró hacia atrás. Por eso no pudo ver que Ramira sí se había vuelto y había seguido con la mirada cada movimiento de su hijo hasta el momento en que salió del camarote. Cerró los ojos para retener aquellas imágenes del joven para siempre. Para los pocos minutos en los que se traducían la palabra «siempre» para ella.

El muchacho llegó con dificultades hasta la cubierta. Quedaba poco tiempo para que el Buena Esperanza fuera engullido por las aguas. El último de los botes estaba

ya a punto de ser arriado y tuvo que saltar para acceder a su interior. Con el movimiento, una de las figuras cayó al agua. Marcelo la vio hundirse. Estuvo a punto de tirar la otra y desembarazarse de aquel trasto que le podía impedir nadar en caso de necesidad. Pero de pronto pensó que aquello era lo único que tenía de Ramira. De su madre. El fetiche. Sus palabras, su abrazo. Y su última mirada, en la que el hielo protector se había derretido como una gota de plomo se derrite en los corazones de los que quieren bien. Nunca la enterraría junto al árbol. La tendría cerca de él mientras viviera. Seguramente, el alma de su madre entraría también en la figurilla y lo protegería siempre.

Los marineros remaron lo más rápidamente que pudieron para alejarse del barco lo más posible, y evitar que los botes fueran arrastrados por la fuerza del hundimiento. La niebla se iba disipando poco a poco, y Marcelo pudo ver la barca que llevaba a las señoras. Allí estaba Marina, acurrucada. Marina tenía los ojos cerrados y pensaba en el capitán Monsalve y en Ramira, que habían muerto por su culpa. Si no hubiera dejado aquella figura en la cubierta aquella noche fatídica, el capitán no habría caído al océano, y Ramira no hubiera tenido que sacrificarse para que los espíritus y el mar entero estuvieran tranquilos. Su madre no paraba de llorar, pensando en su esclava, con la que había vivido casi veinte años. No entendía que aquella mujer en general sabía, que tanto le había enseñado sobre tantas cosas, se creyera aquellas extrañas supersticiones. Su muerte no iba a ayudar a nadie. Y ella iba a perder lo único que tenía, que era su propia vida. Doña Ofelia miraba a sus tres hijas, y daba gracias por no haberlas perdido como Ramira a su hijo. A sus hijos. Creía que sus hijos habían muerto, no que se los habían arrebatado. Se dio cuenta de que aquella mujer con la que había pasado la mayor parte de su vida, era una completa desconocida. Y pensó que en el fondo, todos somos unos desconocidos para los demás. Y también para nosotros mismos. Ni siquiera Ramira había reconocido a Marcelo como hijo suyo cuando se encontraban por los pasillos del Buena Esperanza. Doña Ofelia cerró los ojos para intentar no ver ni siquiera sus pensamientos. De pronto, se oyó un estruendo que hizo que todos se volvieran a mirar hacia atrás. Todos menos Marcelo, que había prometido a una vieja esclava que nunca miraría hacia atrás.

El Buena Esperanza se estaba hundiendo hacia babor. El casco, el mascarón de proa, las velas, los palos, el mástil, las jarcias, la torre de vigilancia, los cañones, todo estaba entrando en el mar, y desaparecía como engullido por una boca infernal. Mientras el galeón se desvanecía en el agua, la niebla se evaporaba y dejaba paso, poco a poco, a un cielo azul y luminoso. Como si fuera el telón de un teatro, se había levantado y mostraba un decorado celeste y soleado. Todos miraron hacia arriba, y dieron gracias al ser supremo. Nadie había echado de menos a Ramira. Solo doña Ofelia y sus hijas. Y Marcelo.

A pocas millas, al almirante de la Santa Catalina le había sorprendido el extraño ruido que acaba de escuchar, había sacado el catalejo, y observaba seis barcas de

remos donde poco antes había navegado majestuoso el Buena Esperanza.

Acabó la música. En la sala solo se escuchaban las respiraciones aceleradas de Walter y de Elena después del esfuerzo. Cuando Elena abrió los ojos, se encontró con los de su padre que la miraba emocionado y satisfecho. Y con los del resto de los bailarines, que rompieron el silencio con aplausos. Aquella chica que ensayaba discretamente en un rincón, la hija del coreógrafo y maestro que llevaba años trabajando como una hormiguita, paso a paso, sin grandes alharacas, había bailado como bailarían los ángeles si supieran hacerlo. El propio Walter había sentido con ella una comunión de esas que pasan muy pocas veces en la vida, y que desde luego, con Milena nunca había sentido.

—Ha sido espectacular —le dijo, sin soltarle la mano—. Has bailado tan desde dentro que he llegado a pensar que nunca ibas a salir de ese lugar donde estabas. Estoy impresionado.

—Gracias. —Acertó a decir tímidamente Elena, sorprendida por los aplausos de los que iban a ser sus compañeros.

—Espléndida, Elenita, no esperaba menos —le dijo su padre, con un abrazo—. Dos días de ensayos duros y el jueves a escena.

—¿Habrás vuelto para el jueves, verdad, papá?

—Por supuesto. Por nada del mundo me perdería tu debut.

Elena recibió las felicitaciones de todos y se fue a la ducha. Debajo del agua, volvió a cerrar los ojos y a acordarse por unas décimas de segundo de los terribles deseos que había tenido con Milena y su lesión. Pero enseguida experimentó una sensación extraña, le pareció que el agua la limpiaba de todos los malos pensamientos que había tenido, incluida la sensación de culpa que la había invadido durante las horas anteriores. Como si la música primero y el agua después, la hubieran redimido. Se sentía como una sirena debajo del océano, ligera en su medio natural, el agua y la música. Pensó, mientras su pelo se mojaba y se adhería a su piel, que la música era como el agua, que nos podemos sumergir dentro de ella y dejarnos mecer por sus movimientos, como si fueran olas del mar. O gotas de una ducha. Recordó a su antepasado, don Enrique de Guzmán, el misterioso almirante del que le había hablado su padre, y de cuya historia, estaba segura, le traería noticias cuando regresara de su viaje a Palma. Se vistió y se puso unas gotas de perfume de magnolias.

Cuando salió de la escuela de danza, la estaba esperando Carlos. También él había acabado su entrenamiento y se había puesto el champú de su madre, así que olía diferente.

—¿Qué tal ha ido?

—¿Qué te has puesto? —se preguntaron al unísono. Ambos se

sonrieron por ello.

–Me parece que he cogido un champú demasiado femenino.

–Está bien.

–¿Y qué tal la prueba?

–Muy bien. Me han cogido –le dijo mientras lo agarraba del brazo y le daba un beso en la mejilla, lo que sorprendió al muchacho, que no se esperaba tal arranque de efusividad–. Todos me han aplaudido. No sé, ha sido algo muy extraño. Me he sentido como si estuviera dentro de una pecera o algo así. No sé cómo expresarlo. Como si no existiera nada más a mi alrededor que la música que me inundaba. Como si estuviera en una piscina.

–O en el mar –la interrumpió Carlos.

–En el mar... –repitió ella, evocadora–. Como los objetos del museo. Solo que ellos vienen de un naufragio. Y yo..., yo todavía no he naufragado. –Intentó bromear–. Al menos intentaré no naufragar el día del estreno, que será el jueves.

–O sea que tienes dos días para prepararte.

–Sí. Tengo que trabajar duro para estar perfecta.

–Mi madre dice que no hay nadie perfecto. Claro que lo dice siempre que habla de mi padre –sonrió al pronunciar estas palabras.

–Bueno, quería decir lo más perfecta posible.

–Eso ya lo estás –se atrevió a decir él, e inmediatamente sus mejillas se tiñeron de cierto color sonrosado con el que no contaba.

–Bueno, y ahora vamos al museo, ¿no? –recordó Elena, y así cambió de tema.

No quería distraer su atención de los dos asuntos que le preocupaban sobre todas las cosas: la danza y los objetos del naufragio que parecían relacionarse con su familia.

–Me pregunto qué cara pondrán tus padres cuando les contemos la historia de la otra caja de música, la de mi bisabuela. La verdad es que es increíble que en un trozo tan pequeño, tan corto, de la vida se junten tantas cosas importantes. Me refiero a que me hayan cogido para interpretar el papel de Milena, y a que estemos a punto de averiguar cosas que parecen relacionar a mi familia con la investigación que están llevando a cabo tus padres. ¿No es alucinante?

–Pues sí, bastante. Y a propósito de Milena. He recibido tu correo electrónico.

–Ya –contestó ella, con la voz muy baja–. Siento haberlo escrito. Tal vez no he sido justa contigo al vomitarte mis sentimientos sobre mi mala conciencia.

–No. Lo que creo es que no has sido justa contigo misma. Por supuesto que la lesión de esa chica no tiene nada que ver con que desearas que ocurriera. Nada. Nuestros pensamientos no

pueden actuar sobre lo que les ocurre a los demás. Ni siquiera sobre sus sentimientos. Si así fuera, yo no sería hijo de padres separados, por ejemplo. Además, es normal que no seamos «perfectos». Todos tenemos pensamientos que no son especialmente puros, blancos. No creo que nadie tenga el corazón absolutamente blanco.

—Vaya, qué poético te has puesto —dijo Elena cuando subían las escaleras del museo—. El corazón blanco...

—No es mío —admitió el muchacho—, es de Shakespeare. De *Macbeth*, concretamente.

—Vale. Otro día me lo cuentas —le pidió Elena, que no tenía ganas de recibir una clase de literatura en aquel momento.

Manolo, el vigilante, les abrió la puerta con una sonrisita cómplice. Había tantas horas en las que no hacía nada, que pensaba e imaginaba las historias de los visitantes del museo, y de sus trabajadores. Cuando vio al hijo de los arqueólogos llegar con aquella chica, pensó que eran novios y que un día se casarían, tendrían dos hijos y vivirían en Montecarlo. A Manolo le gustaban mucho las carreras de coches, y siempre que pensaba en un destino con cierto *glamour* pensaba en el pequeño principado.

Ya no quedaba nadie más en el museo. Solo los dos arqueólogos que seguían trabajando con los restos del naufragio. Había algo en ellos que Carlos notó diferente. Era como si su piel estuviera más tersa, más estirada. Como si ambos se hubieran sometido a un *lifting* durante aquel día. Los ojos de Marga brillaban de un modo distinto al que Carlos estaba acostumbrado. Por supuesto ella y Federico intentaron disimular cuál era la razón del cambio en sus gestos, en sus miradas y en su piel. Pero no lo consiguieron. Tanto Carlos como su amiga se dieron cuenta de que «algo» había ocurrido entre Marga y Federico, que tal vez se habían convertido de nuevo en una pareja de algo más que de arqueólogos. Fue entonces cuando Carlos pensó que a lo mejor los deseos sí que se hacían realidad. Si uno era insistente e incluso testarudo con ellos...

A don Enrique de Guzmán se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de lo ocurrido. El Buena Esperanza había desaparecido del horizonte, y en su lugar, seis botes de remos se acercaban a su barco. Dio orden de arriar velas y de parar el Santa Catalina. El catalejo le mostraba vestidos femeninos en una de las embarcaciones. No divisaba los rostros, pero podía contar cuatro bultos de mujer. Y habían embarcado cinco. Recordaba perfectamente que la esclava Ramira acompañaba a su familia, como había hecho siempre. Una de las cinco mujeres no estaba a bordo. Pero ¿cuál? Pidió una copa de ron, que uno de sus ayudantes se aprestó a servirle en una bandeja

de plata. Se la bebió de un trago. Los náufragos se acercaban y enseguida pudo ver que los cuatro rostros que más amaba estaban entre los supervivientes. Pidió otra copa y dio cuenta de ella en pocos segundos. Respiró aliviado y se sentó en la butaca que le había acercado su contramaestre.

—Es larga la espera, señor.

—Nunca lo había sido tanto. Acaso el día en que contraje matrimonio. Doña Ofelia se hizo esperar un buen rato. Creo que sudé aquel día más que en todas las tormentas que había vivido en el mar. La posibilidad de perderla era y es la peor de las sensaciones. Y ahora, ¡Dios mío, qué habrá pasado! ¿Ni rastro del Buena Esperanza?

—El vigía ha avistado restos de naufragio a popa, señor. Ha debido de ocurrir todo durante las horas de niebla.

—Se lo dije, señor Márquez, esa niebla me traía malos presagios. No conseguí dormir en toda la noche.

—La niebla no hunde galeones, almirante. Han debido de chocar con algo.

Don Enrique se levantó y se encaminó al puente. Los seis botes estaban ya al pie del casco del barco. El primero en ser ascendido a cubierta fue en el que viajaban las damas. El almirante abrazó a sus hijas una a una, y por último colmó de besos el rostro lloroso de doña Ofelia. El caballero las observó y se dio cuenta de que habían vivido cosas que nunca antes habían experimentado. Sus ojos anunciaban que habían visto la cara de la muerte. Miró alrededor. Ni rastro de la mujer que lo había servido tantos años. No hizo falta que preguntara.

—Ramira no está. Se hundió con el barco —le dijo escuetamente doña Ofelia, que no sabía cómo contar algo que ni siquiera era capaz de comprender.

—¿No pudo ponerse a salvo con vosotras?

Ofelia miró a sus hijas. Beatriz e Isabel estaban cogidas de la mano, Marina se había quedado quieta, apoyada en la barandilla, mirando el mar.

—Dijo cosas muy extrañas. Sentía que debía morir, que debía sacrificarse para que nos salváramos los demás. Habló de los espíritus de sus antepasados muertos, de un hijo que tuvo de joven y que le quitaron cuando nació. Y que creyó reconocer en uno de los marineros. Creo que la niebla la volvió loca.

—No estaba loca, madre —intervino Marina, que había escuchado la disertación de su madre—. Ramira rezaba todas las noches ante unas figuras que para ella eran como los santos para nosotros. El capitán Monsalve había muerto porque un día yo cogí una de ellas como si fuera una muñeca, y la dejé en cubierta. Eso debió de enfadar a los espíritus, que provocaron la tormenta que se llevó al capitán. Un rato antes, me había engañado y yo había deseado que le pasara algo malo. El poder de la estatua, que estaba cerca de mí en aquel momento, hizo el resto. Monsalve murió por mi culpa, papá.

El almirante miraba a su hija pequeña como si acabara de conocerla. Aquella criatura había sido criada en creencias religiosas que nada tenían que ver con aquello

de lo que estaba hablando.

—Mi pequeña Marina. —Se acercó y sus manos fuertes y poderosas aferraron los brazos de la muchacha—. Tú no provocaste ninguna tormenta. ¿Cómo puedes pensar un disparate semejante? Estás aturdida por todo lo que ha pasado, eso es todo. Nosotros también estuvimos a punto de perder a un hombre. En estas latitudes se forman anticiclones y borrascas de manera repentina. No se ven venir. Llevo muchos años en el mar y he visto nacer muchas tormentas de esa manera. Y no teníamos ni estatuas extrañas, ni niñas que piensan que sus deseos pueden cambiar el curso de los vientos. No, hija mía.

Marina miró a su padre, y en sus ojos vio el color de la verdad. Su corazón empezó a latir de otra manera de como lo había hecho en los últimos días. Y lloró. Lloró como nunca antes había llorado. Sin miedo a que nadie escuchara sus sollozos. Marina sintió que con sus lágrimas salían de ella también sus miedos y sus angustias de los días pasados. Era como si el agua que emanaba de su persona la limpiara de todos los pensamientos dolorosos que se habían refugiado en su cerebro y la habían atormentado desde el día en que murió el capitán.

Elena contó a sus amigos lo poco que sabía de la historia de su padre, especialmente lo concerniente a la caja de música y a su antepasado almirante. Por supuesto, lo último que se esperaban era que aquella compañera de su hijo les encendiera una luz sobre su investigación. Una luz que tenía que ver con su propia familia. Marga pensó que los acontecimientos de una vida vienen salpicados por casualidades que dan vértigo.

—Así que uno de tus antepasados era un almirante de la Armada.

—Sí, algo así. Pero no sé nada más. Mi padre se ha ido esta tarde a visitar a mi abuela. Apenas tienen relación, pero mi abuelo ha muerto y ...

—Oh, vaya, lo siento. —Se dolió Marga, y le dio dos besos a Elena.

—No, no pasa nada. Bueno, sí que pasa. Pasa que nunca conocí a mi abuelo. Mi padre no se hablaba con él desde hacía años. El caso es que a lo mejor nos enteramos de más cosas cuando regrese de Palma.

—¿De Palma? —preguntó Federico.

—Sí, de allí viene mi familia paterna.

—Pues nada, esperaremos noticias de tu padre. A ver qué nos cuenta de la caja de música. A mí —reconoció el padre de Carlos — eso es lo que más me inquieta. ¿Qué hace una caja de música de mediados del siglo XIX, en un naufragio de principios del mismo siglo? Porque todo parece indicar que el galeón hundido es el Buena Esperanza, las monedas, el tipo de cañones, el

mascarón de proa. Según parece, ese galeón se hundió en el Atlántico, en lo que hoy son aguas internacionales, en 1817. En aquellos años aún no había cajas de música. Al menos no este tipo –dijo mientras sacaba de un cajón la que había dormido dos siglos bajo el mar.

–Quizás alguien la tiró mucho tiempo después –intervino Carlos.

–Algo así debió de suceder. Pero ¿quién y por qué? –se preguntó en voz alta Marga–. ¿Y cómo llegó exactamente al mismo lugar del naufragio? En aquellos tiempos tampoco tenían instrumentos precisos de navegación, al menos no tanto como para saber exactamente las coordenadas donde se había hundido un barco décadas antes.

–A lo mejor sí. Creo que el almirante Guzmán era un muy buen marino –intervino Elena.

–Aun con todo –replicó Federico–. Es casi imposible. Yo mismo saqué la caja. Estaba semienterrada junto a baúles, restos del casco. Al lado mismo de la figura esa tan horrible. La hemos metido en el armario porque Marga se pone mala cada vez que la ve.

–No digas que es horrible. Podría molestarse –dijo Marga.

Todos la miraron sorprendidos. ¿Podía ofenderse un trozo de madera?

Decidieron dejar el tema y marcharse a cenar a casa. Carlos invitó a su amiga, pero ella no aceptó. Tenía que llegar pronto a casa, comer y descansar. El día siguiente iba a estar lleno de preparación física, trabajo en la barra, en el suelo, y muchos ensayos. Su interpretación de la música de Debussy debía ser perfecta. Se despidió hasta el día de su debut, al que invitó a Carlos y a sus padres.

–¿Por qué no la has acompañado? –le preguntó a Carlos su padre.

–Pues no sé. Me ha parecido que estaba cansada y que quería estar sola. Le han pasado muchas cosas en los últimos días, ¿no os parece? Lo de su abuelo, lo de tener que bailar en el teatro.

–¿Y las clases? –inquirió su madre.

–Ya ha hablado con la tutora. Le pasaré yo todo lo que trabajemos en clase. Van a ser dos semanas. Elena va muy bien. Se pondrá al día enseguida. Elena es de las que llegan a todo.

Los hombres del Buena Esperanza seguían accediendo al Santa Catalina. Cuando Marcelo puso pie en cubierta, lo primero que hizo fue buscar con la mirada a Marina. Y allí estaba, llorando ya en silencio junto a la barandilla. Miraba hacia popa, donde se veían restos del galeón: jirones de lona de las velas, trozos de los palos, el

mascarón de proa, aquel león que no volvería a rugir nunca más... De pronto, Marina vio su muñeca, la que la había acompañado desde que nació, y que había olvidado entre sus sábanas. La pequeña Catalina flotaba hacia el barco que llevaba su nombre. Su primera reacción fue pedirle a alguien que la recuperara. Marcelo se dio cuenta de su intención y llamó a uno de los hombres que aún estaban en una de las barcas. Cuando Marina oyó su voz, se giró y lo vio. Dejaron de salir lágrimas de sus ojos.

—No. No la quiero —le dijo—. Dejémosla en el agua.

Marcelo hizo señal al marinero para que no hiciera nada.

—¿No quieres recuperar tu muñeca?

—No. Las olas la mecen. Parece que la acunan. No. No la quiero. Ya no me pertenece.

—¿Qué quieres decir?

—Que es como si fuera de la Marina que ha vivido hasta hace unas horas, pero no de esta otra Marina que te está hablando en este momento. La otra se hundió en el galeón para siempre. ¿No has tenido nunca la sensación de que de repente has cambiado, has crecido? ¿Nunca te ha pasado nada que te haya hecho ver el mundo con otros ojos?

—Claro. Ahora mismo los veo con ojos muy diferentes al momento en el que me embarqué. Este viaje está siendo muy extraño. Tú con todas tus palabras, tu comportamiento. Tan infantil al principio, tan cruel incluso en algunos instantes. Y ahora..., ahora te siento como si ya fueras una mujer.

—Yo siento como si tuviera conmigo la fuerza de Ramira. Como si me la hubiera transmitido mientras se hundía en el mar. Y luego, las palabras de mi padre... Es todo tan extraño.

El rostro de Marcelo se ensombreció.

—He nombrado a Ramira. Perdona, no quería..., lo siento. En fin, yo la quería mucho, ¿sabes? Estaba con ella más que con mi madre. Yo..., bueno... —titubeó—. ¿De verdad era tu madre?

—No lo sé. Desde luego ella lo creyó, y lo que nos ha contado coincide con lo poco que yo sé sobre mi origen. Ya te he dicho que todo ha sido muy extraño. Muy especial.

—Creo que será mejor que bajemos al salón a comer algo. —Don Enrique se acercó a los dos jóvenes y cogió del brazo a Marcelo Iniesta—. Mi esposa me ha contado lo que habéis vivido en el camarote. Supongo, muchacho, que nunca te vas a olvidar de esta mañana, ni del Buena Esperanza.

Marcelo sonrió pero no dijo nada. Marina se volvió para mirar por última vez a su muñeca. Con ella se iba el último vestigio de una infancia en la que había nadado en aguas perfumadas por la inocencia. Una inocencia que ella creía que se había roto el día en el que se sintió ofendida por un capitán, y le dio su nombre, el nombre de Catalina, a una figura sagrada. Ahora, ambas estaban en el mismo mar y nunca saldrían de él. Allí se quedaban enterradas, como la inocencia, las ofensas y el sentido

de culpa. Marina cogió la mano de Marcelo para bajar al comedor.

—Vi que se cayó al mar una de las figuras de Ramira, pero... ¿y la otra?

—La tengo aquí. —Y señaló debajo de la capa.

—Tal vez deberíamos tirarla también.

—No. Respetaré el deseo de Ramira. Ella quería que las conservara. Y así lo haré. Quiero tener algo de mi madre, si de verdad Ramira era mi madre.

Marina apretó su mano a la del joven Iniesta. Su memoria guardaba cientos de recuerdos de la mujer. Pensó que era una lástima que los recuerdos no se pudieran compartir con aquellos que no los habían vivido. Marina se volvió para ver por última vez los restos del Buena Esperanza, que empezaban a quedar lejos del Santa Catalina. Rezó en silencio una breve oración por Ramira, y se estremeció al imaginar su cadáver en el fondo del mar. Intentó borrar la imagen con la presencia de sirenas que recogían su cuerpo y la llevaban a reinos de cristal y de música acuática. Marcelo tomó su brazo para sacarla de sus pensamientos.

—¿Por qué no miras? —le preguntó Marina—. ¿No piensas en ella?

—Ella me pidió que no mirara hacia atrás. Y tenía razón. No hay que mirar lo que dejamos. Las estelas de los barcos no son más que espuma, aire... No son nada. Como el pasado, y los recuerdos, que tampoco son nada —afirmó Marcelo, melancólico.

—Mi padre siempre dice que estamos hechos de pasado. Ahora entiendo lo que quiere decir. Sí que importan los recuerdos, Marcelo, porque viven aquí dentro. —Y se señaló la cabeza—. Y viven tanto como queremos nosotros. Y yo quiero que Ramira viva siempre dentro de mí. Y de ti.

Marcelo tomó en sus manos la cara de Marina y besó sus labios con la rapidez con la que huyen las estrellas en la noche de San Lorenzo. Ambos se ruborizaron y sonrieron.

A Marina le gustaba mirar las estrellas cada noche.

Era mediodía, y las diminutas luces de la noche se escondían en algún lugar lejano de la bóveda celeste.

A lo largo de los años, a Marcelo y a Marina les quedarían muchas noches para contemplar las estrellas. Para contemplarlas, y para recordar todo aquello que habían vivido en un galeón que yacía en las profundidades del mar.

Cuando llegaron de cenar, Carlos tenía un correo de Elena en su bandeja de entrada. Se sentía como un estúpido por no haberla acompañado a casa. Precisamente, si estaba cansada, le podía haber ayudado con la mochila, era una excusa perfecta. Pero él era tonto, tonto, tonto. Al menos eso pensaba mientras conectaba el ordenador. Cuando vio que había un mensaje de ella, se temió lo peor: «Seguro que ahora se piensa que soy un egoísta y que he preferido comerme una *pizza* que ir con ella». Se armó de valor y lo abrió:

Hola, Carlos. Gracias por no pedirme que te dejara acompañarme. La

verdad es que necesitaba estar sola un rato. Y tú lo has entendido perfectamente. A veces me da la impresión de que eres el único que me entiende. Y te doy las gracias también por eso. Eres un chico estupendo.

Carlos echó la silla para atrás, como solía hacer, y respiró aliviado. Se fue al baño, se lavó los dientes y se acostó. Abrió el libro que estaba leyendo para el instituto, y le puso la cara de Elena a la protagonista. Pensando en ella, en su sonrisa y en las ganas que tenía de darle un beso, se quedó dormido.

Pasó el día sin sobresaltos para nadie. Ni Marga se mareó, ni Federico le pidió que repitieran lo que habían hecho el día anterior. Carlos fue al instituto y miró el sitio vacío de su amiga. Sus compañeros le preguntaron por ella, y cuando contó lo que ocurría escuchó algunas risitas en el grupo de las barbies. No se volvió siquiera a dedicarles ni una mirada. Hacía tiempo que había decidido que al enemigo ni agua había que darle. Así que aún menos había que satisfacerle con carnaza del tipo que fuera. Pero el enemigo era insistente:

—¿Dónde está la señorita bailarina? —le espetó la barbie que tenía el pelo más teñido y los ojos con la raya más oscura de todas.

—Bailando, que es lo que hacen las bailarinas —le contestó.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que es tu novia?

Carlos se giró por fin y la miró sin abrir la boca. Se sentó y esperó la llegada del profesor de Lengua. Aún tuvo que escuchar algunos comentarios de las pesadas de las filas de detrás, que cuchicheaban en voz baja sobre él y Elena. Pero a Carlos le daba igual lo que dijeran. Él sabía cosas que ellas nunca sabrían. Y esa certeza le hacía sentir muy bien.

Elena trabajó duro toda la jornada. Hizo el doble de series de ejercicios en la barra. Los *pliés*, los *relevés*, los lanzamientos de piernas delante, laterales, detrás, las flexiones dorsales de tronco. Hizo todo con las zapatillas de punta, y al finalizar el día, le dolían los dedos. Cuando llegó a casa, se los puso a remojo con agua fría. Enseguida escuchó la llave en la cerradura. Eran sus padres, que venían del aeropuerto. Concha había ido a recoger a Álvaro, que regresaba con su maleta de su viaje fugaz a Palma. No quería perderse por nada del mundo el debut de su hija al día siguiente.

—¿Cómo han ido los ensayos?

—Muy bien, papá. Creo que me saldrá bien y nadie echará de menos a Milena.

—Bailas mejor que ella, Elena. Si no te elegí antes fue porque eres mi hija, y no quise que nadie pensara que te daba un trato de favor. Pero eres la mejor.

Elena abrazó a su padre, contenta de oírle hablar así de ella. Llevaba años trabajando sus piernas, su espalda, sus brazos, sus gestos. Muchas veces en la última fila, donde creía que nadie la veía. Y por fin llegaba la recompensa a su esfuerzo.

—¿Y tú, papá? ¿Cómo te ha ido? ¿Y la abuela?

—Bien. La abuela está bien, dentro de lo que cabe.

—¿Y el asunto de la caja de música? ¿Has averiguado algo? Los padres de Carlos están esperando tus noticias.

—¿Solo ellos? Espero que tú también. Porque vas a saber cosas de tu familia que te van a sorprender. Pero creo que deberíamos llamar a tus amigos para contárselo también a ellos, ¿no te parece?

—Vale. Le diré a Carlos que vengan a cenar. ¿Hay cena para todos, mamá?

—En esta casa casi nunca hay comida para mucha gente. Pero haré una tortilla y una ensalada. Y papá ha traído una ensaimada con cabello de ángel. Así que algo comeremos.

Elena cogió el teléfono y llamó a su amigo. Estaban los tres en el museo, así que aceptaron la invitación. Después de un cuarto de hora llegaron con una botella de vino blanco y una caja de bombones belgas, que eran los favoritos de Marga.

—Mi hija me ha hablado de la investigación que están llevando a cabo sobre los restos de un naufragio. Parece que han encontrado un broche un tanto especial.

—Sí, así es. Y hoy he hecho algo que no debía, lo he sacado del museo y lo he traído para enseñárselo. —Federico sacó de un maletín la caja de música, que abrió para sacar el broche.

—La caja gemela de la que yo tengo —reconoció Álvaro.

El padre de Elena la cogió, y acarició la vieja madera, desgastada por el agua del mar. Se levantó y trajo la de su abuela. Al abrir la tapa, empezó a sonar la música.

—Esta caja ha pertenecido siempre a mi familia. Las dos fueron fabricadas como un encargo del abuelo de mi tatarabuelo para su mujer. Las dos iguales.

—¿Y por qué dos cajas iguales, papá?

—Porque una iba a desaparecer para siempre —respondió.

—¿En el mar? —preguntó Federico.

—Efectivamente —afirmó Álvaro, sorprendido por la pregunta del padre de Carlos—. Según parece, en su viaje de regreso de Puerto Rico, la familia del almirante Enrique de Guzmán viajaba en el barco Buena Esperanza, mientras que él lo hacía en el Santa Catalina. Una noche de niebla, el Buena Esperanza chocó con un islote y se hundió. Por fortuna, todos los tripulantes y los pasajeros sobrevivieron. Todos menos una esclava de la familia Guzmán que viajaba con ellos. Ella murió en el naufragio. Según parece, la abuela de mi tatarabuelo, doña Marina de Guzmán, estaba muy unida a ella, y quiso hacerle una ofrenda a su memoria. Un retrato suyo que había pintado y esmaltado su propio marido, y que había mandado engarzar en un broche. Embarcaron rumbo a Puerto Rico y en el lugar exacto en el que el mar se había tragado al barco, lanzó una de las dos cajas de música con el retrato dentro. Este broche. Elena se parece muchísimo a aquella Marina, como pudieron comprobar hace unos días.

—¿Por qué lo haría?

—Nadie lo sabe. Pero parece que a doña Marina la persiguieron terribles pesadillas desde el día del naufragio. Había algo que la unía a aquella mujer que no le

dejó dormir bien hasta el día de su muerte. Tal vez algo mayor incluso que el hecho de que había sido ella la que la había criado. Quizás ambas guardaban algún secreto inconfesable, que Ramira se llevó con ella al fondo del océano. Eso nunca lo sabremos.

—¿Y el marido pintor de Marina? ¿Quién era? —intervino Carlos.

—Uno de los marineros de la tripulación del Buena Esperanza. Según me contó mi madre ayer, había una historia oscura en su pasado, algo que pasó de generación en generación como un secreto de familia. Tal vez ese sea «casi» todo el misterio: parece ser que el joven Marcelo Iniesta era hijo de la esclava que murió en el naufragio, una mujer de piel oscura, de origen africano. Por eso, cambió el apellido y adoptó el de los Guzmán, que le pareció más aristocrático. Tonterías, pero en fin, es lo que hay... —justificó Álvaro.

—¿Africana? —musitó Marga—. Como la estatuilla que encontramos entre los restos del naufragio. Entonces...

—Entonces —repitió el padre de Elena— era de ella.

Álvaro fue a su dormitorio donde había dejado su maleta. La abrió y sacó un paquete que fue desenvolviendo mientras llegaba al salón.

—Como esta.

A Marga le dio un vuelco el corazón. Aquella figura era idéntica a la que tenía en el museo. Miró a su marido, que le devolvió la mirada con un suspiro.

—Pues bien, Ramira —explicó Álvaro—, era de origen africano, y algunos de sus antepasados habían sido hechiceros, así que guardaba dos estatuillas con las que rezaba cada noche, y a las que pedía protección para ella y para sus señores. Poco antes del naufragio, debió de reconocer al joven marino como hijo suyo, y le dio los dos ídolos para que los conservara. El barco se hundió y ella con él. Una de las figuras cayó al agua y la otra la conservó Marcelo. Y fue esta la que pasó también de generación en generación en mi familia, hasta este momento, que ha llegado a mis manos. La otra siempre estuvo en el fondo del mar hasta que se recuperó para la investigación arqueológica.

—Así que había dos estatuas —dijo Federico—, como yo había supuesto.

—Sí, parece que en las antiguas religiones africanas creían que los gemelos tenían poderes especiales. Así que dos fetiches idénticos eran considerados muy poderosos —explicó Álvaro.

—¿Y tú te crees, papá, que tienen poderes estas figuras?

—Yo no creo en casi nada, Elena. Al menos no en los fetiches. Yo creo en el trabajo, en el respeto, en el amor.

—¿Y aquel color verde de mis manos? ¿Y las llamadas telefónicas sin emisor que recibí los primeros días que estuvieron las piezas en el museo? ¿Y el calor que emanaba de uno de los jarrones?

Marga contó lo que le había ocurrido. Todos se miraron, e intentaron dar explicaciones racionales: interferencias en las ondas telemáticas, un traspaso del

musgo de la vasija a la piel... Ninguna de las opciones convenció a la arqueóloga que, muy a su pesar, sospechaba que algo habría tenido que ver la figura de madera.

—El broche tiene una inscripción —recordó Marga, que lo cogió de la mesa para enseñárselo de nuevo a Álvaro.

—*ARDEMG 1847, M M.* —Álvaro se quedó pensativo unos segundos. Luego sonrió y leyó—: A Ramira de Marina de Guzmán. Marina y Marcelo.

—Parece que el misterio del galeón hundido se aclara —comentó Federico—. La inscripción corresponde a las iniciales de nuestros protagonistas. Todo tiene explicación en esta vida.

—Todo no —replicó su mujer, que no necesitó explicar el motivo de su escepticismo.

Marga y Federico se miraron. Y Álvaro y Concha. Y Carlos y Elena.

—Creo que es hora de que nos marchemos —dijo Marga con una sonrisa—. Elena tiene que descansar para su actuación de mañana.

—Sí, tengo que irme a dormir. Aunque con tantas emociones, no sé si conseguiré conciliar el sueño, o si me pasará como a Marina.

Aquella noche, nadie durmió bien. Federico, solo en su habitación del apartamento, echaba de menos los brazos de Marga rodeando su cintura, y sus labios besándole la espalda. Marga cerraba los ojos, veía las sonrisas grotescas de las estatuillas de madera, y se refugiaba en los recuerdos dulces de lo que había ocurrido entre ella y Federico el día anterior. Concha pensaba en su hija y en cómo le sentarían los aplausos que sin duda iba a recibir y que cambiarían muchos aspectos de su vida. Álvaro pensaba en eso, en la historia que le había contado su madre y en todas las conversaciones que su padre y él se habían perdido por la tozudez del uno y del otro.

A Carlos le costó quedarse dormido. «Trabajo, respeto y amor», había dicho Álvaro. Aquel revoloteo que sentía en el estómago desde hacía unos días debía de ser amor. Se sentía bien porque un sentimiento nuevo estaba anidando en su corazón. Al día siguiente, después de la actuación de Elena, iría al camerino a felicitarla, y la invitaría a salir. Estaba seguro de que le diría que sí. Y también de que ese día iba a dar y a recibir su primer beso de verdad.

Elena dio vueltas y más vueltas en la cama. Recordó a Marina y a Marcelo, que se habían conocido en el mar. Se dio cuenta de que los nombres de ambos contenían la palabra mar y pensó que tal vez ese era un presagio de todo lo que iban a vivir juntos. Lloró por la esclava Ramira, a quien pertenecía una parte de su sangre, y pensó en cómo la historia de nuestros antepasados confluye en cada uno de nosotros. Se preguntó si a Ramira le gustaría también la música. Y se contestó con un sí: de lo contrario, ¿por qué Marina le iba a ofrecer una caja de música como regalo póstumo? Cuando por fin se atrevió a cerrar los párpados, los ojos de la imaginación le traían el rostro de Carlos, con aquella sonrisa suya que se abría y brillaba cada vez que la miraba. Le gustaba más que ningún otro chico le había gustado nunca. Aquello debía de ser amor, se dijo. Sí. Estaba enamorada. Mañana le diría que había pensado mucho

en él durante la noche, a ver si él se lanzaba. Y si no lo hacía, se atrevería ella. Después de su debut, seguro que tendría la adrenalina tan alta que sería capaz de decirle lo mucho que le gustaba. Besó su almohada imaginando en ella los labios de Carlos. El debut. Le dio un pinchazo en el estómago y se acordó de Milena durante un instante. Pero no dejó que su recuerdo empañara los sentimientos extraordinarios que estaba viviendo. Mañana solo existirían la música y ella. Se abrazaría a la música como Ramira se había abrazado al mar en su último aliento.

Respiraría cada una de las notas para convertirlas en gestos, en movimientos.

Y se zambulliría en las melodías para acompañar a las sirenas que nadan en el fondo del mar.





ANA ALCOLEA nació en Zaragoza, en 1962. Es licenciada en Filología Hispánica y diplomada en Filología Inglesa. Desde 1986, es profesora de secundaria en un instituto.

Ha vivido en Teruel, Cantabria y Alcalá de Henares. Pasa largas temporadas en Noruega. Le gusta viajar y siempre lo hace con un cuaderno en el que toma notas y apuntes que luego recrea en sus novelas. Sus primeros recuerdos vienen de su primer viaje a Italia, un país al que vuelve siempre que puede.

Su obra es de literatura infantil-juvenil. Fiel a su profesión, pronuncia frecuentes charlas en colegios e institutos, y publica artículos didácticos sobre teatro (sobre todo del «clásico» español) y sobre lengua y literatura.